

**Stephan Scheuzger
Sven Schuster (eds.)**

Los Centenarios de la independencia

**Representaciones de la historia patria
entre continuidad y cambio**



Neue Folge No. 27

MESA REDONDA

erschien in den Jahren 1985 bis 1994 als Arbeitshefte des Instituts für Spanien-, Portugal- und Lateinamerikastudien der Universität Augsburg (ISLA). Eine Liste der bisher erschienenen Titel befindet sich am Ende dieses Heftes.

Seit Januar 1995 entsteht MESA REDONDA in Zusammenarbeit der drei folgenden Institute:



Institut für Spanien-, Portugal- und Lateinamerikastudien (ISLA)
Universität Augsburg
Universitätsstraße 10
D-86159 Augsburg



Zentralinstitut für Regionalforschung
Sektion Iberoamerika
Universität Erlangen-Nürnberg
Bismarckstr. 1
D-91054 Erlangen



Zentralinstitut für Lateinamerika-Studien
Katholische Universität Eichstätt
Ostenstraße 26-28
D-85071 Eichstätt



Arbeitskreis Lateinamerika am
Institut für Politikwissenschaft und Soziologie der Universität Würzburg
Wittelsbacherplatz 1
D-97074 Würzburg

Die Deutsche Bibliothek - CIP-Einheitsaufnahme

ISSN 0946-5030

Das Werk und seine Teile sind urheberrechtlich geschützt. Jede Verwertung in anderen als den gesetzlich zugelassenen Fällen bedarf deshalb der vorherigen schriftlichen Einwilligung der Herausgeber.

Stephan Scheuzger
Sven Schuster (eds.)

Los Centenarios de la independencia
Representaciones de la historia patria entre
continuidad y cambio

Eichstätt 2013

Katholische Universität Eichstätt-Ingolstadt

Zentralinstitut für Lateinamerika-Studien

Centro de Estudios Latinoamericanos

Juli 2013

Typskript: Claudia Velázquez-Schobert

BV . .

Los Centenarios de la independencia

Representaciones de la historia patria entre continuidad y cambio

Stephan Scheuzger y Sven Schuster (eds.)

A manera de prólogo	5
STEPHAN SCHEUZGER <i>Las conmemoraciones en los Centenarios de la independencia: un comentario a su estudio historiográfico</i>	7
MARÍA EUGENIA PONCE ALCOCER <i>La conmemoración de 1910 en México, la celebración del progreso</i>	28
LEANDRO LOSADA <i>Aristocracia y patriciado. Los usos del pasado y las identidades de la clase alta argentina en el Centenario de la Revolución de Mayo</i>	47
LILIANA BREZZO <i>La conmemoración del Centenario de la independencia de Paraguay: discursos históricos y proyectos de nación (1911)</i>	70
ANDRÉS JIMÉNEZ ÁNGEL <i>Hispanismo y lengua en la conmemoración del primer Centenario de la independencia de Colombia</i>	90
THOMAS FISCHER <i>La celebración del centenario de la independencia en Bogotá y Caracas</i>	121
SVEN SCHUSTER <i>Progreso, civilización y raza: historia patria y discurso racial en el Centenario de la independencia en Brasil</i>	156
Los autores	185

A manera de prólogo

Entre la producción de estudios históricos estimulada por el evento del Bicentenario de la independencia en los países latinoamericanos, celebrado desde México hasta Argentina entre 2009 y 2011, se encontró una serie de artículos que se dedicaron a la historia de las conmemoraciones de los inicios de la vida nacional en el subcontinente. El presente volumen, por un lado, forma parte de esta coyuntura. Reúne contribuciones que en su mayoría fueron presentadas en la sección *Los Centenarios de la Independencia. Representaciones de la Historia Patria entre continuidad y cambio* del XVI Congreso Internacional de la Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos que tuvo lugar en septiembre de 2011 en San Fernando / Cádiz. Por otro, el tomo puede abordar el tema ya desde una cierta distancia, con respecto no sólo a los trabajos sobre las conmemoraciones centenarias de la independencia escritos en las últimas dos décadas, sino también a aquellos más recientes, publicados en el contexto del Bicentenario. La colección refleja estos estudios, los somete a una revisión crítica y los complementa con nuevos enfoques. Los siete ensayos reunidos en el presente tomo exploran aspectos hasta ahora poco analizados. Mientras una contribución propone una evaluación crítica de las herramientas terminológicas en la reciente historiografía sobre las conmemoraciones en los Centenarios de la independencia, los estudios de caso sobre México, Argentina, Paraguay, Colombia, Venezuela y Brasil aportan, en su combinación con perspectivas sobre temáticas tan diversas como la instrumentalización política de las representaciones de la historia patria y el apoderamiento de su capital simbólico por parte de las élites, la percepción popular de los discursos oficiales y semioficiales, los contextos transnacionales de las festividades, el impacto de las mismas en la génesis de una historiografía moderna o el papel de los congresos académicos en el marco de las

celebraciones, nuevas interpretaciones de las conmemoraciones oficiales de la independencia.

Las contribuciones en el volumen comparten el interés en los usos políticos de la historia. De manera general, parten de la idea de que los Centenarios representaron puntos de inflexión que provocaron fuertes debates públicos sobre el sentido de la historia. En algunos casos, la crítica hacia la historiografía de la historia patria se convirtió en una oportunidad para concebir nuevos proyectos de sociedad, impulsando debates sobre las raíces históricas de problemáticas actuales. Sin embargo, en importantes sectores de la vida política y cultural se mantuvo una postura hacia el pasado nacional marcada por la veneración de los próceres y la reafirmación de valores “tradicionales” mal definidos hasta hoy. Sólo en pocos casos dominaba una visión autocrítica acerca de los desvíos y errores en la tarea de construir el Estado-nación, mientras que en la mayoría de los casos aquí analizados los dirigentes políticos intentaban trazar líneas de tradición entre sus propios proyectos de modernización y las hazañas de los “padres de la patria”.

Agradecemos a todas las autoras y todos los autores su colaboración para la realización de este tomo. También queremos dar las gracias a Fernanda Pan y a Gabriela Casanova por la corrección de pruebas así como a Claudia Velázquez-Schobert por su labor tipográfica.

Eichstätt y Zürich, junio de 2013

Stephan Scheuzger

Sven Schuster

Las conmemoraciones en los Centenarios de la independencia: un comentario a su estudio historiográfico

Stephan Scheuzger

Este ensayo propone una breve reflexión crítica sobre un aspecto específico del estudio histórico de las conmemoraciones oficiales de la independencia en los Estados nacionales de América Latina. Es, en primer lugar, un ejercicio de revisión. Me limitaré a un comentario sobre el uso de un sólo concepto que se ha vuelto clave en las publicaciones dedicadas en los últimos años al tema de las representaciones de la historia nacional con ocasión de los Centenarios de la independencia: la memoria colectiva. Y propondré un posible complemento al registro de categorías analíticas para el estudio de estas representaciones: la política de la historia. Esta intervención se emprende desde un área de investigación ajena al estudio de las fiestas cívicas. Se basa en la lectura de una serie de publicaciones más o menos recientes sobre los Centenarios de la independencia en el subcontinente latinoamericano y en el interés compartido con estas investigaciones – y con las que están reunidas en este tomo – en los usos de la historia para fines políticos. Pero las reflexiones parten en primer lugar de una dedicación a la temática de la memoria y de la política de la historia en un contexto distinto: el de los procesos de redemocratización en América Latina a finales del siglo veinte. A pesar de todas las evidentes diferencias – con respecto tanto a las condiciones como a los objetivos o los contenidos de las representaciones del pasado – existe también un nexo historiográfico significativo entre los dos campos de investigación: los debates mantenidos a través del subcontinente sobre las formas de enfrentar los legados de las graves violaciones de los derechos humanos que se habían cometido en los años setenta y ochenta bajo el terrorismo estatal, formaban parte de los cambios político-

sociales que influyeron en los años noventa en la reanimación de los estudios sobre nacionalismo e identidades nacionales en América Latina.¹ También los ya numerosos trabajos sobre rituales cívicos, ceremonias patrióticas y mitos nacionales, sobre museos, exhibiciones y monumentos han compartido un interés fundamental en la relación entre Estado y nación, que se ha nutrido no en último término de las experiencias de los conflictos sobre el pasado durante y después de las dictaduras. Y la prominencia del concepto de la memoria en estos estudios se deja atribuir, por lo menos parcialmente, a aquella parte de sus raíces que dichos trabajos han tenido en la nueva tematización del *nation-building* en América Latina en los años noventa – en una constelación en la cual la mayoría de las sociedades se veía obligada a definir la relación entre el enfrentamiento de las injusticias cometidas en el pasado y el futuro de la comunidad nacional –.

En su introducción al número monográfico de la revista *Historia Mexicana* dedicado en el año jubilar 2010 al tema de *Los Centenarios en Hispanoamérica: la historia como representación*, Tomás Pérez Vejo escribe: “Las conmemoraciones históricas tienen como objetivo no tanto la historia como la memoria colectiva y la gestión de ésta es, en las sociedades modernas, uno de los principales problemas políticos, si no el principal.”² Su argumento es el siguiente: “En sociedades en las que la legitimidad del poder descansa en la representación de la nación, una realidad imaginada e imaginaria, resulta absolutamente imprescindible su recreación continua en el imaginario colectivo de cada comunidad nacional.”³ La cita ilustra un uso del término de la “memoria” observable en muchos trabajos sobre los Centenarios, no solo en el mismo número de la revista. Son dos aspectos – interrelacionados – que parecen problemáticos en esta manera de pensar la “memoria”. Por un lado, las nociones que se hallan en la gran mayoría de los textos consultados padecen de comprensiones metafóricas, monolíticas y presentistas – lo que se manifiesta en

¹ Miller (2006), 202.

² Pérez Vejo (2010a), 26.

³ Ídem.

la cita de Pérez Vejo, por ejemplo, cuando habla de una “gestión” de la memoria. Por otro lado, la “memoria” se utiliza a menudo como un concepto colectivo en el análisis de los discursos sobre la historia, por lo cual puede también opacar diferencias y pluridimensionalidades en las modalidades y racionalidades de los modos de referirse al pasado en lugar de esclarecerlas. Empezaré con el primer punto.

I

En el tan amplio como dinámico campo transdisciplinario de los estudios de la memoria no existe ningún consenso sobre lo que el término de la “memoria colectiva” designa.⁴ Sin embargo, en ninguna de las contribuciones consultadas sobre las maneras de referirse al pasado en los Centenarios de la independencia en América Latina en las cuales se utiliza el término, se explica, ni de la forma más somera, lo que se entiende por esta categoría analítica – una categoría en muchos casos central para el argumento del texto. Desde su introducción por la obra de Maurice Halbwachs en la primera mitad del siglo veinte se dejan diferenciar dos aspectos que constituyen la idea de la memoria colectiva. El aspecto menos problemático y, por ende, menos controvertido es la comprensión de que el acto individual de recordarse se realiza en contextos sociales. Como es bien sabido, con el concepto constructivista de Halbwachs se superó la idea del pasado como un hecho objetivo conservado en la memoria, accesible y representable como tal en el acto de su evocación. Desde la obra del sociólogo francés – o más bien desde su redescubrimiento por las ciencias culturales a partir de los años setenta – es un lugar común pensar la memoria individual en su dependencia de los horizontes de percepción y de las necesidades de crear sentido que los grupos sociales tienen a los cuales el individuo pertenece. La memoria individual se constituye, por ende, en lo que Halbwachs denominó “les

⁴ Véase Olick y Robbins (1998), 106.

cadres sociaux de la mémoire".⁵ Estos marcos sociales son el producto de la existencia social del individuo, de su pertenencia a varias comunidades sociales que también son comunidades de memoria.

Más difícil de concebir en la noción de la memoria colectiva que este aspecto de la "memoria en el grupo" es, sin embargo, el otro aspecto: la idea de la existencia de una "memoria del grupo" – que también está presente en la obra de Halbwachs, aunque no desarrollada de manera sistemática.⁶ Según esta idea, las imágenes, los símbolos o las narraciones creados en los actos de la representación del pasado se vuelven parte de los "marcos sociales" en los cuales los procesos de la evocación tienen lugar. Perpetuándose en el tiempo estas representaciones llegan a constituir ellas mismas condiciones estructurales de los procesos en los cuales individuos y comunidades negocian las comprensiones de sí mismo. En este sentido, la idea de una memoria colectiva es concebible de una manera comparable con la idea del discurso que es más que la totalidad de las enunciaciones individuales que contiene:⁷ grupos sociales poseen una memoria que es más que las memorias agregadas de los individuos que conforman el grupo.

Obviamente, un cierto grado de independencia parece atribuible a las representaciones del pasado en narraciones, imágenes y prácticas frente a los procesos neurológicos de las memorias individuales. Mientras más se aleja la memoria en el tiempo y en el espacio del evento recordado más comprensible se vuelve esta atribución – como en el caso de la memoria de la independencia a cien años del evento histórico –. Al mismo tiempo, el término de la memoria colectiva como memoria del grupo conlleva el peligro de un uso metafórico, quiere decir de instituir un colectivo como el sujeto de la memoria. Este peligro

⁵ Halbwachs (1925), (1950).

⁶ Jeffrey Olick hace esta distinción contraponiendo los términos "collected memory" y "collective memory". Olick (1999).

⁷ Ibid., 342.

– palpable ya en la obra de Halbwachs⁸ – puede evitarse solamente si la memoria colectiva se concibe siempre en sus dos aspectos: en las interdependencias entre la memoria en el grupo y la memoria del grupo – quiere decir entre los sujetos que realmente tienen la capacidad de recordar y los patrones de la representación del pasado que a su vez se caracterizan por una cierta resistencia frente a los condicionamientos e intereses individuales. Dicho de otra manera: la memoria colectiva depende en sus representaciones del pasado de actos individuales de evocación en contextos sociales. Pensar las memorias colectivas completamente independientes de las memorias en el grupo lleva a analogías erróneas: grupos sociales no recuerdan – como tampoco, por ejemplo, sufren de traumas –; archivos o rituales no son formas de memoria, como tampoco estatuas lo son.⁹ No pensar la memoria colectiva en su indisoluble conexión con las memorias de los individuos que constituyen el colectivo tiene el precio de caer en nociones monolíticas de la memoria que oscurecen tanto su carácter negociado y la variedad de intereses sociales influyentes en esta negociación como la pluralidad de memorias colectivas que coexisten y se solapan. Tales nociones subyacen el uso del término de la memoria en muchas de las contribuciones sobre las conmemoraciones de los Centenarios.

Una primera medida para reducir los peligros de caer en semejantes comprensiones monolíticas de la memoria y de perder de vista la interdependencia entre la “memoria del grupo” y la “memoria en el grupo” podría ser la sustitución del término de la “memoria colectiva” por el de la “memoria social”.¹⁰ El uso de la categoría de la memoria colectiva en los trabajos sobre los Centenarios, sin embargo, se inscribe en la orientación

⁸ El primero en formular esta crítica fue Marc Bloch, amigo de Halbwachs, en una reseña de *Les cadres sociaux de la mémoire*: Bloch (1925).

⁹ En este sentido, Verónica Zárate Toscano califica de manera algo ambigua los monumentos levantados con motivo del Centenario de la independencia en México de “hitos de la memoria”. Zárate Toscano (2010), 85, 89.

¹⁰ Por ejemplo, Fentress y Wickham (1992)

constructivista hegemónica desde los años noventa en los estudios sobre nacionalismo e identidad nacional en América Latina. Mientras la obra de Benedict Anderson estableció la idea de la nación como una “comunidad imaginada”,¹¹ otra obra igual de reputada todavía reforzó aún más la tendencia ya presente en el concepto de Anderson de entender los procesos de construcción de los imaginarios nacionales básicamente como procesos *top-down*: Eric Hobsbawm y Terence Ranger presentaron la “invención de la tradición”¹² como un mecanismo del *nation-building* sustentado en los representantes del Estado. Los estudios sobre las conmemoraciones de la independencia en las celebraciones del Centenario que hacen uso de la “memoria” como término analítico básico reproducen esta perspectiva constructivista o instrumental y enfocan – siguiendo una tendencia generalizada en trabajos dedicados al tema de la construcción (o de la destrucción) de memorias colectivas – el Estado no sólo como organizador de las celebraciones oficiales sino como actor exclusivo en los procesos de formación de una memoria nacional, asumiendo un poder casi hegemónico de moldear las formas en las cuales los ciudadanos recuerdan.¹³

La idea de una “gestión” – estatal – de la memoria colectiva o social¹⁴ se manifiesta en una serie de nociones. Prominente es aquella de la “memoria oficial”, de la cual se sirve, por ejemplo, Annick Lempérière en su artículo *Los dos centenarios de la independencia mexicana*.¹⁵ Lo que podría parecer a primera vista una diferenciación razonable del término generalizador de la “memoria colectiva” señala en realidad un entendimiento reduccionista de la memoria, enfatizando los potenciales de manipulación y subvalorando el carácter negociado y las matrices poco conscientes de formaciones

¹¹ Anderson (1991). Con respecto a las deficiencias generales del enfoque de Anderson en la explicación del *nation-building* en América Latina véase Lomnitz (2001).

¹² Hobsbawm y Ranger (1992).

¹³ Para una crítica general de este enfoque véase Hirst y Manier (2003), 38.

¹⁴ Pérez Vejo (2010a), 26; véase página 2 de este artículo.

¹⁵ Lempérière (1995), 321.

conmemorativas.¹⁶ Obviamente existían discursos oficiales sobre el pasado mediante los cuales gobiernos y administraciones públicas tenían considerables capacidades de ejercer influencia sobre las memorias en la sociedad – pero estos discursos no eran ellos mismos “modalidades de la memoria” que, según Lempérière, “elaboraron las élites político-culturales” para “enseñar a los ciudadanos cuál era el sentido de la historia común que debían compartir para formar una nación moderna.”¹⁷ Memorias no se constituyen en los hermetismos de instancias estatales y en formatos decretables. Las representaciones del pasado que sirvieron de lecciones públicas de la historia nacional organizadas por el Estado en los Centenarios para la educación cívica de las poblaciones en las formas de oraciones, desfiles, monumentos o publicaciones eran relacionadas en múltiples formas con memorias sociales. Pero calificarlas a ellas mismas como memoria resulta ser un error categorial. Además, como lo ha advertido Prasenjit Duara, también en la invención y la manipulación de las narraciones sobre la nación las capacidades de cualquier grupo o instancia en la sociedad – no obstante su capacidad de influencia – son limitadas.¹⁸ Sólo una de las contribuciones consultadas sobre el Centenario que sostiene su análisis en el término de la memoria, estudia los discursos oficiales sobre el pasado en su carácter negociado y contestado: Guillermo Bustos Lozano enfoca en *Los sentidos divergentes de la memoria nacional* las disputas entre liberales y conservadores, entre posiciones laicistas y católicas desde los cuales se produjeron en el Centenario ecuatoriano de la independencia las representaciones oficiales de la historia nacional.¹⁹

Las consecuencias del concepto constructivista de la memoria se manifiestan no sólo en una comprensión monolítica de la misma y en una perspectiva limitada a factores “top-down” en los procesos de la constitución de memorias

¹⁶ Por ejemplo, Tanner (2001), 51.

¹⁷ Lempérière (1995), 317.

¹⁸ Duara (1996).

¹⁹ Bustos Lozano (2010).

sociales. Se hacen evidentes también en otro aspecto de los estudios sobre las conmemoraciones centenarias: la predominación de una noción “presentista” de la memoria. En esta radicalización del argumento constructivista se fundamenta la idea según la cual cada sociedad “inventa su propia memoria”.²⁰ Bajo esta perspectiva unilateral sobre las relaciones entre presente y pasado se enfatiza el poder del presente de disponer sobre el pasado de tal manera que factores históricos limitantes a la moldeabilidad de las memorias sociales quedan excluidos del enfoque analítico. Las memorias sociales aparecen constituidas exclusivamente por las necesidades e intenciones de los actores históricos en su presente – en el enfoque “top-down” de los estudios sobre los Centenarios quiere decir: de los actores en el poder político. Condiciones que ponían límites a la manipulación de las memorias sociales, por ende, no se consideran en las discusiones de las formas en las cuales sociedades o grupos sociales conmemoraban el pasado. Sin embargo, son numerosos los factores que restringen los espacios de la creación de representaciones del pasado: documentos históricos conservados, testimonios, convenciones culturales, estándares de la historiografía profesional, motivos sociales que no están orientados tanto hacia la legitimación sino hacia la búsqueda de orientación en el pasado.²¹ Tal vez la resistencia más efectiva contra la libre figuración de la memoria la ofrece la tradición misma. La condición básica de la tradición es la continuidad de una sociedad y – relacionado con esta y a pesar de todos los cambios y disensos – “un sentido estable de identidad”.²² En eventos conmemorativos como los Centenarios de la independencia es por supuesto justamente el sentido de continuidad – por lo regular asociado con el objetivo de la confirmación y conservación de un orden existente²³ – el que se encuentra en el centro de las celebraciones. Además, el hecho de que las memorias, en las cuales las celebraciones se basan, se caractericen también por una cierta inercia,

²⁰ Lempérière (1995), 317.

²¹ Schudson (1992), Appadurai (1981).

²² Schwartz (1991), 232–233.

²³ Bergmann (2009), 27–28.

sugiere incluir en las investigaciones sobre las conmemoraciones en los Centenarios también las representaciones de los orígenes de la nación y de sus héroes en la larga duración de las fiestas cívicas desde la independencia.²⁴ Lempérière, de hecho, hace referencia a esta condición histórica, aunque parece más apropiado hablar de memorias de las conmemoraciones en vez de una “memoria dentro de la memoria”.²⁵ La idea monolítica de la memoria que prevalece en su estudio, sin embargo, no se resuelve con la introducción de esta perspectiva historizadora – además la autora se refiere desafortunadamente solamente a las celebraciones del Primer Centenario de la Revolución Francesa y a las festividades – porfirianas – de 1910 como modelos para las celebraciones – revolucionarias – del segundo Centenario de la independencia mexicano en 1921 y no contempla esta dimensión histórica para el primer Centenario de 1910.²⁶

Desde luego hay que mencionar un último factor importante en las limitaciones de la moldeabilidad de las “memorias nacionales” a las cuales se alude con frecuencia en los textos aquí discutidos.²⁷ Dentro de toda la complejidad de interrelaciones entre la variedad de memorias sociales (y, finalmente, individuales) que intervenían en las negociaciones de una memoria de la nación es suficiente señalar un solo campo de tensión: los artículos dicen poco al respecto, pero las memorias en los sectores “populares” de la sociedad obviamente no siempre compartían los significados atribuidos desde las esferas estatales a las representaciones históricas de la nación y de su identidad. Para el caso de Chile, Antonio Sáez-Arance describe un país marcadamente fracturado en el Centenario entre una élite “que se celebró básicamente a sí misma mediante la escenificación de un relato que identificaba los logros de la joven

²⁴ Para el caso mexicano, por ejemplo, existe una contribución que se dedica a las imágenes de la independencia durante el siglo XIX: Fernández Tejedo y Nava Nava (2001).

²⁵ Lempérière (1995), 320.

²⁶ *Ibid.*, 319–321.

²⁷ Por ejemplo, Bustos Lozano (2010); Bertrand (2010), 19, 28; Brezzo (2010), 215; Lempérière (1995), 330.

nación con los de sus propias familias y la gesta emancipadora con el heroísmo de sus antepasados” y las masas populares que no podían percibirse representadas en las conmemoraciones.²⁸ En México, el héroe de la patria más valorado por el régimen de Porfirio Díaz – también en las celebraciones del Centenario – era Benito Juárez, mientras los protagonistas de la lucha independista Miguel Hidalgo y Juan María Morelos ocupaban lugares más bien marginales en la conmemoración oficial en el Porfiriato.²⁹ Sin embargo, cuando la Comisión Nacional Centenario mexicana organizó una competencia pública para las letras del Himno del Centenario, de los más que cien textos entregados tres cuartas partes elogiaron a Hidalgo y alrededor de una tercera parte mencionó a Morelos mientras sólo una cuarta parte hizo referencia a Juárez y sólo nueve textos al emperador azteca Cuauhtémoc, otra figura destacada en el panteón porfirista.³⁰ Desde luego, las divergencias que se manifestaron en esta convocatoria, se limitaban a los sectores de la sociedad que sabían leer y escribir.³¹

II

En el ya citado artículo introductorio al número monográfico de *Historia Mexicana* dedicado a los Centenarios de la independencia, Tomás Pérez Vejo caracteriza la propuesta de las contribuciones compiladas de la siguiente manera: “Analizar los textos e imágenes producidos con motivo de las conmemoraciones de 1910 como parte fundamental de la historia política y cultural del continente. Una apuesta arriesgada, en la que la historia política y la historia cultural aparecen inextricablemente unidas y en la que el objeto de estudio no es tanto el poder como lo que les hace posible, las fuentes últimas de legitimidad en las que encuentra sustento”.³² La propuesta de una combinación

²⁸ Sáez-Arance (2010), cita: 377–378.

²⁹ Lempérière (1995), 323–327; Bertrand (2010), 19–20.

³⁰ Earle (2002), 801.

³¹ En 1910 la tasa de alfabetización en México remontaba a un 20%. Bazant (1996), 135.

³² Pérez Vejo (2010a), 25–26.

de los enfoques de la historia cultural y de la historia política en los estudios de las conmemoraciones parece concluyente. También es cierto que implica riesgos aunque desde mi punto de vista son diferentes a los que identifica Pérez Vejo.

Ya William Beezley y David Lorey hacen constar en su antología sobre las celebraciones del 15 y del 16 de septiembre en el México decimonónico y del temprano siglo veinte que los representantes del Estado perseguían un doble fin en las fiestas cívicas con motivo de los aniversarios de la independencia: se trataba de crear lealtades para la nación, pero también se trataba de crear lealtades para el régimen.³³ Michel Bertrand describe esta doble orientación para las festividades del Centenario mexicano en las cuales el régimen porfirista buscaba “ofrecer al pueblo una interpretación de la historia nacional para favorecer la emergencia de un sentimiento nacional capaz de integrar todos los componentes de la sociedad”, haciendo de las conmemoraciones, sin embargo, al mismo tiempo “una verdadera autocelebración”.³⁴

Lo mismo es cierto para las conmemoraciones del Centenario en otros contextos diferentes al mexicano. Conmemorando la independencia, los Centenarios produjeron a través de América Latina representaciones de países en el punto culminante de todo un proceso secular de construcción nacional. Las celebraciones junto con el sinnúmero de inauguraciones de obras públicas, exposiciones y congresos relacionados con ellas presentaron sobre todo países modernos con una renovada fe en sus capacidades de progreso, presentaron sociedades a punto de integrarse entre las naciones más civilizadas del mundo.³⁵ Las representaciones del pasado organizadas por el Estado con motivo del aniversario obviamente no sólo tenían la función de influir en las ideas sobre la mexicanidad, la argentinidad o la chilenedad – como eran también influidas por ellas. Por lo menos igual de importantes que la “imaginación de la comunidad”

³³ Beezley y Lorey (2001), x.

³⁴ Bertrand (2010), 27.

³⁵ Pérez Vejo (2010b), 40; Bertrand (2010), 25–27; Tenorio Trillo (1996), 78–79; Sáez-Arance (2010), 378; Bustos Lozano (2010), 479.

eran las intenciones de crear legitimidad para los regímenes gobernantes y sus proyectos concretos de modernización. En el caso mexicano, por ejemplo, Michel Bertrand de hecho ve desaparecer el objetivo de formar una identidad nacional integrativa detrás de una apoteosis del régimen porfiriano.³⁶

Tomás Pérez Vejo con razón constata que en las sociedades modernas la legitimidad del poder descansa en la representación de la nación continuadamente recreada en el imaginario colectivo.³⁷ Sin embargo, no todas las referencias al pasado en las celebraciones del Centenario son adecuadamente conceptualizadas como “políticas de memoria”.³⁸ Lo que se estudia en los trabajos consultados sobre las conmemoraciones de la independencia en el Centenario son discursos sobre el pasado, no memorias. Estos discursos tenían como objetivo (re)crear identidades nacionales. Pero esto no era su única función ni tampoco la primordial. En lugar de partir de la premisa de que las conmemoraciones tenían “como objetivo no tanto la historia como la memoria colectiva”³⁹ y de considerar todas las representaciones del pasado en los Centenarios bajo la categoría de la memoria parece más adecuado un enfoque dedicado a la investigación de “discursos sobre la historia” y que diferencia sus categorías analíticas. A pesar de sus múltiples interacciones con las memorias sociales, no todos los esfuerzos oficiales de consolidar el sistema en el poder y de legitimar sus proyectos de modernización mediante el uso de la historia como recurso político son razonablemente clasificables como una labor de construcción de memoria. El indiferenciado uso de la categoría de la memoria no lleva a una mejor comprensión de las modalidades y las racionalidades de las escenificaciones del pasado. Más bien la dificulta, pasando por alto diferencias en los modos de referirse al pasado en vez de explicitarlas.

Para complementar – y no para sustituir – la “memoria” como categoría central en el análisis de las representaciones del pasado en conmemoraciones es

³⁶ Bertrand (2010), 27.

³⁷ Pérez Vejo (2010a), 12, véase página 2 de este artículo.

³⁸ Por ejemplo, Lempérière (1995), 330; Bertrand (2010), 19.

³⁹ Pérez Vejo (2010a), 12, véase página 2 de este artículo.

posible recurrir a una serie de conceptos, no pocos de ellos provenientes del contexto germanohablante, como la “conciencia histórica” (*Geschichtsbewusstsein*) o la “cultura de historia” (*Geschichtskultur*).⁴⁰ Para el estudio de los discursos sobre el pasado nacional en las celebraciones del Centenario de la independencia se propone aquí otra opción: el concepto de la “política de la historia” (*Geschichtspolitik*). Desde su introducción en el contexto de los debates en Alemania sobre el pasado nacionalsocialista – particularmente del “Historikerstreit” – el término se transformó de una expresión peyorativa en los años ochenta a una categoría analítica a fines de los años noventa. Peter Steinbach y Peter Reichel contribuyeron de manera decisiva a este cambio,⁴¹ pero la referencia obligatoria en los ya numerosos trabajos dedicados a la política de la historia es la obra posterior de Edgar Wolfrum.⁴² Según Wolfrum, la política de la historia constituye un campo de acción en el cual actores políticos luchan por la interpretación pública de la historia. La pregunta por la política de la historia es la pregunta por el “cómo, por quién, con qué medios, con qué intención y con qué efecto se tematizan experiencias del pasado y se vuelven políticamente relevantes”.⁴³

El concepto de la política de la historia parece un útil complemento en el análisis de las representaciones del pasado para los estudios de los Centenarios de la independencia, dado que se enfocan más específicamente en los aspectos políticos de los usos de la historia. La política de la historia dirige la perspectiva también hacia las lógicas de legitimación, movilización, integración y exclusión operativas en las referencias a la historia que estaban sujetas a intereses coyunturales de grupos políticos y no solo a intenciones de influir en las ideas mucho más espesas que las sociedades tenían sobre su comunidad y sobre sus peculiaridades. Las dimensiones culturales de los modos de referirse al pasado

⁴⁰ Para una discusión de los dos términos en relación con conmemoraciones políticas véase Schiller (1993).

⁴¹ Véase Steinbach (1992) (1994) y Reichel (1995).

⁴² Wolfrum (1999a).

⁴³ Wolfrum (1999b), 58.

en los Centenarios, sin embargo, no se pierden de vista en esto. Particularmente en la medida en que tenían que servirse en su comunicación de representaciones simbólicas y de narraciones, de rituales y de mitos, las políticas de historia tienen que pensarse permeables hacia los procesos de construcción y reconstrucción de la memoria. Las políticas de la historia evidentemente tienen que analizarse en sus interacciones con los acervos culturales de las sociedades. Pero la introducción de la categoría permite una mejor diferenciación entre lo cultural y lo político en las representaciones del pasado.

Además, el concepto de la política de la historia facilita una mejor percepción del carácter controvertido y negociado de estas representaciones. Enfatizar las limitaciones en las cuales los actores políticos producían sus interpretaciones de la historia contribuye a la relativización de la noción de una “*invention of tradition*”. También en el México porfirista – con un sistema político que de ningún modo puede caracterizarse como pluralista – las discusiones sobre los orígenes y la trayectoria de la nación en el contexto del Centenario fueron relativamente abiertas, pero en todo caso ostentaban tensiones, contradicciones y conflictos. Los viejos debates decimonónicos entre las visiones liberales y conservadoras sobre el carácter de la independencia y sobre los orígenes de la nación resurgieron. En la escenificación central de la historia patria en las celebraciones del Centenario, el Gran Desfile Histórico del día 15 de septiembre, los responsables optaron por dramatizar la independencia representando no – lo que habría sido lo más evidente – la insurrección de 1810, sino la entrada a la Ciudad de México del ejército de las Tres Garantías dirigido por Agustín de Iturbide en 1821, quiere decir la consumación conservadora del movimiento independista.⁴⁴ Al día siguiente, sin embargo, se inauguró en la capital el monumento central en toda la “*estatuomanía*”⁴⁵ del régimen porfirista: el Ángel de la Independencia en el Paseo de la Reforma.⁴⁶ En este monumento

⁴⁴ García (1911), 138–141.

⁴⁵ Lempérière (1995), 320.

⁴⁶ Véase, por ejemplo, Tenorio Trillo (1996), 95–96; Zárate Toscano (2010), 109–111; Tenenbaum (1994).

no se encontró incluida la figura del héroe conservador Iturbide, pero sí la figura del héroe insurreccionista Hidalgo. Otro ejemplo: El primero de los tres escenarios del Gran Desfile que debieron representar las etapas más importantes de la historia patria fue dedicado a la conquista – lo que correspondía a la visión histórica conservadora – y no a la época precortesiana – en la cual la versión liberal de la historia localizaba las raíces de la nación. Al mismo tiempo, el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología fue reorganizado con motivo de las celebraciones del Centenario: la gran sala de monolitos arqueológicos, en la cual se exponían los hallazgos de las culturas prehispánicas, formaba el eje de la representación museológica del pasado nacional en esta reorganización. Estas señales contradictorias de la llamada “historia oficial” reprodujeron las tensiones ideológico-políticas intrínsecas del porfirismo que se presentaba como el sucesor del liberalismo de Benito Juárez llevando a cabo el proyecto de una modernización conservadora.

Es importante notar también las deficiencias de la categoría de la política de la historia. Muchas publicaciones sostienen una comprensión demasiado amplia del término – con el resultado de despojarlo de su capacidad diferenciadora.⁴⁷ Otros autores hacen uso del término en un sentido más específico, pero lo adoptan como noción establecida – discutiéndolo raramente desde un punto de vista crítico.⁴⁸ Tal discusión, sin embargo, parece necesaria, particularmente con vista a la herencia que el término todavía carga de aquellos tiempos en los cuales se utilizaba para desacreditar las posiciones del adversario político o como parte del vocabulario folletinesco: todavía no ha sido liberado de la connotación de una instrumentalización de la historia. Por lo tanto, la reflexión de la relación entre representaciones académicas del pasado y el uso de la historia como recurso político ha sido insuficiente. La calificación de la cuestión de la verdad como “no decisiva” por Edgar Wolfrum en su presentación canónica del

⁴⁷ Una referencia para una comprensión amplia del término es Sandner (2001).

⁴⁸ La referencia en estos casos es Wolfrum (1999a). Véase Schmid (2009), 71.

término⁴⁹ desplaza el problema de la relación entre ciencia y política a los márgenes de las perspectivas analíticas sobre políticas de historia – mientras pertenecería a su centro.

Las representaciones académicas del pasado no sólo contribuían de manera decisiva a delimitar lo que era posible en los usos políticos del pasado. El objetivo principal de políticas de historia era y es legitimidad y la historiografía académica obviamente era y sigue siendo una fuente de legitimidad por excelencia. Por consecuencia, en el análisis de la historia como recurso político el papel de las ciencias – históricas – merece más atención de la que ha recibido en los trabajos existentes, tanto desde el punto de vista empírico como conceptual. Lo mismo puede decirse del estudio de las representaciones del pasado en los Centenarios, también con vista a la influencia que ejercía el positivismo sobre el pensamiento político de la época en América Latina. En México, la Comisión Nacional Centenario era encargada de promover no sólo actividades literarias y artísticas sino también científicas para conmemorar la independencia – comisiones parecidas se establecieron también en otros países, como, por ejemplo, en Argentina –.⁵⁰ El ideal de la cientificidad en la representación del pasado se manifestó también en la organización del ya mencionado evento del Gran Desfile Histórico: se reclamó explícitamente la veracidad histórica de varios aspectos de las escenificaciones, como, por ejemplo, del vestuario de los comparsas.⁵¹ La historia académica, sin embargo, no tenía solamente una función auxiliar para la “historia monumental”, como Annick Lempérière afirma en la terminología Nietzscheana.⁵² Publicaciones que se pueden considerar académicas dieron lugar a extensos debates públicos como, por ejemplo, el libro *La guerra de independencia: Hidalgo, Iturbide* de Francisco Bulnes.⁵³ Además, el carácter científico de muchos eventos

⁴⁹ Wolfrum (1999b), 58.

⁵⁰ Earle (2002), 801.

⁵¹ Lempérière (1995), 332.

⁵² *Ibid.*, 331.

⁵³ Pérez Vejo (2010b), 66–69.

relacionados con las celebraciones del Centenario era un pilar de la imagen de una nación y de un sistema político modernos presentada en las festividades hacia adentro y hacia afuera. Una serie de congresos científicos internacionales que se llevaron a cabo en el año festivo no sólo en México, fueron parte de estos eventos. Así, el decimoséptimo Congreso de Americanistas se realizó con motivo del Centenario paralelamente en la capital mexicana y en Buenos Aires.⁵⁴

A pesar de relacionarse en múltiples formas con discusiones historiográficas, las conmemoraciones no son en principio eventos de una reflexión crítica del pasado. Sin embargo, tampoco contribuyen solamente a la conservación del *status quo* político. Particularmente en la celebración de fechas históricas que denotan una idea de progreso, pueden producir también efectos que cuestionan los sistemas en el poder.⁵⁵ Para el estudio de las representaciones del pasado organizados por el Estado en aniversarios como los Centenarios de la independencia la noción de la política de la historia ofrece un complemento útil de las herramientas analíticas. Para el estudio de los contingentes impactos que estas representaciones tenían en los imaginarios de la sociedad, la noción de la memoria (social) resulta central. En ambos casos, una mayor precisión de los conceptos – en sus alcances y limitaciones – es una condición imprescindible de la promesa de sus capacidades de generar nuevas comprensiones de los modos en los cuales se refería al pasado en los Centenarios.⁵⁶

⁵⁴ Tenorio Trillo (1996), 99.

⁵⁵ Bergmann (2009), 27–28.

⁵⁶ Dos ejemplos de publicaciones sobre el presente y el pasado en los Centenarios de la independencia que abren nuevas perspectivas valiosas sobre el tema sin basarse en la categoría analítica de la memoria – y por supuesto tampoco en aquella de la política de la historia – son Tenorio Trillo (1996) y Earle (2002).

Bibliografía

- Anderson, Benedict (1983): *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, London: Verso.
- Appadurai, Arjun (1981): The Past as a Scarce Resource, en: *Man* 16 (2), 201–219.
- Bazant, Milada (1996): Unidad y democracia educativa: meta porfiriana, en: Bazant, Milada (ed.): *Ideas, valores y tradiciones. Ensayos sobre historia de la educación en México*. Zinacantepec: El Colegio Mexiquense, 129–143.
- Beezley, William H. y Lorey, David E. (2001): Introduction. The Functions of Patriotic Ceremony in Mexico, en: Beezley, William H. y Lorey, David E. (eds.): *¡Viva Mexico! ¡Viva la independencia! Celebrations of September 16*. Wilmington: Scholarly Resources, ix–xviii.
- Bergmann, Klaus (2009): Gedenktage, Gedenkjahre und historische Vernunft, en: Horn, Sabine y Sauer, Michael (eds.): *Geschichte und Öffentlichkeit. Orte – Medien – Institutionen*, Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht, 24–31.
- Bertrand, Michel (2010): Commémoration et histoire: les célébrations du premier centenaire de l'indépendance à Mexico, en: *Caravelle. Cahiers du Monde Hispanique et Luso-Brésilien*, 94, 13–31.
- Bloch, Marc (1925): Mémoire collective, tradition et coutume. A propos d'un livre récent, en: *Revue de Synthèse Historique* 40, 73–83.
- Brezzo, Liliana M. (2010): “Reparar la nación”: Discursos históricos y responsabilidades nacionalistas en Paraguay, en: *Historia Mexicana* 60 (1), 197–242.
- Bustos Lozano, Guillermo (2010): La conmemoración del primer Centenario de la independencia ecuatoriana: Los sentidos divergentes de la memoria nacional, en: *Historia Mexicana* 60 (1), 473–524.
- Duara, Prasenjit (1996): Historizing National Identity, or Who Imagines What and When, en: Eley, Geoff y Suny, Ronald Grigor (eds.): *Becoming National*, New York/Oxford: Oxford University Press, 151–177.
- Earle, Rebecca (2002): “Padres de la Patria” and the Ancestral Past: Commemorations of Independence in Nineteenth-Century Spanish America, en: *Journal of Latin American Studies* 34 (4), 775–805.
- Fentress, James y Wickham, Chris (1992): *Social Memory*, Oxford/Cambridge: Blackwell.
- Fernández Tejedo, Isabel y Nava Nava, Carmen (2001): Images of Independence in the Nineteenth Century. The *Grito de Dolores*, History and Myth, en: Beezley, William H. y Lorey,

- David E. (eds.): *¡Viva Mexico! ¡Viva la independencia!: Celebrations of September 16*. Wilmington: Scholarly Resources, 1–41.
- García, Genaro (1911): *Crónica oficial de las fiestas del primer Centenario de la independencia de México*, México: Talleres del Museo Nacional.
- Halbwachs, Maurice (1925): *Les cadres sociaux de la mémoire*, Paris: Alcan.
- Halbwachs, Maurice (1950): *La mémoire collective*, Paris: Presses universitaires de France.
- Hirst, William y Manier, David (2003): The Diverse Forms of Collective Memory, en: Echterhoff, Gerald y Saar, Martin (eds.): *Kontexte und Kulturen des Erinnerns. Maurice Halbwachs und das Paradigma des kollektiven Gedächtnisses*, Konstanz: UVK-Verlagsgesellschaft, 37–58.
- Hobsbawm, Eric y Ranger, Terence (eds.) (1992): *The Invention of Tradition*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Lempérière, Annick (1995): Los dos centenarios de la independencia mexicana (1910–1921): De la historia patria a la antropología cultural, en: *Historia Mexicana* 45 (2), 317–352.
- Lomnitz, Claudio (2001): Nationalism as a Practical System: Benedict Anderson's Theory of Nationalism from the Vantage Point of Spanish America, en: Centeno, Miguel Angel y López-Alves, Fernando (eds.): *The Other Mirror: Grand Theory through the Lens of Latin America*, Princeton: Princeton University Press, 329–359.
- Miller, Nicola (2006): The Historiography of Nationalism and National Identity in Latin America, en: *Nations and Nationalism* 12 (2), 201–221.
- Olick, Jeffrey K. (1999): Collective Memory: The Two Cultures, en: *Sociological Theory* 17 (3), 333–348.
- Olick, Jeffrey K. y Robbins, Joyce (1998): Social Memory Studies: From “Collective Memory” to the Historical Sociology of Mnemonic Practices, en: *Annual Review of Sociology* 24, 105–140.
- Pérez Vejo, Tomás (2010a): Presentación: Los centenarios en Hispanoamérica, la historia como representación, en: *Historia Mexicana* 60 (1), 7–29.
- Reichel, Peter (1995): *Politik mit der Erinnerung. Gedächtnisorte im Streit um die national-sozialistische Vergangenheit*, München: Hanser.
- Sáez-Arance, Antonio (2010): Entre la autocomplacencia y la crisis: Discursos de chilenidad en el primer Centenario, en: *Historia Mexicana* 60 (1), 369–396.
- Sandner, Günther (2001): Hegemonie und Erinnerung: Zur Konzeption von Geschichts- und Vergangenheitspolitik, en: *Österreichische Zeitschrift für Politikwissenschaft* 30 (1), 5–17.

- Schiller, Dietmar (1993): Politische Gedenktage in Deutschland. Zum Verhältnis öffentlicher Erinnerung und politischer Kultur, en: *Aus Politik und Zeitgeschichte* 43 (25), 32–39.
- Schmid, Harald (2009): Vom publizistischen Kampfbegriff zum Forschungskonzept. Zur Historisierung der Kategorie „Geschichtspolitik“, en: Schmid, Harald (ed.): *Geschichtspolitik und kollektives Gedächtnis. Erinnerungskulturen in Theorie und Praxis*, Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht, 53–75.
- Schudson, Michael (1992): *Watergate in American Memory: How We Remember, Forget and Reconstruct the Past*, New York: Basic Books.
- Schwartz, Barry (1991): Social Change and Collective Memory: The Democratization of George Washington, en: *American Sociological Review* 56 (2), 221–236.
- Steinbach, Peter (1992): Widerstandsdeutungen in der geschichtspolitischen Auseinandersetzung. Erfahrungen aus der Arbeit an der ständigen Ausstellung Widerstand gegen den Nationalsozialismus in Berlin, en: Nachama, Andreas y Schoeps, Julius H. (eds.): *Aufbau nach dem Untergang. Deutsch-jüdische Geschichte nach 1945. In memoriam Heinz Galinski*, Berlin: Argon, 404–413.
- Steinbach, Peter (1994): Zur Geschichtspolitik (Kommentar), en: Kocka, Jürgen y Sabrow, Martin (eds.): *Die DDR als Geschichte. Fragen – Hypothesen – Perspektiven*, Berlin: Akademie Verlag, 159–169.
- Tanner, Jakob (2001): Nation, Kommunikation und Gedächtnis. Die Produktivkraft des Imaginären und die Aktualität Ernest Renans, en: Jureit, Ulrike (ed.): *Politische Kollektive. Die Konstruktion nationaler, rassischer und ethnischer Gemeinschaften*, Münster: Westfälisches Dampfboot, 46–67.
- Tenenbaum, Barbara A. (1994): Streetwise History: The Paseo de la Reforma and the Porfirian State, 1876–1910, en: Beezley, William y Martin, Cheryl English y French, William E. (eds.): *Rituals of Rule, Rituals of Resistance. Public Celebrations and Popular Culture in Mexico*, Wilmington: Scholarly Resources, 127–150.
- Tenorio Trillo, Mauricio (1996): 1910 Mexico City: Space and Nation in the City of the Centenario, en: *Journal of Latin American Studies* 28 (1), 75–104.
- Wolfrum, Edgar (1999a): *Geschichtspolitik in der Bundesrepublik Deutschland. Der Weg zur bundesrepublikanischen Erinnerung 1948–1990*, Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft.
- Wolfrum, Edgar (1999b): *Geschichtspolitik in der Bundesrepublik Deutschland 1949–1989. Phasen und Kontroversen*, en: Bock, Petra y Wolfrum, Edgar (eds.): *Umkämpfte Vergangen-*

genheit. Geschichtsbilder, Erinnerung und Vergangenheitspolitik im internationalen Vergleich, Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht, 55–81.

Zárate Toscano, Verónica (2010): Los hitos de la memoria o los monumentos en el Centenario de la independencia de México. Ópera imaginaria en una obertura y tres actos, en: *Historia Mexicana* 60 (1), 85–135.

La conmemoración de 1910, la celebración del progreso

María Eugenia Ponce Alcocer

Introducción

El Centenario de la independencia de México fue considerado por el régimen del presidente Díaz de importancia nacional, por lo que el 7 de abril de 1907 se instaló la Comisión Nacional del Centenario de la Independencia. La conmemoración debía realizarse “con la solemnidad y el esplendor que a hecho tan elevado y de tanta trascendencia corresponde”.⁵⁷

La celebración del Centenario debía ser esencialmente popular y nacional, por lo que se debía dejar amplio margen a la iniciativa y manifestación patriótica de todas las clases sociales; sin embargo, al gobierno le correspondía tener una participación importante. El programa oficial de la independencia debía mostrar al mundo que México ocupaba un lugar entre las naciones civilizadas. Este anhelo no fue privativo de México, las repúblicas hispanoamericanas consideraban que por fin ocupaban el lugar que les correspondía entre las naciones civilizadas del mundo y que en él iban a seguir: “Eran las protagonistas de su historia, no sus víctimas, y las conmemoraciones fueron la ocasión óptima para exhibirse ante el mundo como campeonas del progreso y de la modernidad”.⁵⁸

El símbolo más palpable del orden y el progreso propugnado por el régimen porfirista fue la Ciudad de México. Ésta se había transformado a lo largo del gobierno encabezado por Díaz, y mostraba los avances arquitectónicos y urbanos: calles pavimentadas, amplios bulevares, parques con grandes jardines.

⁵⁷ Comisión Nacional del Centenario de la Independencia (1910), 1.

⁵⁸ Pérez Viejo (2010), 14.

Además de servicios públicos como obras de drenaje, electricidad, gas, teléfono: “La renovada capital era una especie de vitrina de los avances del país”.⁵⁹

La élite científica otorgaba mucha atención a las obras públicas, especialmente aquellas que mejoraban la higiene, la salud pública y los servicios urbanos. Como consecuencia, la construcción de obras de drenaje, de escuelas, hospitales, hospicios, orfanatos y cárceles figuró de manera destacada en la celebración del Centenario. Así, se erigieron edificios como el de Correos, el Manicomio General, la estación Sismológica Central, la Fábrica de pólvora; se abrieron instituciones como la Universidad Nacional de México, la Escuela Nacional de Altos Estudios, Escuela Normal Primaria para Maestros y la Escuela Nacional Primaria Industrial para Niñas. Además, el régimen realizó la inauguración de obras conmemorativas como el Hemiciclo a Juárez y el monumento a la independencia, entre otros.

La capital del país fue la sede principal en donde se podían mostrar los más importantes adelantos industriales, económicos, urbanos, artísticos y culturales que se habían alcanzado, debido a que a partir de tales avances se podía medir cuan moderna era una sociedad.⁶⁰

Pero además, la Comisión Nacional determinó que en todas las localidades de la República Mexicana se procurara que fuera inaugurada al menos una mejora material, ya que ésta era:

[...] siempre el testigo, primero, y el recuerdo después, mudo pero firme y constante, de las ideas y de los sucesos que se han realizado por espíritu de humanidad, de patriotismo o de solidaridad cívica; y cuando [...] el tiempo, en su marcha inexorable, ha evaporado los recuerdos de todos los hechos trascendentales de la vida, quedan ahí, para ejemplo y lección de la posteridad, la estatua de granito que representa al héroe; la escuela que se levantó [...] el establecimiento benéfico que surgió [...] las] obras de ornato,

⁵⁹ McMichael (2004), 175–177.

⁶⁰ Garner (2010), 135.

de utilidad pública, de vida palpitante y necesaria para los pueblos que las realizan.⁶¹

Así, se hicieron diversas obras materiales como alumbrado público en Guanajuato, Durango y Zacatecas, baños y lavaderos públicos en Querétaro, Michoacán y Aguascalientes; bibliotecas públicas en Huatusco, Veracruz y en cada barrio de la capital de San Luis Potosí; caminos en Oaxaca, en Puebla, Guerrero y Tamaulipas; drenaje y otras obras de saneamiento en Tulancingo, Hidalgo y la ciudad de Chihuahua; mercados en Jalisco, Nuevo León, Chiapas, Morelos, Campeche; y desde luego monumentos y columnas conmemorativas en un gran número de poblaciones del país.⁶²

Diversos organismos se encargaron de organizar diferentes actividades como el Primer Congreso de Indianistas, el XVII Congreso Internacional de Americanistas, el Congreso Nacional de Educación Primaria, el Primer Congreso Nacional de Estudiantes, el IV Congreso Médico Nacional; también se llevaron a cabo concursos a nivel nacional, así como exposiciones como la Popular de Higiene, de Arte Español, Médico Mexicana, de Arte Nacionales y la Geológica. Las asociaciones particulares también inauguraron algunas construcciones como la Asociación Cristiana de Jóvenes, de origen inglés.

La conmemoración del Centenario debía ser esencialmente popular y nacional, por lo que se debía dejar amplio margen a la iniciativa y manifestación patriótica de todas las clases sociales; sin embargo, al gobierno le correspondía desempeñar un importante rol.

Los festejos del Centenario persiguieron la idea de que la población participara en esas fiestas, no sólo como testigo sino también como actor, pero cada quien en el lugar que le correspondía. Con la celebración, la población ejercía uno de los pocos derechos reales que tenía, y era una manera de expresar valores, aspiraciones, y de reforzar la solidaridad social.⁶³

⁶¹ Comisión Nacional del Centenario de la Independencia (1910), 84-85.

⁶² *Ibid.*, 85-97.

⁶³ Pérez Rayón (1991), 255.

De esta forma se realizaron desfiles de alumnos, concursos de poesía, cantos de himnos patrios, ceremonias y actos teatrales; además hubo concursos, conferencias y veladas literarias. Asimismo, se celebraron festividades en diversos establecimientos como la Escuela Nacional de Ciegos, Escuela Nacional de Sordomudos, Escuela Industrial de Huérfanos, Hospicio de Niños y la Penitenciaría del Distrito Federal.

Desde luego se llevaron a cabo desfiles de carros alegóricos que circularon por las calles principales e iban acompañados por grupos de obreros de las fábricas, en esos desfiles la banca, la industria y el comercio estuvieron representados; tampoco faltaron los desfiles militares, los arcos triunfales, la jura de bandera realizada por la juventud escolar, además de numerosos actos y veladas culturales.⁶⁴

Esos eventos y muchos más que se desarrollaron durante el mes de septiembre de 1910, fueron organizados por particulares, algunos a título individual, otros por organizaciones que representaban la participación de las clases medias y populares, e incluso a partir de donaciones de particulares, organismos y gobiernos extranjeros. Todos ellos fueron coordinados por la Comisión Nacional del Centenario, ya que a ella le correspondió armonizar las solemnidades y festejos que habían de organizarse y procurar “dar conveniente dirección y unidad” a las manifestaciones particulares.⁶⁵

Las solicitudes asociadas al deseo de honrar a los héroes

¿Cuáles fueron los sentimientos y pensamientos de los mexicanos con motivo de ese acontecimiento y cómo expresaron su deseo de honrar a los héroes?

Por medio de la correspondencia escrita al presidente Porfirio Díaz podemos conocer que algunas personas le mandaron al presidente poemas, odas, sonetos,

⁶⁴ Para un conocimiento más amplio de todos los eventos que se efectuaron durante la celebración véase Comité Nacional del Comercio (México) (1911).

⁶⁵ Comisión Nacional del Centenario (1910), 1.

himnos, obras dramáticas, piezas musicales, etcétera, como una manera de rendir honores a los héroes de la patria. La temática de la correspondencia fue la patria, Miguel Hidalgo, las fiestas del Centenario y destacados participantes en el movimiento de independencia.

La mayor parte de los poemas, himnos y pieza musicales fueron contemporáneas a la celebración de 1910, con excepción de la marcha Morelos que databa de 1812, que se tocó, según se dice, cuando Morelos rompió el sitio de Huajuapam, Puebla.⁶⁶

Fulgencio Vargas, un profesor de historia y literatura, le mandó al presidente su obra *Flores del Centenario*, en ella:

[...] se honra la memoria de los que lucharon y murieron por la independencia de México, a fin de que las generaciones que nos sucedan, inspirándose en nuestro ejemplo, laboren sin medida por la prosperidad de la patria, basada de preferencia en el amor a sus héroes y en el respeto a las instituciones que la rigen.⁶⁷

Agustín R. Alanís, un músico de San Luis Potosí, se preguntaba: “¿Quién de los que tenemos el orgullo de ser mexicanos no hemos de sentir en nuestros corazones las dulcísimas emociones que el centenario de la Independencia de México los hace palpar? Las masas populares así lo auguran”. Con ese motivo, remitió al presidente en una marcha que él mismo compuso. El autor reconocía que no era una gran composición musical, pero era originada por el entusiasmo que reinaba en su corazón.⁶⁸

Las niñas de Tenango del Valle, estado de México, apoyaron la petición de libertad de los presos que le habían solicitado al presidente algunos habitantes de esa localidad,⁶⁹ y le demostraban los valores que habían aprendido en la escuela. Ellas argumentaban:

⁶⁶ Jesús María Ortiz a Porfirio Díaz, 5 de septiembre de 1910, Colección Porfirio Díaz, L. 35, D. 13978-87, Universidad Iberoamericana, Ciudad de México (en adelante CPD, UIA).

⁶⁷ Fulgencio Vargas a Porfirio Díaz, 6 de octubre de 1910, CPD, L. 35 D. 14974, Flores del Centenario CPD, L. 40 D. 707, UIA.

⁶⁸ Agustín R. Alanís a Porfirio Díaz, 6 de agosto de 1910, CPD, L. 35 D. 11778, UIA.

⁶⁹ Ángel Arias *et al.* a Porfirio Díaz, 25 de julio de 1910, CPD, L. 35 D. 12146-47, UIA.

Somos pequeñas, hijas de la enseñanza y entre los elementos que forman nuestra instrucción tenemos el de nuestra historia patria; ella nos recuerda el hecho grandioso de nuestro padre de la Independencia nacional sucedido el 15 de septiembre de 1910, cuando después del grito de sacrosanta libertad se dirigió el sol grandioso, el caudillo inmaculado a dar libertad a los que estaban cautivos.⁷⁰

El teniente coronel Manuel Barbosa deseaba “gozar de las garantías y franquicias que en nombre y recuerdo de nuestros egregios héroes que nos dieron patria autónoma sacrificándose en aras de ella”, solicitaba, a su vez, que por el glorioso recuerdo de los libertadores, se le concediese percibir el “haber [salario] íntegro” que le correspondía.⁷¹

Es interesante observar la imagen que algunas personas tenían del presidente, al considerarlo casi como un dios o un monarca que dispensaba favores, o bien cómo utilizaban esa imagen con el propósito de que al compararlo con un soberano, les concediera un favor.

Un ejemplo de lo anterior se observa en la solicitud de José Mauro Serrano Cruz, quien estaba preso en la cárcel de Tonalá, Chiapas, y le comunicaba que Díaz era su representante, “como semidios es el todopoderoso para nosotros y como el quince de septiembre hace cien años de la Independencia pido indulto”.⁷²

José Mauro todavía no había sido sentenciado, llevaba en proceso seis meses y pensaba que lo iban a condenar por un año de prisión. Se le acusaba de estupro, pero afirmaba que la señorita que “yo hice uso de ella” era mayor de edad, ya tenía 20 años y se había querido casar con ella, pero su familia no había querido que se casara con él.⁷³

Los presos de la cárcel civil de Veracruz aprovecharon la espléndida fiesta que se conmemoraba para recordar al caudillo, quien al proclamar la

⁷⁰ Esperanza Requena, Refugio Castro, Maura Torres *et al.* a Porfirio Díaz [agosto de 1910], CPD, L. 35 D. 12148-49, 12151, UIA.

⁷¹ Teniente coronel Manuel Barbosa a Porfirio Díaz, 8 de septiembre de 1910, CPD, L. 35 D. 13066, UIA.

⁷² José Mauro Serrano Cruz a Porfirio Díaz, 21 de agosto de 1910, CPD, L. 35 D. 12508, UIA.

⁷³ José Mauro Serrano Cruz a Porfirio Díaz, 9 de septiembre de 1910, CPD, L. 35 D. 13892, UIA.

independencia había dado la libertad a los que se hallaban presos en el fuerte de Dolores, “de ese grande hombre que supo convertir nuestro pueblo en una nación libre e independiente”. Lo felicitaban por la constante prosperidad de la República, y recordando ese glorioso hecho solicitaban, apelando a la nobleza de los sentimientos del general Díaz, que les otorgase su libertad.⁷⁴

Antonia Vargas aludía a la memoria de los héroes Hidalgo, Morelos, Matamoros y Galeana “que habían defendido la independencia de México y que regaron con su sangre este suelo” y por el Centenario de la independencia solicitaba al primer magistrado del poder ejecutivo, que liberara a su esposo Genaro Nolasco del servicio de las armas, para que pudiera encargarse de su familia que se encontraba en la miseria. El señor Nolasco había sido reclutado de manera forzada para servir en el ejército por medio de la leva, y le faltaban dos años de servicio.⁷⁵

En estas solicitudes podemos ver la presencia del sistema paternalista, en la que el presidente Díaz, en la cúspide de la pirámide, otorgó empleo, ayuda, favores y soluciones a los peticionarios. El ocupante del poder ejecutivo, pese a que recibió muchas solicitudes de parte de ciudadanos, siguió considerándolos como menores de edad, incapaces de ejercer sus derechos y obligaciones y por ello, el presidente ejerció un paternalismo autoritario.

En el imaginario colectivo, don Porfirio era visto como el padre de los mexicanos que ayudaba y velaba por el bienestar de la población. Un padre que protegía, pero que también reprimía y castigaba. El presidente representaba la última autoridad a la cual se recurría, cuando todas las instancias anteriores habían fracasado.

Usted es Padre de la Patria y lo será hasta que Dios lo llame. Aunque soy hija de extranjeros, me considero también hija de México, me trajeron de cinco años y ahora cuento 35, soy viuda de Araujo y con tres huérfanos, sin padres.

⁷⁴ Florentino Delfín Tinoco, Manuel Gutiérrez y Pedro Rosas a Porfirio Díaz, 15 de septiembre de 1910, CPD, L. 35 D. 14012, UIA.

⁷⁵ Antonia Vargas, firma Hilario Vargas a Porfirio Díaz, 14 de septiembre de 1910, CPD, L. 35 D. 13310, UIA.

La situación difícil por la que atravesamos en esta arraigada crisis es horrible, [...] pido a usted un auxilio en nombre del glorioso centenario.⁷⁶

Este tipo de solicitudes formaron una constante a lo largo del régimen de Díaz, y ese año no fue una excepción, sólo que la actual ocasión del festejo del Centenario de la independencia, se utilizó como un argumento más para reforzar la petición deseada.

El promotor del progreso

Fue palpable la insistencia del régimen por mostrar que México era una nación moderna y cosmopolita, en sintonía perfecta con los últimos adelantos científicos. El régimen porfirista aprovechó la conmemoración del Centenario con el propósito de mostrar al mundo los resultados del proyecto modernizador, del bienestar y el progreso que México había alcanzado.

En la siguiente misiva laudatoria, documento por el cuál se lo insta al general Díaz, se manifiesta que el pueblo aquilató el esfuerzo de efectuar todas estas obras, al amparo de la tranquilidad que gozaba todo el país y que en toda la República había un sentimiento “de gratitud por haber logrado con sus gestiones políticas y administrativas elevar el nombre de México al rango que hoy tiene”.⁷⁷ Hubo también extranjeros que enviaron sus felicitaciones. Un ejemplo es el caso del doctor Manuel Lamela desde la república de Puerto Rico, quien lo felicitaba por la conmemoración del centenario y colocaba al presidente Díaz en la historia,

[...] no diré de un pueblo, sino del mundo entero, una nueva página que ornada con alegorías de la paz, libertad y progreso, enseña lo que puede llegar a ser una nación cuando es dignamente dirigida por un presidente patriota y amante del progreso.⁷⁸

⁷⁶ Luisa R. Mazuzki, viuda de Araujo, a Porfirio Díaz, 28 de julio de 1910, CPD, L. 35 D. 11924–26, UIA.

⁷⁷ José M. Sánchez a Porfirio Díaz, 10 septiembre 1910, CPD, L. 35 D. 13869–71, UIA.

⁷⁸ Dr. Manuel Lamela a Porfirio Díaz, 30 octubre 1910, CPD, L. 35 D. 14816, UIA.

La gran mayoría de los emisores ligó la felicitación del Centenario con la paz y el progreso alcanzado por el régimen, ya que el primero premiaba y complementaba lo conseguido por el régimen porfirista. De esa manera se asociaba la conmemoración histórica con la celebración del progreso. Tres presos de la cárcel civil de Veracruz le escribían a don Porfirio que los mexicanos:

[...] nos encontramos altamente orgullosos ver al jefe de la nación representar el primer Centenario de la proclamación de nuestra independencia, que no sólo nos halaga por nuestra patriótica celebración, sino porque hemos conquistado la paz, la libertad y el progreso de nuestra madre Patria.⁷⁹

Una carta que nos permite adentrarnos en la manera de pensar de algunos de los mexicanos de esa época es la de Mariano J. Martínez de Torreón, Coahuila, quien expresaba:

[...] todos como yo, los hijos de la nación mexicana le somos a usted general deudores, [...] porque por vuestras energías [...] constancia pudo ponerse fin a las revueltas de tiempos pasados, [...] constituir la paz, única con la cual el engrandecimiento de México pudo también rotar sin más allá el velo de la ignorancia y salvajismo que por largos años atrás ofuscaba a los hijos de México, la luz vivífica de cultura y civilización que hoy nuestro México entero disfruta [...] llegando a ser solamente un México libre y la Nación primera de todas las demás naciones que pueblan el suelo terrestre del mundo en que vivimos.⁸⁰

Algunas de las personas que escribieron al presidente, como por ejemplo Federico Córdova de Zacualtipán, Hidalgo, se identificó de tal manera con el sistema político, que en un primer momento felicita al presidente, pero luego rectifica y considera que:

[...] más bien debemos felicitarnos los buenos y honrados mexicanos por su relación y permanencia al frente de nuestra Nación, para que como hasta aquí sea respetada y admirada por muchas naciones [...], pues desde luego se comprende a qué altura lo ha hecho usted subir y en que buenas relaciones se encuentra con todas las demás potencias, la que con todo afecto y buena

⁷⁹ Florentino Delfín Tinoco, Manuel Gutiérrez y Pedro Rosas a Porfirio Díaz, 15 de septiembre de 1910, CPD, L. 35 D. 14012, UIA.

⁸⁰ Mariano J. Martínez a Porfirio Díaz, 5 de septiembre de 1910, CPD, L. 35 D. 13560, Mariano J. Martínez a Porfirio Díaz, 8 de septiembre de 1910, CPD, L. 35 D. 13169, UIA.

voluntad se adhieren, mandando a sus más ilustres personajes para que las representen en nuestras grandes fiestas del centenario de nuestra Independencia.⁸¹

El Estado glorificó las figuras de Miguel Hidalgo y Benito Juárez como héroes de la patria, pero el general Díaz a partir de 1892 fue construyendo la imagen de que él era indispensable para mantener *el orden y el progreso*, y posteriormente hacer su ascenso al altar de los héroes junto a Hidalgo y Juárez.

Su patriotismo, su heroísmo, su sacrificio personal y su valentía se ligaron a los acontecimientos nacionales: su participación en la revolución de Ayutla, en las guerras de Reforma e intervención francesa. Su carrera se presentaba en paralelo al desarrollo de la nación. Así, la historia patria liberal y secular alcanzó su apoteosis con Porfirio Díaz.

La iconografía conmemorativa del Centenario ilustró claramente este hecho, Porfirio Díaz, enfundado en su uniforme de gala y su pecho tachonado de condecoraciones nacionales y extranjeras. Pero no sólo eso, el cumpleaños de don Porfirio, el día 15 de septiembre, comenzó a celebrarse como una de las fiestas nacionales y hábilmente se ligó a la celebración de la independencia. Un ejemplo de lo anterior es la carta de Agapito García, quién consideraba que el hecho de que el general Díaz hubiera nacido el día 15 de septiembre era providencial, porque:

[...] no es posible suponer en un hombre solo, la grandeza, la energía y el tino para elevar a nuestra nación a la altura envidiable a que usted lo ha hecho llegar, si no alentando el espíritu de alguno de nuestros grandes héroes ¡Quizá el del gran Morelos! ¡Tal vez el del mismo Padre de la Patria!⁸²

Delfina Sandoval, una joven de Tehuantepec, consideraba que la vida de don Porfirio estaba íntimamente ligada a los destinos y nobles anhelos de la República; todo lo que en el territorio indicaba orden y bienestar se debía a “las

⁸¹ Federico Córdova a Porfirio Díaz, 15 de septiembre de 1910, CPD, L. 35 D. 2977-78, UIA.

⁸² Agapito García a Porfirio Díaz, 17 de agosto de 1910, CPD, L. 35 D. 11163, UIA.

energías de su carácter, a su sabia administración como primer magistrado y al patriotismo sin mancha que ha inspirado e inspira todos sus actos de gobernante".⁸³

El Centenario representó el triunfo del republicanismo liberal y la culminación del proyecto liberal de construcción nacional. El proyecto se había fructificado bajo la administración de la figura patriarcal del presidente Díaz, quien ocupó el centro del escenario durante las fiestas del centenario.

El día quince de septiembre próximo estará de júbilo la patria. Se celebrarán dos fastos acontecimientos: su emancipación del dominio extranjero y el onomástico de su actual presidente, quien con su inimitable dirección, ha logrado hacer completamente feliz al pueblo mexicano.⁸⁴

El doctor Pedro Becerra y Alfonso, de origen cubano, le mandó al presidente una poesía en la que se exaltaban por igual, las figuras de Hidalgo, Morelos, Juárez y Porfirio Díaz. El poema dice:

En el Centenario de su Independencia
salud al pueblo que aguerrido y fiero
supo su independencia conquistar,
gloria a los héroes que la victoria,
[...] en la conciencia han de grabar,
sus hijos valerosos mexicanos,
que por Hidalgo, Juárez, Morelos y Porfirio,
en las cumbres, en los valles y en los llanos,
su bandera gloriosa supieron tremolar.⁸⁵

Así, la figura de Díaz se enlazaba con la de los héroes de la independencia en el altar de la patria. Claramente se observa una muestra del vínculo establecido entre la fecha de la conmemoración de la independencia y el cumpleaños de don Porfirio. Las felicitaciones por el Centenario de la independencia se entrelazan, se ligan inmediatamente con el onomástico del presidente, de tal manera que en ocasiones no se sabe cuál es más importante.

⁸³ Delfina Sandoval a Porfirio Díaz, septiembre de 1910, CPD, L. 35 D. 14261, UIA.

⁸⁴ Arnulfo García a Porfirio Díaz, 5 de septiembre de 1910, CPD, L. 35 D. 14461, UIA.

⁸⁵ Pedro Becerra a Porfirio Díaz, 12 de septiembre de 1910, CPD, L. 35 D. 13094-95, UIA.



Centenario de la Independencia de México. Tarjeta postal, CPD, L. 35 D. 14300, UIA.

En la felicitación del preso Eduardo Rangel se observa cómo el júbilo que sintió el pueblo por la hazaña del caudillo Hidalgo, era casi similar a la satisfacción de la población por la obra de Díaz:

[...] el grito unánime que sale de todos los corazones vitoreando al inmortal caudillo de Dolores se une la voz de todos los hogares llenos de felicidad, bendiciendo al sabio estadista que ha sabido regir tan brillantemente los destinos de su patria.⁸⁶

El conocido compositor Quirino F. Mendoza y Cortes, autor de *Cielito Lindo*, remitió al presidente varias composiciones musicales, “profusamente emocionado” al admirar las significativas manifestaciones con que se solemnizaron las fiestas del Centenario de la independencia, y deseando coadyuvar con su insignificante grano de arena, compuso *Carmelita*, *Viva Porfirio Díaz*, y una de las más conocidas, *Viva México*.⁸⁷

⁸⁶ Eduardo Rangel a Porfirio Díaz, 14 de septiembre de 1910, CD, L. 35 D. 14279, UIA.

⁸⁷ Quirino F. Mendoza y Cortes a Porfirio Díaz, 27 de septiembre de 1910, CPD, L. 35 D. 13113, UIA.

Algunas sociedades como la Compañía Carbonífera de Sabinas S. A., del Mineral de Rosita del estado de Coahuila, solemnizaron el primer Centenario de la independencia y la junta patriótica que lo representó, “siguiendo la luminosa senda del progreso”, organizó una fiesta y les obsequió de este mineral a las escuelas oficiales y de niñas, con el propósito de que los futuros ciudadanos “[...] al beber en la fuente de la Historia veneren a Hidalgo Padre de la Patria, honren a Juárez con el derecho ajeno y admiren y respeten a usted su gran benefactor”.⁸⁸

La imagen que se había forjado a través de la prensa, de que el presidente Díaz era indispensable para mantener la paz y prosperidad de la nación, había penetrado una gran parte de la sociedad mexicana. Se observa que en esa época la figura presidencial era respetada y representaba a su vez, un símbolo que se identificaba con la patria.

Los obstáculos al progreso

El régimen interpretó el pasado nacional con el enfoque positivista, como un proceso histórico evolutivo que culminaba con el progreso alcanzado en ese momento, y a México como una nación mestiza gobernada por Porfirio Díaz, un presidente mestizo que encarnaba al México de la paz, del orden y del progreso.

En ese régimen se glorificaba al indio muerto y se revaloraba positivamente el pasado indígena de México. Esto se observa claramente en el discurso de Justo Sierra en la inauguración de la Universidad Nacional en la que hacía referencia a la Universidad virreinal porque representaba la tradición, y a la que no podían renunciar, como tampoco es posible renunciar al abolengo indígena, inscripto en el orgullo de refundir en la misma religión cívica, las memorias del azteca Cuauhtémoc, del criollo Hidalgo y del zapoteca Juárez.⁸⁹ Al indio contemporáneo había que blanquearlo y mejorarlo por medio del mestizaje con

⁸⁸ Manuel F. Garrido e Y. Mijares a Porfirio Díaz, 14 de septiembre de 1910, CPD, L. 69 D. 3443-46, UIA.

⁸⁹ García (1911), 102.

los inmigrantes. De otra manera, ya que el indio lo obstaculizaba, México no podría formar parte de una cultura moderna, internacional y cosmopolita.

Un sector de la población mexicana despreciaba no sólo a los indígenas, sino a la población menos favorecida. Lo anterior se observa claramente en una carta de José Rodríguez a nombre propio y de varios compatriotas suyos en la que expresa que han notado con sorpresa que:

[...] no se han tomado medidas de ninguna clase, para que una parte del pueblo bajo se vista con alguna decencia obligándolo a que use el pantalón [...] pues es muy repugnante ver a una parte de nuestro pueblo vestido de harapos muy sucios y casi desnudos. [...] de las fuertes sumas destinadas al baile y al banquete que usted ofrecerá a los delegados y a la sociedad mexicana, se destinarán diez o doce mil pesos, para la compra de camisas de manta, calzoncillos de manta, blusas y pantalones de dril para vestir a unos diez mil hombres del pueblo bajo que ofrecen este triste espectáculo.⁹⁰

Hacer vestir decentemente a un sector de la población no representaba sólo un problema de apariencia, significaba tener que aceptar que al otro lado de las residencias de la élite, de las calles amplias y limpias, existían hombres y mujeres que vivían en condiciones de miseria, es decir, que el orden y el progreso no habían alcanzado para todos.

Desde la perspectiva del Estado y de las élites, la suerte del indígena no podía ser otra que su *regeneración*, lo que significaba llevar a cabo el proceso de aculturación obligatoria, o su desaparición mediante el mestizaje. En palabras de Francisco Pimentel: “[...] debe procurarse que los indios olviden sus costumbres y hasta su idioma mismo si fuere posible. Sólo de este modo perderán sus preocupaciones, y formarán con los blancos una masa homogénea, una nación verdadera”.⁹¹

José Miguel Rodríguez Cos, un miembro de la clase alta porfiriana consideraba que los indígenas estaban segregados por costumbres y diversos

⁹⁰ José Rodríguez por sí, y a nombre de varios compatriotas suyos a Porfirio Díaz, 18 de agosto de 1910, CPD, L. 35 D. 12103, UIA.

⁹¹ Pimentel (1903), 139–140 citado por Urias (2000), 15.

idiomas, y no tenían conciencia del lazo que los unía solidariamente a los destinos del país, ni se percataban de su personalidad como ciudadanos, por lo que era indispensable la enseñanza de la lengua nacional para “redimirlos intelectual y socialmente, incorporarlos a las ideas y sentimientos de la gran familia mexicana”. De otra manera, retardarían “la perfección y la integridad del organismo nacional”.⁹² La manera en que se llevaría a cabo esa “regeneración” era mediante la instrucción educativa, ésta era la única forma de lograr la unidad nacional, ya que se pensaba que el indio era uno de los frenos para conseguirla, al considerarlos como los obstáculos en el camino de la civilización. Había que cambiar la mentalidad del indígena por medio de la escuela para integrarlo a la modernidad.

Esa preocupación por la regeneración del indio se cristalizaría en 1910 con la fundación de la Sociedad Indianista de México, con el doble y contradictorio objetivo de estudiar los usos y costumbres de las razas indígenas, y de la manera hacer que se dignifiquen, caminando con los adelantos de la época para lograr arrancarlo de sus pertinaces y viejos hábitos. Un proyecto que resume las características de un discurso en el que el indio siempre es visto como objeto de la voluntad de la nación, no como sujeto, y que en algunos casos llega a preconizar que este proceso se lleve a cabo, incluso, en contra de sus propios deseos.⁹³

Pero los indios no eran los únicos que retardaban el progreso. Justo Sierra, como secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, sabía que un porcentaje muy fuerte de la población estaba sumido en la miseria, la superstición y el alcoholismo. Un elemento indispensable para superar esa situación era la educación, ella les permitiría adquirir los conocimientos indispensables para alcanzar el progreso y darse cuenta de lo que significaba ser mexicano y participar de la conciencia nacional.⁹⁴

⁹² Rodríguez y Cos (1907), 4, 10, 28.

⁹³ Pérez Viejo (2010a), 50.

⁹⁴ García (1911), 128.

Consideraciones finales

Las fiestas conmemorativas de septiembre de 1910 pusieron de manifiesto el papel fundamental y preponderante que el general Díaz había adquirido en la historia patria y en el retablo de los héroes. Al lado de Hidalgo y Juárez, la figura del héroe del 2 de abril se apropió de un lugar en el altar de la patria como el artífice de la paz y el progreso alcanzado por el país. El homenaje que le rindió la mayoría de los mexicanos, se unió al de los extranjeros presentes en las celebraciones, quienes reconocieron que el presidente había puesto a México al mismo nivel que las naciones civilizadas y modernas.

El presidente Porfirio Díaz utilizó las fiestas del Centenario de la independencia para mostrar el progreso alcanzado por el país, gracias al orden que se había impuesto a lo largo de treinta años. Las diferentes inauguraciones de obras arquitectónicas y de servicios públicos, así como los monumentos conmemorativos, debían mostrar al mundo que México se había incorporado a la modernidad y que estaba al mismo nivel que las naciones más avanzadas. Sin embargo, fue un proceso que estuvo concentrado a un pequeño sector de la población: la burguesía mexicana.

El progreso y la modernidad estuvieron centrados en unos pocos que habían sido favorecidos por el régimen liberal. Los indígenas fueron vistos como obstáculos o frenos que impedían el progreso, y no eran muchas las oportunidades de incorporarse a ese desarrollo que el sistema encabezado por el presidente Díaz deseaba mostrar a los visitantes extranjeros en la conmemoración del Centenario de la independencia.

Si bien, la mayor parte de la población participó en las fiestas del Centenario, cada quien lo hizo desde la posición que ocupaba en la escala social y económica. Hubo eventos para los diplomáticos y la clase alta, así como festejos para las clases populares, pero en las celebraciones se mostraron los profundos contrastes entre los diferentes sectores de la sociedad: la fastuosidad de las

fiestas y la elegancia de los invitados con los hombres y mujeres que apenas tenían los medios para alimentarse y vestirse con harapos.

Las celebraciones y los festejos públicos en el Centenario fueron usados por las autoridades y la clase dirigente para enseñar, estimular e inculcar la pertenencia a la nación, a la patria. Y persiguió, como en fechas anteriores, la idea de que la población participaba en esas fiestas no sólo como testigo, sino también como actor, buscando reforzar la solidaridad social.

El evento fue muy significativo para una mayoría de los mexicanos, quienes olvidaron, al menos por unos días, sus diferencias, sus problemas económicos y gozaron las fiestas con gran alegría y regocijo, sin sospechar que el orden, el progreso y “la paz” iban a ser quebrantados en unos pocos meses.

Bibliografía

Literatura

- Garner, Paul (2010): Reflexiones sobre historia patria y la construcción de la nación mestiza en el México porfiriano. O cómo interpretar las fiestas del centenario de 1910, en: *20/10 Memoria de las revoluciones en México* 1, 127–145.
- McMichael Reese, Carol (2004): Nacionalismo, progreso y modernidad en la cultura arquitectónica de la Ciudad de México, 1900, en: *Hacia otra historia del arte en México. La amplitud del modernismo y la modernidad (1861–1920)*, México, D. F.: CONACULTA, vol. 2, 175–219.
- Moya Gutiérrez, Arnaldo (2001): Los festejos cívicos septembrinos durante el Porfiriato, 1877–1910, en: Claudia Agostoni y Elisa Speckman (eds.): *Modernidad, tradición y alteridad. La Ciudad de México en el cambio de siglo (XIX–XX)*, México, D. F.: Instituto de Investigaciones Históricas (Historia Moderna y Contemporánea 37), 49–75.
- Pérez Rayón Elizundia, Nora (1991): *México en 1900. Percepciones y valores en la prensa capitalina*, México, D. F.: Universidad Autónoma de México–Azcapotzalco / Miguel Ángel Porrúa.
- Pérez Viejo, Tomás (2010): Los centenarios en Hispanoamérica, la historia como representación, en: *Historia Mexicana* LX (237), 7–27.
- Pérez Viejo, Tomás (2010a): Historia, política e ideología en la celebración del centenario mexicano, en: *Historia Mexicana* LX (237), 31–83.
- Uñas Horcasitas, Beatriz, (2000): *Indígena y criminal. Interpretaciones del derecho y la antropología en México 1871–1921*, México, D. F.: Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia.

Fuentes

- Colección Porfirio Díaz, Legajos 35 y 40 (Universidad Iberoamericana, México D. F.).
- Comité Nacional del Comercio (México) (1911): *Álbum oficial del Comité Nacional del Comercio. Primer centenario de la independencia de México, 1810–1910*, México: E. Gómez de la Puente Editor.
- Comisión Nacional del Centenario de la Independencia (1910): *Memoria de los trabajos emprendidos y llevados a cabo por la Comisión N. del Centenario de la Independencia designada por el presidente de la República el 1º de abril de 1907*, México: Imprenta del Gobierno Federal.

García, Genaro (1911): *Crónica oficial de las fiestas del primer centenario de la independencia de México*, México: Talleres del Museo Nacional.

Pimentel, Francisco (1903): Memoria sobre las causas que han originado la situación actual de la raza indígena de México y medios de remediarla, en: *Obras completas III*, México: Tipografía Económica.

Rodríguez y Cos, José Miguel (1907): *Iniciativas presentadas por José Miguel Rodríguez y Cos ante la Comisión Nacional del Centenario de la Independencia a fin de consolidar, por medio de la educación pública, el espíritu de la nación mexicana, e incorporar a ésta a la raza indígena, y celebrar dignamente el 80° aniversario del nacimiento del C. general Porfirio Díaz presidente de la República*, México: Tipografía Económica.

Aristocracia y patriciado. Los usos del pasado y las identidades de la clase alta argentina en el Centenario de la Revolución de Mayo

Leandro Losada

Introducción

En este trabajo se abordarán las formas que adquirió la identidad social de la clase alta argentina en el momento del Centenario de la Revolución de Mayo. La clase alta era un grupo social de cortas raíces y de reciente constitución. Su integración había culminado en la década de 1880, al mismo tiempo que la definitiva unificación política y económica de la Argentina.⁹⁵ En ese entonces, la noción de aristocracia se convirtió en la identidad predominante. Reflejó la aspiración de esa élite recién constituida de abandonar el pasado criollo, entendido como sinónimo de barbarie, y de emular los usos y costumbres de las clases altas europeas para convertirse en un círculo distinguido. En el Centenario, en cambio, junto a la identificación aristocrática, se consolidó la de patriciado. A diferencia de aquella, ésta supuso una recuperación del pasado. La noción de patriciado permitió que la clase alta apareciera como un grupo fundacional y originario, que había hecho el país, contribuyendo así a legitimar a ese círculo social en momentos en que avanzaba la democratización del sistema político. El trabajo explora, en consecuencia, la relación entre la invención de la tradición nacional, una de las operaciones culturales más importantes de la Argentina del Centenario, y la invención de una tradición para la clase alta argentina a través de sus nociones identitarias.

⁹⁵ Losada (2008).

Aristocracia y patriciado

Miguel Cané, emblemático intelectual de la llamada generación del 80,⁹⁶ es probablemente quien más se interesó por pensar la clase alta argentina finisecular desde la noción de aristocracia: cuáles debían ser sus rasgos definitorios; cuál es el sentido preciso que en una sociedad como la argentina debía tener esa denominación; a través de qué ámbitos debía forjarse.

Para Cané, aristocracia era “sinónimo de suprema distinción, de belleza y de cultura”. Para ello era necesaria una “preparación intelectual”, la “dificilísima educación del hombre de mundo de nuestro tiempo”.⁹⁷ La aristocracia argentina sería el resultado de un cambio de sensibilidad, en la cual la construcción del gusto conformaría el eje central que ratificaría la distinción.⁹⁸ Una dimensión central, a través de la cual se fraguaría esta aristocracia, era para Cané la sociabilidad. Más precisamente, el Jockey Club de Buenos Aires, creado en 1882, en cuya delineación institucional intervino activamente. El Jockey sería, en palabras de Cané, el ámbito que ofrecería la “alta cultura” que definiría las cualidades aristocráticas.⁹⁹

La condición aristocrática, entonces, se cimentaba en atributos privados: un conjunto de sensibilidades, aficiones y conductas; un estilo de vida. Semejante concepción estuvo extendida entre las burguesías de Occidente de la *belle époque*, en especial en regiones atravesadas por cambios sociales similares a los de Buenos Aires, como la costa este norteamericana.¹⁰⁰

No obstante, hay otro punto igualmente significativo en las apreciaciones de Cané: al pensar el perfil del grupo humano que conformaría la aristocracia que reuniría el Jockey Club no aludía a un núcleo cerrado de familias originarias.

⁹⁶ Bruno (2007).

⁹⁷ Cané (1928), 71, 306-311.

⁹⁸ Elias (1993); Bourdieu (1988).

⁹⁹ Müller (1997), 18. Sobre el Jockey Club véase: Losada (2006).

¹⁰⁰ Cople Jaher (1973); Crowley (1999).

Más aún, se constituiría a partir de “una selección social, vasta y abierta, que comprende y debe comprender a todos los hombres cultos y honorables”.¹⁰¹

Es aquí donde resulta sugestivo incorporar la segunda noción a que se hizo referencia, la de patriciado. A diferencia de la concepción de aristocracia, la idea de patriciado incorpora explícitamente como criterio distintivo la posesión de “tiempo acumulado”,¹⁰² y recorta un grupo social originario: aquél que construyó la patria. De esta manera, es plausible ver en esta categoría identitaria una res-puesta a las transformaciones sociales del cambio de siglo, en tanto que la posesión del pasado constituía un gravitante capital simbólico de diferenciación social por su excepcionalidad en una sociedad inmigratoria (vale recordar que la inmigración europea en Buenos Aires tuvo un peso relativo en la estructura social sin parangones contemporáneos).¹⁰³

En verdad, poseer un pasado es un rasgo subrayado en los perfiles que se trazan de personajes de la alta sociedad entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, y la condición patricia, por vía familiar o más propiamente personal, aquella que nombra esa posesión. Así ocurre en las semblanzas que ofrecen los obituarios de la prensa del cambio de siglo:

[...] es casi la historia completa de la patria la que estaba unida a la existencia del ilustre nonagenario [...] un patrio ilustre que trae hasta nosotros como un testimonio viviente el recuerdo de aquellas épocas ya lejanas, en que se asentaron sobre cimientos incommovibles las bases definitivas de la nacionalidad argentina [...] *su biografía es un amplio jirón de la historia patria.*¹⁰⁴

Como se aprecia en este pasaje, la noción de patriciado no sostiene la pre-eminencia social en aristas privadas (en un estilo de vida), sino en la actuación pública de sus integrantes (la construcción de la patria). Estos énfasis se encuentran también en la correspondencia privada, lo cual muestra su efectiva

¹⁰¹ *La Prensa*, 5 de noviembre de 1897.

¹⁰² Bourdieu (1988), 69 s.

¹⁰³ Sobre los cambios sociales y la inmigración en este período véanse: Germani (1962) y Devoto (2005).

¹⁰⁴ *La Nación* (de aquí en más *LN*), 19 de septiembre de 1904 (referido a Juan Gelly y Obes).

presencia como categoría identitaria. Así se ve claramente en una carta de Flora Uriburu a su hermano José Félix: “[...] en el diccionario Larousse sexta edición de 1920 están escritos los nombres de Arenales como gran general, el de su hijo José, como militar i geógrafo, el de José Uriburu como presidente, i después vendrá el tuyo con toda seguridad”.¹⁰⁵

Las nociones de aristocracia y patriciado, por lo tanto, reflejan una búsqueda similar: recortar y definir una posición social de preeminencia en la Buenos Aires del cambio de siglo, pero a través de caminos distintos. En la noción de aristocracia el capital que consagra la distinción social es de naturaleza cultural, y desde allí, la diferenciación radica en una dimensión privada, en un estilo de vida. Asimismo, la aristocracia es un proyecto a construir a través de una pedagogía estética y cultural. En la idea de patriciado, en cambio, el capital que consagra la diferenciación social es más propiamente simbólico, el pasado, el tiempo, por lo cual aquel es también un grupo social que no cobrará entidad en un futuro, sino que es ya existente. Su preeminencia, a su vez, descansa esencialmente en su actuación pública, no en el refinamiento de un estilo de vida.

De por sí, esta pluralidad de definiciones sugiere cómo la aceleración de las transformaciones sociales disparó distintas identificaciones entre los representantes de las familias tradicionales. La apelación al pasado y relacionado con ella, el abolengo, como raíz última de la distinción social, aparece en este sentido cómo la única apelación posible de diferenciación, estrictamente simbólica, en una sociedad que atravesaba una fenomenal reformulación de jerarquías.

Sin embargo, a ambas nociones las une un punto común: construir una noción de identificación colectiva de la alta sociedad que no la contraponga, sino por el contrario, que la corresponda, con la naturaleza de la sociedad en la que se

¹⁰⁵ Flora Uriburu a José F. Uriburu, 4 de marzo de 1923, Archivo General de la Nación (AGN), S. VII, Fondo J. F. Uriburu, Leg. 2597, doc. 109.

inscribe: republicana, móvil e igualitaria. Esto se percibe en las reiteradas precisiones de Cané respecto de que sólo es plausible hablar de aristocracia como una “concepción de vida”:

Sólo acepto aristocracias sociales. En las instituciones, en los atrios, en la prensa, ante la ley, la igualdad más absoluta es de derecho [...] entre nosotros existe [la aristocracia] y es bueno que exista. No la constituye por cierto la herencia, sino la concepción de vida.¹⁰⁶

La búsqueda de construir una diferencia legítima se aprecia también en la idea de patriciado, en su propia connotación. La preeminencia social es de aquellos que hicieron la patria, no de un grupo originario recortado por cuestiones de linaje y de sangre. El “magnífico patriciado”, que había preparado la democracia contra su propio interés, se había forjado como “casta digna de mando” en el plano de la igualdad y la libertad.¹⁰⁷ Carlos Ibarguren, importante intelectual y político de las primeras décadas del siglo XX, dejó pasajes de tonos similares, procurando diferenciar incluso la noción de patriciado de la de aristocracia: “No lo denominaré aristocracia en el sentido político y privilegiado inadmisible hoy, ni tampoco plutocracia que tiene grosera significación, sino patriciado en el concepto del núcleo de selección en que perdura el alma y el tipo genuino y generador”.¹⁰⁸

El propósito de delinear una identificación colectiva que aunara diferenciación y legitimidad se aprecia, a su vez, en que tanto la concepción de aristocracia como la de patriciado incluyen de manera singular la apelación al abolengo como piedra de toque de la distinción social. Ambas nociones subrayan que no son privilegios de sangre o de origen los que definen a la aristocracia o al patriciado. La aristocracia que reuniría el Jockey Club, como se vio, no podría reclutarse a partir de la cuna o el origen, sino por la meritocracia. En tanto, la condición patricia, sí apelaba al pasado, descansaba, más que en el

¹⁰⁶ Cané (1903 [1884]), 130 s.

¹⁰⁷ Lugones (1972 [1916]), 72.

¹⁰⁸ Ibarguren (1932), 190.

origen familiar o el nacimiento en sentido estricto, en la acción familiar o personal: el “magnífico patriciado [...] no significaba clase cerrada, sino grupo selecto por *su saber, su talento y su honorabilidad*”.¹⁰⁹

Surgen desde aquí una serie de preguntas: ¿Qué lugar ocupaba la apelación al abolengo como criterio identitario, considerando que, por su escasez relativa en una sociedad sacudida por la inmigración y la movilidad social, constituía un relevante capital simbólico? ¿Por qué las nociones colectivas otorgan un sentido relativo al origen familiar en una sociedad atravesada por cambios estructurales, sea por no darle una importancia crucial – como se observa en la formulación de aristocracia – o por revestirla de matices precisos, en las que la movilización de la ascendencia familiar subraya más la trayectoria y las acciones a través de generaciones que el propio origen familiar?

El abolengo como criterio identitario: entre la genealogía y la meritocracia

La apelación a la posesión o carencia de abolengo como forma de diferenciación fueron comunes y frecuentes en la Buenos Aires del cambio de siglo. Lo expresa de manera paradigmática el extendido tópico peyorativo de “advenedizo”. Los “guarangos” y “canallas” que habían trepado por la escalera del buen vestir o del dinero, dejaban ver sus almas llenas de atavismos, pues “hay algo que escapa a la acción del tiempo y la instrucción, algo que queda permanentemente en su alma, como persiste el lunar en la piel”; esto es, “su abolengo inmediato”.¹¹⁰

La distinción no estaba al alcance de todos, sino sólo de quienes poseían determinados orígenes sociales. De manera sugestiva, en espacios aglutinantes de la alta sociedad, como las comisiones directivas de sus principales clubes sociales, el Club del Progreso y el Jockey Club, predominaron los individuos que tenían orígenes familiares patrilineales coloniales, el tipo de ascendencia

¹⁰⁹ Ibid. (1977), 70 s.

¹¹⁰ Ramos Mejía (1934 [1899]), 257–260.

más excepcional, debido a la continuidad familiar por vía matrilineal que había caracterizado a las élites desde los tiempos coloniales.¹¹¹

Sin embargo, no sería adecuado superponer rápidamente la apelación al abolengo como eje de diferenciación social, con su lugar como criterio excluyente y central en las nociones que buscaron definir a la élite como actor colectivo. Como se mostró en el apartado anterior, éstas o no lo incluían explícitamente, o precisaban su sentido a una posesión de un pasado que se refería más a las trayectorias que a los orígenes familiares *strictu sensu*.

Un punto a tener en cuenta para entender el porqué de estos matices, es la propia heterogeneidad de orígenes sociales que signaba a la clase alta. La élite argentina de este período era un conglomerado diverso, compuesto por familias de raíces coloniales y porteñas; por otras fundadas por extranjeros insertos en la ciudad de Buenos Aires entre 1810 y el último cuarto del siglo XIX; y por familias tradicionales de las provincias del interior que se establecieron en Buenos Aires a lo largo del siglo XIX.

En este sentido, registros no ya contemporáneos sino retrospectivos ofrecen reveladores testimonios sobre la diversidad de composición social y de profundidades genealógicas que recorrían a la *high society* del fin de siglo, y sobre ello, sobre la distinta valoración que sus integrantes, o sus descendientes, otorgaron al capital simbólico del tiempo y del origen en la presentación que hicieron de sí mismos, en correspondencia con su *background* familiar. Veamos algunos ejemplos.

Tenemos por un lado al ya mencionado Carlos Ibarguren, perteneciente a una de las familias del interior del país que adquirieron gravitación nacional a partir de la recomposición de las élites políticas producida por la conformación del Partido Autonomista Nacional (PAN) y el triunfo del roquismo en la década de 1880, y que, desde allí, se vincularon con familias tradicionales porteñas a través

¹¹¹ Losada (2009).

de lazos de parentesco. En sus memorias, la genealogía tiene una importancia notoria en la presentación personal, y por extensión, en la de su familia. Si su rama materna, los Uriburu, es la vía de comunicación privilegiada con los protagonistas preeminentes de las luchas de la independencia, de los Ibarguren viene una excepcional antigüedad de residencia, ni siquiera compartida por los Uriburu, llegados a fines del siglo XVIII:

Mis antepasados los Ibarguren vinieron con la corriente conquistadora y colonizadora del Perú y se casaron en América con hijas y nietas de encomenderos. Descendía por consiguiente mi padre, a través de seis generaciones criollas, de conquistadores y primeros pobladores del norte argentino, remontables así al siglo XVII y entroncándose con estirpes infanzonas de remota oriundez vizcaína.¹¹²

El origen colonial, anterior a la creación del virreinato del Río de la Plata por vía patrilíneal, es especialmente destacado, debido a su excepcionalidad, como lo observaron algunos de los intelectuales más destacados del cambio de siglo: “La familia de abolengo y de grandes pergaminos fue en el interior, tal vez más común que en Buenos Aires”.¹¹³ En sus memorias, incluso, Ibarguren destacó a distintos personajes porteños, a los que denomina “hidalgos”, justamente por tener origen colonial y patrilíneal.¹¹⁴

Indudablemente sería excesivo concluir que las familias del alto mundo social que no se ajustaran a estos ejes no fueran consideradas pares por Ibarguren. Pero sí es posible ver que su apelación al capital simbólico del origen familiar como criterio identitario excluye, de manera más o menos implícita, intencionadamente o no, a distintos apellidos de la clase alta argentina del cambio de siglo. Así, es posible pensar que para Ibarguren la misma se compone en última instancia de quienes se amoldan a las características de su trayectoria familiar, no de la totalidad de quienes lo habrían rodeado o frecuentado en distintos espacios de sociabilidad.

¹¹² Ibarguren (1977), 23.

¹¹³ Ramos Mejía (1952 [1907]), (1) 181.

¹¹⁴ Ibarguren (1977), 258, 262, 268–278, 466.

Un contraste interesante en la valoración de la genealogía aparece en las memorias de Ramón Cárcano, un apellido carente por vía patrilineal de los capitales que subraya Ibarguren. También proveniente de una familia del interior que llegó a los primeros planos de la política nacional con el régimen del ochenta, la procedencia social de Cárcano era diferente a la de Ibarguren. Era hijo de un músico italiano llegado a la provincia de Córdoba a mediados del siglo XIX.

En consecuencia, aparece la importancia atribuida a la genealogía, pero revestida de la única manera en que Cárcano podía apelar a ella: reproduce el extenso y prestigioso linaje paterno en Italia, oriundo de Como y remontable al siglo X. La raigambre en la sociedad local, en cambio, se deriva de la rama matrilineal. Posible reconocimiento de una carencia, es reveladora la apreciación que le otorga a estos capitales simbólicos: “Siempre es agradable conocer los antecesores, pero es mejor no necesitar de antecesores y llevar en uno mismo todo el valor humano”.¹¹⁵

Semejantes testimonios retrospectivos muestran, entonces, la heterogeneidad social de la clase alta del cambio de siglo. La misma puede explicar la ausencia de definiciones colectivas centradas exclusivamente en criterios genealógicos. Sin dudas, el fuerte emparentamiento entre estas familias posibilitó la apelación a la antigüedad familiar por vía matrilineal (como se lee en las memorias de Cárcano). Recurriendo a términos de Pierre Bourdieu, la heterogeneidad de *habitus* que signaban a la *high society* encontró a través de la sociabilidad y las relaciones de parentesco, su grado de homologación.¹¹⁶

Sin embargo, estas homologaciones tampoco eliminaron la visibilidad de las carencias genealógicas que tenía la clase alta argentina como actor colectivo.

¹¹⁵ Cárcano (1965), 22 s.

¹¹⁶ Bourdieu (1990), 59 s. Sobre el emparentamiento en la clase alta véase: Losada (2008).

Los juicios contemporáneos subrayaron que sus integrantes estaban “faltos del prestigio que pudieran proporcionarles una genealogía histórica”.¹¹⁷

En semejantes coordenadas, es revelador que hacia el cambio de siglo se advierta la construcción de una tradición para la élite social argentina, paralela a la construcción de una tradición nacional. Esta operación devela las insuficiencias que tenía en ese sentido, y también la potencialidad del pasado como eje de diferenciación social en una sociedad aluvional. Es sugestivo ver ciertos paralelismos con lo que Lawrence Stone describiera para la aristocracia inglesa del siglo XVII: la búsqueda de homologar un grupo internamente heterogéneo ante la aparición de “gente nueva”.¹¹⁸ En la prensa y en diferentes textos aparecidos en el cambio de siglo y en las primeras décadas del XX es visible una reorientación de la relación entre clase alta y tradición.

La sociabilidad del fin de siglo, en consonancia con una lectura más amplia referida al rumbo que debía seguir la sociedad en su conjunto, que asociaba el pasado con la “barbarie” hispano-criolla, se había definido “contra su pasado más bien que a partir de él”.¹¹⁹ En palabras de Lucio López, otro intelectual emblemático de la clase alta, los usos y costumbres propios de la alta sociedad de la “gran aldea” debían dejarse atrás para adoptar los propios de las principales ciudades europeas, esencialmente París y Londres. Una mirada coincidente con las prescripciones de Miguel Cané y su noción de aristocracia, según vimos líneas arriba.

Avanzando los primeros años del siglo XX, en cambio, cobró forma la búsqueda de construir una continuidad entre la alta vida social de la Buenos Aires “aldeana” y de la gran metrópoli del cambio de siglo. Por ejemplo, *Tradiciones de Buenos Aires*, de Manuel Bilbao, dedica el último apartado de su sección “La sociedad de antaño” a la vida social del 1900, incorporándola así a

¹¹⁷ Becher (1980 [1906]).

¹¹⁸ Stone (1985), 32 s.

¹¹⁹ La expresión, referida al régimen político instaurado en 1800 (el roquismo) es de Halperin Donghi (1987), 229.

las etapas de los apartados anteriores que se iniciaban con la de fines del siglo XVIII.¹²⁰

En las secciones de noticias sociales de la prensa de inicios del siglo XX – “Del viejo tiempo” en *El Hogar*; “Estilos criollos”, “Buenos Aires antiguo”, “Del alma colonial”, “Reminiscencias de antaño”, “Tertulias de antaño”, “Arquitectura colonial” en *Plus Ultra* – se apreciaba algo parecido: los recuerdos de antaño reconocían como eje predominante las mansiones de la calle Florida, una zona de la ciudad asociada con la clase alta desde las últimas décadas del siglo XIX, y no las del barrio al sur de la Plaza de Mayo, el espacio residencial característico de la época colonial y de los primeros años del ochocientos. Los apellidos mencionados, a su turno, ya no eran sólo hispánicos, a punto tal que podía afirmarse que la familia de Bary había entrado a “nuestra vieja aristocracia” gracias a uniones matrimoniales con los Mackinlay, familia de financistas ingleses de mediados del XIX.¹²¹

La construcción de la tradición nacional, exigida por el creciente cosmopolitismo de una sociedad signada por la inmigración masiva, fue paralela, y más aún, nutrió a estas relecturas de la historia social de la élite argentina.

Las revisiones y discusiones sobre el pasado y la historia nacional, producidas en los años anteriores al Centenario de la Revolución de Mayo, otorgaron sustento al uso del pasado como capital simbólico, al ampliar las incorporaciones de períodos y personajes a las instancias fundacionales del país, e incluso, a través de ciertas relecturas, contribuyeron a definiciones colectivas que dejaron a un lado las rupturas que la política había aparejado.

Son interesantes al respecto las resignificaciones sobre las élites del interior y, en conexión con esto, la incorporación del régimen del ochenta, el roquismo, a los momentos fundacionales, ya que, en su momento, tanto sus protagonistas

¹²⁰ Bilbao (1981 [1934]).

¹²¹ “Páginas femeninas”, en *Plus Ultra*, n° 13, año I, mayo 1916.

como sus opositores habían visto en él más rupturas que continuidades.¹²² Con todo, era una relectura plausible, ya que el recambio de los elencos dirigentes ocurrido en 1880 no podía asociarse o atribuirse a transformaciones sociales profundas, como sí se haría con el triunfo de la Unión Cívica Radical en 1916 – el primer gobierno electo luego de la ley Sáenz Peña de 1912, que instauró el sufragio universal, secreto y obligatorio para la población masculina –, sino que se había delimitado a las élites criollas.

Una mirada semejante es la que se advierte en las conferencias dadas por uno de los más importantes escritores de entonces, Leopoldo Lugones, en el Teatro Odeón en 1913, nodales en la construcción de la tradición nacional al entronizar el Martín Fierro como poema épico nacional.¹²³ En ellas, Lugones planteó la continuidad entre los “patrones gauchos” de las primeras décadas del siglo XIX, que a su vez eran la trasmutación de los “ricos de la ciudades” del período colonial, y la “oligarquía” inteligente y patriótica contemporánea a esas conferencias. Una caracterización, por lo tanto, uniformizadora y coherente de la misma élite y de un proceso histórico que había sido mucho más sinuoso.¹²⁴

Finalmente, como también se mencionó líneas arriba, la importancia que adquiere la posesión de pasado en la caracterización de la alta sociedad argentina hacia el Centenario, se manifiesta en los obituarios de los grandes diarios. En ellos, además, se aprecia nuevamente la ampliación del pasado, y la extensión de sentido de la condición patricia. Era patricio Eudoro Balsa pues “había sido soldado ya en el año 54”; o lo era también Mariano Demaría, no sólo por sus orígenes familiares, remontables por vía patrilínea al período colonial, sino por su propio desempeño, discurrido en el último tercio del siglo XIX. Quizá una de las ampliaciones de la condición patricia más nítidas sea el obituario de *La Nación* sobre Francisco Beazley (1864–1924), nieto de un marino

¹²² Botana (1994); Alonso (1997); Gallo (2000).

¹²³ Prieto (1988); Devoto (2002), 77–105.

¹²⁴ Lugones (1972), 72. La incorporación del ochenta al pasado y a las instancias fundacionales se perciben en distintas memorias y escritos. Por ejemplo Hardoy (1993), 16 s., 32; Cárcano (1969), 113 s.; Quintana (1941), 153. Sobre la construcción de la tradición nacional en el fin de siglo, véase: Bertoni (2001); Botana y Gallo (1997); Devoto (2002).

norteamericano instalado en Buenos Aires luego de su participación en la guerra con Brasil en la década de 1820: “*tuvo su puesto entre los primeros en la falange reducida de nuestros patricios [...] se va con él una encarnación vigorosa y genuina del viejo espíritu argentino*”.¹²⁵

Estas semblanzas, entonces, reflejan la dilatación de la noción de patricio si se toma como referencia la imperante a fines del siglo XIX, cuando aún no estaba consensuado definir como tales, o como “próceres”, a quienes habían desenvuelto sus acciones con posterioridad a 1825 (la discusión entre el llamado Panteón Histórico y el Panteón Nacional).¹²⁶

A su turno, el ocultamiento de los orígenes, familiares y materiales, señalado como un rasgo característico de la élite,¹²⁷ es una afirmación que no debería precisarse. Podría coincidirse en un sentido amplio, si se refiere a un distanciamiento resultante de las lecturas en clave civilizatoria y progresista que supieron trazarse frente al pasado. Pero no necesariamente en la definición de identidades sociales, en términos de un ocultamiento de orígenes modestos y de una experiencia de ascenso a partir de ellos. Quizá su expresión más extrema fuera el caso de la familia Santamarina, que no tenía reparos en colocar en la entrada de su estancia la humilde carreta con la que Don Ramón, el patriarca, había iniciado la acumulación de su fortuna.¹²⁸ Esta expresión de la posición social no fue exclusiva de aquellos que, como los Santamarina, no tenían otras alternativas a mano.

¹²⁵ LN, 7 de julio de 1924 (énfasis mío). El abuelo de Beazley había contraído matrimonio con una integrante de una familia irlandesa ya arraigada desde el siglo XVIII en la ciudad (Otilia Lynch). Francisco (casado con Magdalena Barreto), fue profesor y vicerrector del Colegio Nacional; subsecretario del ministerio del Interior (en la presidencia de Luis Sáenz Peña), jefe de policía de la capital federal, más tarde integrante de la Liga Patriótica. Perteneció al Club del Progreso, al Círculo de Armas y al Jockey Club (del que fue presidente, e incluso un gran premio turfístico llevó su nombre).

¹²⁶ El caso de Balsa, incluso, podría vincularse con una de las ampliaciones dadas desde entonces: la extendida hacia los protagonistas de la guerra del Paraguay de la década de 1860. Al respecto, véase: Bertoni (2001), 286–292.

¹²⁷ Jitrik (1982), 66 s.

¹²⁸ Santamarina, inmigrante español, se convirtió en uno de los estancieros más acaudalados de la Argentina, a partir de sus humildes orígenes como carretero: “Los pioneros del progreso argentino. Ramón Santamarina”, en: *Caras y Caretas*, n° 219, año V, 13 de diciembre de 1902. También presenta referencias sobre ello Sáenz Quesada (1978), 291 ss.

Distintos intelectuales, como Juan Agustín García o José María Ramos Mejía, al bucear en los orígenes coloniales de las familias de la élite, destacaron la ausencia en Buenos Aires de una “aristocracia” como las de Lima o Chuquisaca, e incluso la desventajosa comparación que resistía la élite colonial porteña, definida por su espíritu mercantil, con su par de Córdoba, nucleada alrededor de la universidad.¹²⁹

No obstante, Ramos Mejía no ocultó los peculiares ascendientes de las distinguidas familias porteñas de fines del XIX. Por el contrario, apuntó que habían labrado “sus fortunas al frente de panaderías, barracas, tonelerías, pulperías, carpinterías, remates”. En los “gremios humildes” y el “comercio modesto” estaban los comienzos de los “apellidos más conocidos de la sociedad, hoy mismo del mejor abolengo”. Esas familias, concluye Ramos Mejía, “representan en esta sociedad *tradición, honorabilidad y trabajo*”.¹³⁰ El valor del capital simbólico no radicaba en la herencia de una posición, sino en la de “virtud”, la capacidad de sostener una posición social, incluso desde orígenes relativamente modestos, a través de generaciones.

La conjunción de antigüedad, mérito y virtud aparece también en la correspondencia privada de integrantes de la clase alta, por ejemplo en la entablada entre Manuel J. García y Lucio López. La “amistad que nos une [era un] precioso legado transmitido de generación en generación”, originada “allá en las lejanas tierras de Cantabria” y reforzada por la “que unía a mi abuelo con el virtuoso autor del himno de guerra que ha conducido y conducirá nuestras legiones a la victoria”. Por ello, se prometía “querer y respetar el nombre de los López como [...] quieren y respetan el que yo llevo”. En efecto, “mi padre me enseñó a respetar desde muy niño el nombre de Don Manuel José de García y me señaló como digno ejemplo las virtudes que lo hicieron acreedor a la estima

¹²⁹ Ramos Mejía (1952 [1907]), 137; García (1966 [1900]), 75–92.

¹³⁰ Ramos Mejía (1952 [1907]), 168 (nota al pie).

y al respeto de sus conciudadanos". Por ello, "quisiera yo llevar dignamente" su nombre.¹³¹

En suma, el lugar que ocupa el abolengo en las construcciones identitarias, y el sentido con que se lo define, emergen como un necesario reacomodamiento del prurito aristocrático frente a la heterogeneidad temporal, espacial y social de los círculos distinguidos del cambio de siglo; una forma de volver virtuosas las carencias. No obstante, es igualmente apreciable que subyace una búsqueda de construir una identidad de distinción social que sea al mismo tiempo legítima, acorde con la naturaleza de la sociedad y con las mismas nociones volcadas sobre ella desde el poder público en este período, como la de honor-virtud.

En este sentido, es interesante incluir una observación adicional. Estas definiciones, más que operaciones exitosas, podrían entenderse en un punto como una expresión de los progresivos acotamientos de márgenes para la diferenciación que la modernización de la sociedad impuso a la clase alta argentina. La distinción sólo podía movilizarse en un plano estrictamente simbólico.

La noción de "aristocracia del espíritu" de otro importante escritor vinculado a las familias tradicionales, Manuel Gálvez, publicada en 1924, es ilustrativa al respecto.¹³² Sus énfasis reflejan los efectos de los cambios sociales: el desdibujamiento del protagonismo o de la exclusividad de la "aristocracia" en la conducción de la sociedad entre los años ochenta del siglo XIX y la tercera década del siglo XX ante un proceso de modernización social que apareja la autonomización y profesionalización de campos sociales, y con ellas, la

¹³¹ "Virtud" y "antigüedad" que se conjugan en la condición "patricia": allí mismo Manuel agradecía a Lucio cómo el padre de éste, Vicente Fidel ("nuestro ilustre historiador") había pintado con justeza las acciones de su bisabuelo Pedro Andrés García de Sobrecasa en las invasiones inglesas. El abuelo de López, Vicente López y Planes, fue el autor de la letra del himno nacional argentino. García, por su parte, descendía de familia de diplomáticos y políticos. M. J. García a L. López, 28/1/1894, AGN, S. VII, *Archivo y Colección los López*, leg. 2386, doc. 6573.

¹³² En lo que sigue, referencias tomadas de Gálvez (1924), 10 (énfasis míos).

conformación de élites específicas, sectoriales; un recambio en sus integrantes a causa de la movilidad social que atraviesa a este arco temporal.¹³³

Así, por un lado aparecen formulaciones con un tono cercano al del fin de siglo: la aristocracia es un conjunto de cualidades, conductas y gustos. Pero esa condición aristocrática “natural” no es accesible a través de una pedagogía (“este admirable don es congénito”). Sin embargo, esto no supone que aristocracia y patriciado se superpongan. Se subraya, es cierto, la preponderancia de las cualidades “aristocráticas” en las “familias de abolengo”: “la aristocracia, siendo algo que se hereda, no puede tener otra fuente que las familias de tradición social [...] la forman todos aquellos individuos [...] procedentes, en general, de familias de abolengo”. No obstante, “ese admirable don congénito”, no se agota en las fronteras del patriciado, en tanto es una condición individual y no social: “No olvidemos que la aristocracia es principalmente individual”; por ello, *“puede existir aún en familias de ninguna importancia histórica o de escaso relieve social”*.

En otras palabras, en los lineamientos de Gálvez se aprecia, nuevamente, la búsqueda de legitimar la noción de aristocracia, de ponerla en correspondencia con las características que cruzan a la sociedad en la que se inscribe. Con todo, se observa también que para mantener su vigencia y su legitimidad en la sociedad, el concepto de aristocracia debe inflarse incorporando un universo social más heterogéneo que las familias de abolengo. Así, la formulación de Gálvez parece reflejar que en el plano de las construcciones simbólicas se perciben tensiones similares a las que provocan las repercusiones de una sociedad radicalmente transformada en su estructura: la erosión de la visibilidad del “patriciado”.

Ecos similares resuenan en la semblanza que de sí mismo presenta el Círculo de Armas, el club más exclusivo de la ciudad de Buenos Aires, en su cincuentenario en 1935. Ya no apela a la noción de aristocracia, sino a la de

¹³³ Al respecto, me permito remitir a Losada (2007).

élite: “Expresión *no de una aristocracia, sino de una elite*, [el Círculo de Armas] otorgó sin regatear la credencial de su aplauso, y el calor de su simpatía, y dio o negó, a los que iban llegando, el exequátur habilitante de su admisión”.¹³⁴ De esta manera, si por un lado esta presentación institucional matiza el carácter cerrado que, comparativamente con su entidad contemporánea, el Jockey Club,¹³⁵ lo había definido – el Círculo limitaba a 400 el número admisible de socios, disposición ausente en el Jockey – al mismo tiempo se sustituye aquella noción tan cara a las operaciones de diferenciación simbólicas y a las definiciones institucionales de los principales espacios de sociabilidad del cambio de siglo, por un concepto sin cargas valorativas sensibles, que por lo tanto quita atributos específicos a sus integrantes.

Conclusiones

Acercarse a las definiciones que de sí misma trazó la élite argentina del cambio de siglo, a través de algunos de sus intelectuales más destacados, de sus espacios de sociabilidad emblemáticos y de los grandes diarios de la ciudad de Buenos Aires, permite aprehender, ante todo, que las mismas distaron de ser estáticas. Por el contrario, estuvieron signadas por la dinamicidad y el cambio.

Asistimos, así, a una concepción de aristocracia abierta al mérito, que en última instancia se refería esencialmente a un estilo de vida a desenvolver a través de determinados consumos, aficiones y comportamientos, como la que planteara Miguel Cané en su definición del proyecto que como ámbito de sociabilidad debía perseguir el Jockey Club, a otras nociones que buscan delimitar más cerradamente un núcleo social originario, sobre la base de la posesión de un capital de importante peso simbólico por su escasez relativa en una sociedad aluvional, el tiempo.

¹³⁴ Discurso de Julio Roca (h), en *Círculo de Armas* (1985), 16 (énfasis míos).

¹³⁵ El Jockey se crea en 1882 y el Círculo de Armas en 1885.

En este sentido, estas concepciones cambiantes aparecen como una expresión de la huella que dejó la modernización sobre este círculo social. En efecto, el pasaje de una noción que sugiere una élite confiada en mantener su gravitación a pesar de los cambios que atraviesan a la sociedad, y que por ello, define el reclutamiento de la "aristocracia" en consonancia con ellos, a otra en la que se pretende construir la posición por el rol desempeñado en el pasado antes que en el propio presente, testimonia la disminución de la gravitación de la clase alta tradicional ante los cambios sociales ocurridos en la Argentina entre las décadas de 1880 y 1920.

La propia operación de apelar a un capital simbólico inmaterial, el tiempo, que exigió en buena medida la construcción de la clase alta como actor colectivo a causa de su heterogeneidad podría incluso interpretarse como la búsqueda de encontrar visibilidad en una sociedad cuyas élites o esferas decisorias eran definitivamente más complejas a fines de los años veinte que en el último cuarto del siglo XIX.

Aun así, junto a estos cambios es apreciable una continuidad igualmente notoria. Las distintas definiciones colectivas, si bien apuntan a la construcción de distinción, a su vez buscan legitimar al círculo social al que hacen referencia. Tanto la noción de patriciado como la de aristocracia, por sus sentidos y connotaciones, expresan que la construcción de una definición colectiva de la élite argentina no podía cerrarse sobre sí misma, sino que debía guardar una correspondencia con las características distintivas de la sociedad en la que se inscribía, republicana y móvil.

Con todo, por su propia lógica, corresponderse y no enfrentarse a la lógica de la sociedad, la legitimación acarrea el peligro de indiferenciación o desclasamiento. Una crónica social de los años veinte es ilustrativa al respecto. En ella se reproduce cómo una dama de la alta sociedad argentina expone su ascendencia familiar en una tertulia parisina, conjugando precisamente "abolengo" y "virtud", sin ocultar orígenes sociales humildes. De acuerdo a la crónica, habría

dicho que “apreciamos en lo que valen esos nombres que evocan un pasado de gloria [...] pero en un país tan nuevo como el nuestro consideramos que la verdadera aristocracia es la del talento, la de la cultura”. Así, siempre según la crónica, esta dama señaló que su padre “a pesar de su ilustre abolengo, era un hombre pobre, pero dotado de todas las condiciones para luchar e imponerse, cimentó su gran fortuna al par que daba nuevo lustre a su apellido [...] eran de ver sus comienzos [...] tan difíciles, tan modestos”. A continuación, nos cuenta la cronista, esta misma dama señaló orígenes similares para una compatriota presente en la misma tertulia, quien frente a ello quedó “anonadada”.¹³⁶

Esta crónica refleja, en la actitud estupefacta de una de sus protagonistas, el carácter desclasante que implicaba una presentación social coincidente con el carácter republicano e igualitario de la sociedad argentina. Si ello era aún más patente en los ámbitos sociales que habían servido como modelos de referencia para la élite (las tertulias europeas, como la que sirve de escenario a la crónica citada), las connotaciones de semejantes definiciones también descubrían las similitudes entre la clase alta y aquellos a los que se descalificaba como “advenedizos”, frente a las cuales la pretensión aristocrática no era más que una apelación semántica carente de sustento.

En consecuencia, la élite argentina se encontraba tensada entre dos necesidades igualmente importantes: diferencia y legitimidad. Sin embargo, resultaban incompatibles en una sociedad móvil y en radical transformación de su estructura social. Esto también, se percibe en que los propios prescriptores de élites abiertas al mérito, no dejaron de bregar por cerrar el círculo ante la creciente porosidad de la sociedad.¹³⁷ Abrirse implicaba el riesgo de la indiferenciación, pero cerrarse, si bien favorecía la diferenciación, suponía a su

¹³⁶ “Notas sociales de la Dama Duende”, en: *Caras y Caretas*, n° 1297, año XXVI, 11 de agosto de 1923.

¹³⁷ Cané (1903 [1884]), 128 ss.

vez clausurar la renovación y la correspondencia con la sociedad en la que se inscribía, y con ello, la ilegitimidad.¹³⁸

Se aprecia aquí un interesante aspecto adicional. Si las definiciones colectivas que la élite trazó de sí misma fueron cambiantes, también fueron plurales: encontramos distintas nociones de ella según los enunciadores a los que acudamos. Como lo refleja la crónica reproducida párrafos arriba, la oscilación entre definiciones que caían más decididamente en la pretensión aristocrática o aquellas otras que subrayaban más lo meritocrático, distaba de estar resuelta o consensuada en el terreno cotidiano de la vida social. Una diversidad que asimismo se manifiesta en testimonios retrospectivos (en los contrastes que recubren las memorias de un Ibarguren y de un Cárcano, por ejemplo), y, sugestivamente, también en miradas contemporáneas al cambio de siglo, como hemos visto en las páginas anteriores.

Por lo tanto, las nociones identitarias y los criterios que definían la condición de élite, tuvieron en el interior de la clase alta una notoria diversidad, al punto que podemos llegar a tener de la misma, diferentes concepciones según cuál sea el lente y la vía de acceso elegida para aproximarnos a ella.

¹³⁸ Losada (2008).

Bibliografía

Literatura

- Alonso, Paula (1997): En la primavera de la historia. El discurso político del roquismo de la década del ochenta a través de la prensa, en: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani* 15, 35–70.
- Bertoni, Lilia Ana (2001): *Patriotas, cosmopolitas, nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires: FCE.
- Botana, Natalio (1994): *El orden conservador*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Botana, Natalio y Gallo, Ezequiel (1997): *De la República posible a la República Verdadera*, Buenos Aires: Ariel.
- Bourdieu, Pierre (1988): *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Madrid: Taurus.
- Bourdieu, Pierre (1990): *The Logic of Practice*, Cambridge: Polity Press.
- Bourdieu, Pierre (1991): *Language and Symbolic Power*, Cambridge: Harvard University Press.
- Bruno, Paula (2007): Un balance acerca del uso de la expresión generación del 80 entre 1920 y 2000, en: *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales - Instituto de Investigaciones "Dr. José María Luis Mora"* 68, 117–161.
- Cohen, A. P. (1985): *The Symbolic Construction of Community*, London: Tavistock Publications.
- Cople Jaher, Frederic (1973): Style and Status: High Society in Late Nineteenth Century New York, en: Cople Jaher, Frederic (ed): *The Rich, the Wellborn and the Powerful: Elites and Upper Class in History*, Chicago: Illinois University Press, 258–284.
- Crowley, James (1999): The Sensibility of Comfort, en: *American Historical Review* 104 (3), 749–781.
- Devoto, Fernando (2002): *Nacionalismo, fascismo, tradicionalismo en la Argentina moderna*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Devoto, Fernando (2005): *Historia de la inmigración en la Argentina*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Elias, Norbert (1993): *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, Buenos Aires: FCE.
- Gallo, Ezequiel (2000): La consolidación del Estado y la reforma política, en: Academia Nacional de la Historia (ed.): *La configuración de la República Independiente (1810–c. 1914)*. Nueva historia de la nación argentina 6, Buenos Aires: Planeta, 511–539.

- Halperin Donghi, Tulio (1987): *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Jitrik, Noé (1982): *El mundo del ochenta*, Buenos Aires: CEAL.
- Losada, Leandro (2006): Sociabilidad, distinción y alta sociedad en Buenos Aires: los clubes sociales de la elite porteña (1880–1930), en: *Desarrollo Económico* 180 (45), 547–572.
- Losada, Leandro (2007): ¿Oligarquía o elites? Estructura y composición de las clases altas de la ciudad de Buenos Aires entre 1880 y 1930, en: *Hispanic American Historical Review* 87 (1), 43–75.
- Losada, Leandro (2008): *La alta sociedad en la Buenos Aires de la Belle Epoque*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Losada, Leandro (2009): *Historia de las elites en la Argentina*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Prieto, Adolfo (1988): *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Sáenz Quesada, María (1978): *Los estancieros*, Buenos Aires: Editorial de Belgrano.
- Stone, Lawrence (1985): *La crisis de la aristocracia 1558–1641*, México, D. F.: Alianza.

Fuentes

- Becher, Emilio (1980 [1906]): La oligarquía universitaria, en: Rivera, Jorge B. (comp.): *Autores varios. Textos y protagonistas de la bohemia porteña*, Buenos Aires: CEAL, 19–22.
- Bilbao, Manuel (1981 [1934]): *Tradiciones de Buenos Aires*, Buenos Aires: Dictio.
- Cané, Miguel (1903 [1884]): *De prosa ligera*, Buenos Aires: Moen.
- Cané, Miguel (1928): *En viaje (1881–1882)*, Buenos Aires: Talleres Gráficos Argentinos L. J. Rosso.
- Cárcano, Miguel Ángel (1969): *El estilo de vida argentino en Paz, Mansilla, González, Roca, Figueroa Alcorta y Sáenz Peña*, Buenos Aires: Eudeba.
- Cárcano, Ramón (1965): *Mis primeros ochenta años*, Buenos Aires: Plus Ultra.
- Carranza, Carlos (1947): *Recuerdos de infancia*, Buenos Aires.
- Círculo de Armas (1985): *Círculo de Armas. En el centenario de su fundación*, Buenos Aires: Círculo de Armas.
- Gálvez, Manuel (1924): *El espíritu de la aristocracia. Y otros ensayos*, Buenos Aires: Archivo General de Librería y Publicaciones.
- García, Juan Agustín (1966 [1900]): *La ciudad Indiana*, Buenos Aires: Eudeba.
- Germani, Gino (1962): *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires: Paidós.

- Hardoy, Emilio (1993): *No he vivido en vano. Memorias*, Buenos Aires: Marymar.
- Ibarguren, Carlos (1917): *De nuestra tierra*, Buenos Aires: Sociedad Cooperativa de Editorial Limitada.
- Ibarguren, Carlos (1932): *En la penumbra de la historia argentina*, Buenos Aires: La Facultad.
- Ibarguren, Carlos (1977): *La historia que he vivido*, Buenos Aires: Dictio.
- Lugones, Leopoldo (1972 [1916]): *El payador*, Buenos Aires: Huemul.
- Müller, Roberto (1997): *El Jockey Club de la calle Florida*, Buenos Aires: Jockey Club.
- Quintana, Federico (1941): *En torno a lo argentino*, Buenos Aires: Coni.
- Ramos Mejía, José María (1934 [1899]): *Las multitudes argentinas*, Buenos Aires: La Cultura Popular.
- Ramos Mejía, José María (1952 [1907]): *Rosas y su tiempo*, Buenos Aires: La Cultura Argentina.

La conmemoración del Centenario de la independencia de Paraguay: discursos históricos y proyectos de nación (1911)

Liliana M. Brezzo

En Paraguay no se desarrolló una *conmemoración ritual* del Centenario de la independencia, centrada en la exaltación de los hechos y de los protagonistas considerados nucleares para el nacimiento de la *nueva nación*; tampoco se inauguraron nuevas infraestructuras que llevaran el nombre de “Centenario”. Por el contrario, el conflictivo contexto político y social determinó la imposibilidad de cualquier despliegue económico e institucional para llevar a cabo las celebraciones. De hecho, las que debían realizarse en 1911 fueron postergadas por varios años a partir de un decreto presidencial que estableció el denominado “aniversario móvil”.

A pesar de ese escenario conmemorativo, el aniversario permitió visibilizar a una élite político cultural cuyos integrantes lo asumieron como una bisagra para articular un relato nacional que delimitara la *paraguayidad* con la formulación de un nuevo proyecto de nación.

Mediante el análisis de los discursos históricos y de algunas de las principales iniciativas de erudición histórica, este artículo pretende resumir los resultados de una indagación acerca de las tentativas por definir a la nación paraguaya desarrolladas por la pléyade de letrados paraguayos conocida como *Generación del 900* o *Novecentistas*.

Para poder comprender esos intentos, es preciso remontarse al primer momento de esta exposición, cuarenta años antes del Centenario cuando, como resultado de la guerra contra la Triple Alianza, se produjeron cambios en la tentativa de definir a la nación.

I

Los esfuerzos de modernización que el Estado paraguayo desplegaba a mediados del siglo XIX, incluyendo los dirigidos a la formación de una élite cultural¹³⁹, se vieron drásticamente interrumpidos con el inicio, en 1864, de la guerra contra la Triple Alianza (Argentina, Uruguay y Brasil), también llamada Guerra del Paraguay. Este conflicto bélico, que sigue siendo único en el contexto latino-americano por su duración, por su número de víctimas y por sus consecuencias supuso, para el Paraguay, una ruptura intelectual y condicionó su desarrollo sociocultural debido, entre otras circunstancias, a las tremendas consecuencias demográficas que impuso la derrota: la reducción de la población a un 30% de los aproximadamente 400.000 habitantes con que contaba el país al comenzar la contienda, que quedó conformada fundamentalmente por niños, ancianos y mujeres. El sistema educativo completamente desarticulado, la destrucción de los archivos estatales y particulares, la dispersión de bibliotecas públicas o privadas son sólo algunos datos que sirven para dar cuenta del impacto psicológico y del marasmo social en que quedó sumida la población.¹⁴⁰

La guerra destruyó, a su vez, las bases que permitían que el país mantuviese una política comercial autónoma y debilitó casi hasta la inanición la soberanía estatal. Los intereses contrapuestos de los aliados permitieron que Paraguay subsistiese como Estado independiente, sin embargo, no le fueron facilitados ni

¹³⁹ La solución elegida por el gobierno de Carlos Antonio López fue ecléctica: por una parte, el gobierno paraguayo contrató aproximadamente 100 técnicos – en su mayoría ingleses – para organizar aspectos importantes de la estructura industrial como el desarrollo de la fundición de hierro de Ybycuí, el arsenal y el astillero en Asunción y la construcción del ferrocarril. También favoreció el traslado de europeos dedicados a la enseñanza: en 1853 llegó a Paraguay el profesor francés de matemática, Pierre Dupuy, quien abrió una escuela privada, Dorotea Duprat. Por su parte, instaló el Colegio de Niñas y Luisa Balet fundó el Colegio Francés de Señoritas. En 1855, el español Ildefonso Bermejo fundó la Academia Literaria, la primera escuela normal en el país y en el año siguiente abrió el Aula de Filosofía, para alumnos avanzados. Al propio tiempo, en 1844, el Congreso Nacional resolvió autorizar al presidente López a que enviara estudiantes jóvenes para proseguir sus estudios en Europa a costas del Estado, propósito que recién se concretó a partir de 1858, cuando viajó el primer grupo formado por 16 jóvenes seleccionados de diferentes colegios que debían estudiar en Inglaterra y en Francia; Derecho, Química y Farmacia; también en 1863 Francisco Solano López envió a otros 39 jóvenes con igual propósito. Brezzo (2008), 28.

¹⁴⁰ En Brezzo (2008), 12–42, Casal y Whigham (2009), 16–176 y Warren (2010), 17–23.

subsidios ni la apertura comercial, antes bien, la imposición de una enorme deuda de guerra gravitaría, que continuaría hasta bien entrado el siglo XX.¹⁴¹

Sin embargo, de los lentos y trabajosos esfuerzos que supusieron repoblar el país y poner en marcha el proyecto de reconstrucción nacional, en la última década del siglo XIX comenzó a hacerse visible un grupo político-cultural que se convertiría en el más influyente de Paraguay: la denominada *Generación del 900* o *Novecentistas*.¹⁴² Sus integrantes se formaron, en su mayoría, en el Colegio Nacional de Asunción, fundado en 1876, y luego, en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Asunción, establecida en 1889. Nacidos en la década siguiente a la contienda, entre sus principales exponentes estaban Blas Garay (1873–1899), Juan O’Leary (1879–1969), Manuel Domínguez (1868–1935), Fulgencio Moreno (1872–1933), Arsenio López Decoud (1867–1945), Ignacio Pane (1879–1920), Eligio Ayala (1879–1930), Manuel Gondra (1871–1927), Gualberto Cardús Huerta (1878–1949), Alejandro Guanes (1872–1925) y Teodosio González (1871–1932).

Compartían con esos jóvenes el espacio cultural de la capital del país, un conjunto de hombres de letras, nacidos antes de la guerra, que sobrevivieron a la hecatombe y desarrollaban una destacada actividad intelectual y política como Gregorio Benites, José Segundo Decoud, Juan Silvano Godoi, Fidel Maíz, Alejandro Audibert, Benjamín Aceval y Cecilio Báez. A todos estos, se sumaría una guirnalda de letrados extranjeros llegados al país entre la última década del siglo XIX y los primeros años de la siguiente centuria, entre quienes sobresalían los escritores españoles Viriato Díaz Pérez, quien arribó en 1906 y Rafael Barrett, quien lo hizo en 1904, el economista ruso Rodolfo Ritter, quien llegó en 1902, el poeta argentino Martín Goicoechea Menéndez, en 1901 y el botánico suizo Moisés Bertoni, hacia el año 1890. Unos y otros establecieron vínculos

¹⁴¹ Scavone Yegros y Brezzo (2010), 67–90.

¹⁴² No existen, en la actualidad, estudios conceptuales y empíricos sobre la conformación y la dinámica de este grupo político-cultural. Un trabajo meritorio es el de Amaral (2006), 55–88. Consideraciones en torno a los vínculos privados e intelectuales de este grupo los hemos desarrollado en Brezzo (2005), 187–31 y Brezzo (2010), 13–33. Sobre los integrantes de esta generación existen referencias en González (1988), 107–222 y en Centurión (1961), 458–630.

personales, compartieron espacios de formación y de actuación intelectual y polemizaron, incansablemente, a través de la prensa. Se conformó, de ese modo, un momento de especial densidad cultural en el que se produjeron los primeros estudios históricos sobre la revolución de la independencia y la emergencia de la nación paraguaya. Asimismo, se promovieron actividades de erudición histórica y se crearon las primeras instituciones culturales de la posguerra como el *Instituto Paraguayo* y, luego, la *Revista del Instituto Paraguayo*, la publicación más influyente durante la primera década del siglo XX.

Un corolario de todo ello fue en 1897 la publicación de cuatro obras redactadas por el joven Blas Garay. Recién graduado en abogacía, viajó a Europa para desempeñarse como secretario de la delegación paraguaya en España, representando al gobierno de Juan Bautista Egusquiza (1894–1898). Durante su estancia en ese país recibió instrucciones para copiar del Archivo de Sevilla documentos referidos a la historia del Paraguay, sobre todo aquellos que pudieran servir para fundamentar los títulos sobre el territorio del Chaco, con el fin de utilizarlos en la disputa que el país mantenía con Bolivia. Sobre esa base, Garay publicó en Madrid cuatro obras: *La revolución de la Independencia del Paraguay*, *Breve resumen de la historia del Paraguay*, *Compendio elemental de la historia del Paraguay* y *El comunismo en las misiones de la Compañía de Jesús*. Esta producción inauguró un modelo erudito de escribir la historia en cuanto al profuso uso de documentos para fundamentar los relatos. Constituyó, además, el primer intento destinado a narrar la revolución de la independencia. Según pruebas disponibles, sería a partir de estas obras que los debates sobre las visiones del pasado adquirirían una relevancia singular, y los estudios históricos se acrecentarían como nunca antes en el país.¹⁴³

¹⁴³ Brezzo (2008), 20. A pesar de su trascendencia, no existe, en la actualidad, un trabajo dedicado, desde el campo de la historia de la historiografía, a Blas Garay. Tampoco se han producido intentos de una periodización de la historiografía paraguaya. Sin embargo, en unas notas inéditas, el historiador Rafael Eladio Velázquez sitúa a Garay como el precursor de lo que denomina “historiografía científica”. En: *República del Paraguay*, Academia Nacional de la Historia, Fondo Rafael Eladio Velázquez. Ficha manuscrita.

En el mencionado estudio, titulado *La revolución de la Independencia del Paraguay*, Garay se enfocaba en analizar los acontecimientos comprendidos entre mayo de 1810 hasta la instalación de la primera junta gubernativa en junio de 1811.¹⁴⁴ Pocos años después, en 1906, Gregorio Benites publicó un texto denominado *La Revolución de Mayo 1814–1815* y, ya en los meses cercanos al Centenario, en 1911, Fulgencio Moreno editó su *Estudio sobre la Independencia del Paraguay*.

El análisis de los discursos históricos de los tres autores, desarrollados entre la última década del siglo XIX y la primera del XX, permite identificar la formación de varios consensos – aunque endeble y embrionarios – sobre cómo veían el proceso de la independencia en Paraguay.

Existía un acuerdo, en primer lugar, sobre su *precocidad*, en cuanto coincidían en subrayar que, tras el Congreso de 1813 y la sanción del primer Reglamento Gubernativo, el Paraguay se constituyó de hecho y de derecho en la “primera república de Sudamérica”.¹⁴⁵ Destacaban, asimismo, la forma pacífica e “incruenta” en que se desarrollaron los acontecimientos entre mayo y junio de 1911 en cuyo transcurso una élite militar sostenida por el “pueblo paraguayo” acabó con la autoridad española en la provincia.¹⁴⁶

Otra coordenada interpretativa fundamental, en la que coincidían los autores y que serviría de avanzada para las interpretaciones sobre la independencia que se desarrollarían a lo largo del siglo XX, era la que hacía recaer el peso explicativo del proceso independentista en la pugna que mantuvieran las ciudades de Asunción y Buenos Aires a lo largo del período colonial. Esta rivalidad, derivada sobre todo de las conflictivas relaciones económicas les servía, también, para explicar la emergencia nacional, como puede leerse en uno de los párrafos emblemáticos de la obra de Fulgencio Moreno:

¹⁴⁴ Cuatro años antes de la edición de esta obra, Blas Garay presentó su tesis doctoral en Derecho en la Universidad Nacional de Asunción que versó sobre La Junta Superior Gubernativa de 1811. Sin que se sepan los motivos, el trabajo permaneció inédito hasta el año 1942 en que se editó por primera vez en Paraguay. López Moreyra (2010), 9–27.

¹⁴⁵ Garay (1996) 15–127, Benites (1996), 131–212 y Moreno (2011), 47–192.

¹⁴⁶ Ídem.

Las silenciosas pero hondas corrientes que trabajaban el alma popular, en medio de aquel largo período de lucha oscura y sin tregua, permanecían ocultas e invisibles. Las condiciones sociales de Paraguay, la estrecha solidaridad de los sentimientos del pueblo, sus vigorosos instintos nacionales, elaborados en siglos de aislamiento, desamparo y opresión, no eran sospechadas siquiera por los ardorosos paladines de la revolución porteña.¹⁴⁷

El desacuerdo entre los autores se planteaba, únicamente, a la hora de definir quiénes habían sido los actores principales del proceso de la independencia. Para Blas Garay, no existían dudas que José Gaspar de Francia había sido su ideólogo:

[...] no se me oculta que al sostener que fue obra en gran parte de Francia la revolución del 14 de Mayo, lastimo muchas arraigadas convicciones [...] no obstante el respeto grande que me merecen todas las opiniones, por escasa autoridad que tengan, he de reivindicar para el Dr. Francia lo que a mí parecer le corresponde por legítimo título, la que sus actos posteriores pueden haber empañado, más no destruido.¹⁴⁸

Gregorio Benites, comenzaba a sostener por su parte, en la introducción a su texto que:

No hay uniformidad en las opiniones respecto a los verdaderos autores de la emancipación política del Paraguay. Algunos adjudican ese glorioso título a Fulgencio Yegros, Pedro Juan Caballero, Manuel A. Cavañas, José Gaspar de Francia. Esa contradicción, subsistirá hasta que por medio de estudios prolijos e investigaciones pacientes de las obras escritas sobre el Paraguay se pueda establecer quien o quienes fueron los verdaderos progenitores de la nacionalidad paraguaya [...] entretanto continuaremos viviendo en tinieblas sobre los próceres de la independencia.¹⁴⁹

Esta descripción de la condición historiográfica no era óbice para que se pronunciara acerca de quien, según entendía, había sido el actor principal de la “pacífica revolución de la independencia paraguaya”:

Bajo la dirección del Dr. José Gaspar de Francia y sostenida por las tropas del Comandante Pedro Juan Caballero [se] puso fin el 14 y 15 de mayo de 1811 a la dominación española [...] Según los estudios hechos por el Dr. Garay en

¹⁴⁷ Moreno (2011), 46.

¹⁴⁸ Garay (1996), 105 s.

¹⁴⁹ Benites (1996), 134.

nuestro archivo nacional y en los de España, el comandante Fulgencio Yegros se habría adherido al plan del movimiento libertador, diseñado por Francia.

A lo largo de su trabajo, ratificaba que Francia “fue el iniciador, el fundador y el sostenedor victorioso de la independencia del Paraguay contra las resistencias de sus rivales del Río de la Plata. Su memoria ha quedado en el espíritu de las generaciones paraguayas, como identificada con el pensamiento de la independencia de la nacionalidad paraguaya”¹⁵⁰.

Por su parte, Fulgencio Moreno sostenía lo aventurado que era atribuir a una sola persona la creación de la nacionalidad e independencia: ‘Un modo de sentir y de pensar, formado en siglos de labor casi inconsciente, no se modifica en un solo día por el esfuerzo de un solo hombre’ y planteaba, como resultado de su investigación, que el liderazgo se repartiera entre Fulgencio Yegros y Manuel A. Cavañas.¹⁵¹

Paralelamente a estos estudios y, ante la inminencia de la conmemoración del Centenario, el grupo más prominente de los letrados *Novecentistas* pergeñó una obra de erudición histórica, que se constituiría en uno de los soportes más importantes de las recatadas celebraciones y la expresión más tangible de sus esfuerzos por definir la nación paraguaya.

II

En el mes de agosto de 1910, la editorial de Ramón Monte Domecq y Cía., de Asunción, inició gestiones para la edición de lo que denominaría *Álbum gráfico de la República de Paraguay. 100 años de vida independiente 1811–1911* con el propósito de hacer coincidir su aparición con la celebración al año siguiente, del 14 y 15 de mayo. Se presentaron, sin embargo, una serie de dificultades propias de la empresa editorial, que retrasarían la iniciativa. Una de ellas consistía en que, hasta la fecha, nunca se había editado en Paraguay una publicación de esas

¹⁵⁰ *Ibíd.*, 143–151.

¹⁵¹ Moreno (2011), 141–178.

características. Desde 1860, habían proliferado en el país los denominados *Almanques*, mezcla de calendario, registro de hechos notables y anticipaciones, referidos sobre todo a la evolución del estado socioeconómico. En los primeros años del nuevo siglo, estos cedieron su lugar a las *guías*, en las que se procuraba patentizar el desarrollo del quehacer nativo, intercalando notas sobre el incipiente progreso público, sobre la calidad de los productos de la tierra y noticias de la comunicación y el transporte, o bien fotos de los “logros edilicios”, como mansiones y amplios locales para la importación. Dichas particularidades se transferirían al álbum gráfico pero éste, a su vez, ofrecía abundantes novedades en materia de presentación, calidad y estilo. Otro inconveniente, fue la carencia de casas fotograbadoras y de talleres de imprenta en el ámbito local – a pesar de la existencia, a escala reducida, de los de Hans Kraus – pues, por sus características se veían impedidos a dedicar la cantidad de jornadas de trabajo que demandaban las tareas de composición e impresión.

Pero fue el contexto político el que determinó que se postergara la realización no sólo de esta empresa colectiva sino también del programa conmemorativo en su conjunto. De hecho, la mayoría de los autores que se habían comprometido en la redacción de los contenidos del *Álbum* se hallaban involucrados en las luchas partidarias – unos desde las filas del partido Colorado y otros desde las del partido Liberal – que compusieron el ciclo revolucionario iniciado tras la caída del régimen Colorado, y que finalizó en las extenuantes jornadas de 1912.

En Paraguay, desde 1904, ningún presidente había terminado su mandato dentro de los términos constitucionales y el período comprendido entre 1908 y 1911 fue tan extremo, que se sucedieron siete presidentes como producto de los múltiples enfrentamientos armados entre sectores de los dos partidos políticos tradicionales, el Liberal y el Colorado, pero sobre todo, entre las facciones internas del primero.¹⁵² Fundándose en el desquicio social y en la imposibilidad

¹⁵² Brezzo (2010), 15–90.

de contar con un presupuesto mínimo para los festejos, el presidente Albino Jara dictó, el 22 de abril de 1911, un decreto que establecía el “aniversario móvil” del Centenario resolviendo trasladar al mes de octubre de 1913 las celebraciones. Interesan los fundamentos de la disposición, en los que se sostenía que la revolución de mayo de 1811 en Paraguay había sido hecha a nombre del rey de España, y que lo verdadero era el Congreso del 12 de octubre de 1813, que había proclamado la república y declarado “resueltamente la independencia política”. Pero, para cuando era publicado ese decreto, había provocado un nuevo levantamiento la caída del presidente Jara, a quien sus propios aliados políticos presionaron para que renunciase el 5 de julio de 1911. Finalmente, las elecciones de 1912 catapultaron al líder del sector radical del partido Liberal, Eduardo Schaerer, a la presidencia para el cuatrienio 1912-1916. Sin embargo, las secuelas de la anarquía política hicieron que continuaran los desasosiegos de la celebración. Se dictó entonces, el 10 de octubre de 1913, un nuevo decreto, el N° 1165, en cuyo texto se fundamentaba la necesidad de una nueva prórroga para la evocación de la independencia, pues se mantenían las causas que motivaron el decreto de abril de 1911, fijando, no obstante, la celebración del Centenario del Congreso de 1813 para el año en curso. Finalmente, un nuevo decreto, el N° 1237 del 17 de octubre, resolvió que se constituyera una comisión encargada de organizar las fiestas conmemorativas de la independencia en 1914.¹⁵³

Sin embargo de esos avatares conmemorativos, la revista *Caras y Caretas*, que se editaba en Buenos Aires, noticiaba que, en el mes de mayo de 1911 se llevó a cabo en Paraguay, un “*Te Deum*, un baile oficial en la casa de gobierno y una parada militar y desfile en la capital”; y que, si bien la conmemoración había quedado postergada, “el entusiasmo popular, sobre todo el de las filas

¹⁵³ Ídem.

estudiantiles consiguió imprimir un extraordinario aspecto de fiesta a la Asunción".¹⁵⁴

Dadas las circunstancias reseñadas, la empresa Monte Domecq optó por recortar su primigenio proyecto y se limitó a editar, a fines de 1911, una obra conmemorativa "instructiva y útil" bajo la coordinación de Ramón Monte Domecq, Carlos Cálcena y el ingeniero Augusto Cálcena, titulada *La República del Paraguay en su primer Centenario 1811-1911*. Aunque se logró darle el formato de álbum, su contenido se limitó a resumir lo estadístico, comercial y artístico sobre el país dando cuenta "de sus riquezas, de su sociabilidad, de sus bellezas y del adelanto de su comercio y sus grandes industrias".¹⁵⁵

Arsenio López Decoud, uno de los destacados integrantes del *novecentismo*, fue quien retomando la iniciativa primigenia, reunió un nuevo grupo de colaboradores. Los contenidos del *Álbum* quedaron divididos en dos partes: la primera, dedicada a la realidad histórica paraguaya, congregó diez trabajos en la que intervinieron nueve escritores y la segunda, quedó destinada a trazar un perfil del país a través de las principales instituciones bancarias, industriales y comerciales. Los autores que participaron en el emprendimiento fueron, además del mismo López Decoud, Enrique Solano López, Cecilio Báez, Blas Garay, Manuel Domínguez, Fulgencio Moreno, Ignacio Pane, Juan O'Leary y Moisés Bertoni.¹⁵⁶ El director fijó dos objetivos para el *Álbum*. Según expresó:

El país busca dejar señalada su expresión y brindar una imagen destinada a captar el interés ajeno, ofrecer a los nacionales y a los residentes la ocasión de contemplar el camino recorrido en esta penosa pero firme reconstrucción; se trata, sobre todo, de presentar una visión, aunque rápida, de la vida nacional durante un siglo.¹⁵⁷

¹⁵⁴ *Caras y Caretas*, Buenos Aires: junio de 1911. En la misma línea existen indicios que en las escuelas de la capital y del interior del país se llevaron a cabo actos conmemorativos aunque, por el momento, no se ha podido avanzar en cuanto a los alcances de los mismos.

¹⁵⁵ Idem.

¹⁵⁶ El *Álbum gráfico de la República de Paraguay. 100 años de vida independiente 1811-1911*, compilado por Arsenio López Decoud e impreso en Buenos Aires por la Compañía Argentina de Fósforos, comenzó a circular en junio de 1912. Tiene una extensión de 544 páginas y un tamaño de 25 x 35 cm. El *Álbum gráfico* tuvo una edición facsimilar, en el año 1983, a cargo de la editorial Cromos.

¹⁵⁷ *Álbum gráfico de la República del Paraguay* (1911), 7-11.

Esta declaración nos pone frente al primer intento por parte de un grupo de letrados paraguayos, de mostrar una *biografía nacional*, es decir, una visión orgánica de la nación paraguaya, que después de un lento proceso de gestación y de infancia no exenta de dificultades adquiriría la madurez. El segundo propósito, enunciaba que:

Él [el *Álbum*] dirá que no fuimos una horda de bárbaros fanatizados, el millón de salvajes al que debió redimirse por la sangre y el fuego. Que hicimos patria, que intereses poderosos nos la deshicieron y que la reconstruimos pacientemente. Pertenece a una raza inteligente y sobria, fuerte y valerosa, capaz de sufrir sin una queja las más duras privaciones y de llevar a cabo las más altas empresas en la paz como a cabo las llevamos en la guerra.¹⁵⁸

Tal intención constituía una nítida argumentación frente a la retórica que, sobre el Paraguay del siglo XIX, las causas de la guerra y sus resultados, habían predominado en Argentina y en Brasil según la cual Paraguay era asociado en términos generales, con la “barbarie”. Desde esa perspectiva, la acción bélica de la Guerra del Paraguay había sido llevada a cabo “por las sociedades cultas del Plata para derrocar la tiranía y dar expansión a la libertad de los ciudadanos”. Se evidencia, pues, que para los escritores del *Álbum*, tales definiciones ponían en tela de juicio el derrotero “original y heroico del pueblo paraguayo”; un itinerario que, según entendían, era necesario reivindicar.¹⁵⁹

Un factor que se destaca en los primeros tramos de la compilación es la exaltación del clima y de la naturaleza como elementos de la propia originalidad paraguaya. El botánico Moisés Bertoni, a cargo del capítulo dedicado a la descripción geográfica, aseguraba categóricamente que, luego de “seis lustros de observación, dentro de los límites de la posibilidad práctica, el clima del Paraguay realiza las condiciones de un clima ideal [...] es la más rara y la más valiosa de las riquezas naturales que el Paraguay ostenta”.¹⁶⁰ También Manuel

¹⁵⁸ Ídem.

¹⁵⁹ Ídem.

¹⁶⁰ *Ibid.*, 63–69.

Domínguez sostenía argumentos similares en dos textos referidos uno a *El Ganado Vacuno en el Paraguay*, y otro a *El algodón en Paraguay*. El país aparecía en ambos como una arcadia dentro de la América del Sur y llegaba a su paroxismo al centrar el pasado y el presente de Paraguay en un único actor: el buey. Fijémonos si no, en la síntesis ofrecida en el primero de los textos mencionados:

El buey salvó a la conquista, sostuvo a la colonia, fue con el criollo a fundar ciudades, hizo posible la independencia, era uno de los recursos grandes del Dr. Francia y de los López y aún hoy, después de la guerra arrasadora, mediante ese servidor manso y robusto, el Paraguay es todavía, en relación, uno de los países más ricos del mundo.¹⁶¹

Este impulso por exaltar lo propio lo llevará, desde la perspectiva discursiva, a un callejón sin salida: la consideración de la nación paraguaya como algo específico, especial, absolutamente original.

Otro factor que aparece en el *Álbum* para lograr consensuar la nación es la raza. En el capítulo *Descripción política. Etnografía, población, división política de Paraguay*, Arsenio López Decoud sostenía que:

Creo que los habitantes del Paraguay tienen más fiereza, sagacidad e inteligencia que los criollos y yo los creo también más activos [...]; la raza de los de Buenos Aires no aliada a los mestizos no tiene las ventajas de la del Paraguay y hace que los de esta última sobrepasen a los de Buenos Aires en talla, proporciones, actividad y sagacidad.¹⁶²

Se trata aquí de una construcción ideológica según la cual Paraguay constituía en su origen una nación mestiza, entendida como algo superador a la indígena y asimilada, por cruza sucesiva, a una nación de raza blanca *sui generis*:

Existe entre nosotros una perfecta homogeneidad étnica: el pigmento negro no ensombrece nuestra piel. Amamos nuestra tradición y nos es grato conservar nuestro dulce y poético idioma guaraní y él y ella, a pesar de todo, nos mantendrán unidos a través del tiempo y de las vicisitudes. Hemos cruzado y cruzamos por períodos en los que la ambición política puede, por momentos,

¹⁶¹ *Ibíd.*, 17.

¹⁶² *Ibíd.*, 79-87.

sobreponerse a los intereses del Estado. El mal no es grave ni es hondo: es transitorio y es superficial y lo causa nuestra inexperiencia. Por ello han debidopasar todas las Naciones de América. No podía, pueblo que sólo cuenta 40 años, pues nuestro renacimiento data de 1870, sustraerse a esa dura ley.¹⁶³

Y, también:

La población del Paraguay, al igual que la de las repúblicas Argentina, Uruguay y Chile es homogénea, predominando en absoluto la raza blanca. En 30.000 puede calcularse el número de indios que en estado salvaje habitan el centro del Chaco. En la Región Oriental son hoy objeto de curiosidad, así como los negros.¹⁶⁴

El mejoramiento de la población mediante un progresivo blanqueamiento aparece como un elemento relevante, a la vez que no se muestra al mestizaje como una desventaja. Por ello, López Decoud se lamentaba que:

Cuando pretenden ofrecer una imagen gráfica paraguaya dan la de un indio de la selva chaqueña, cubierto de plumas y abalorios, como un exponente del grado de civilización a que hemos alcanzado. No importa que la mejor sangre española que vino a América corra por nuestras venas mezclada con la piel del guaraní altivo, valeroso y magnánimo, nada significan la blancura de nuestra piel y la armonía en su conjunto; nada tampoco el haber tenido al frente de nuestros gobiernos estadistas de verdad, paz, prosperidad, independencia y riquezas [...].¹⁶⁵

El núcleo étnico homogéneo constituía, pues, un elemento aglutinante que enlazaba con la idea según la cual la epifanía nacional se había producido mucho antes de la revolución de la independencia, en la época colonial y, en cierta forma, como resultado de "un fracaso".¹⁶⁶ Según ésta, las expediciones organizadas para dar con el oro de Perú, encabezadas por Domingo Martínez de Irala a comienzos del siglo XIV, se vieron frustradas porque al llegar allí ya lo había hecho Francisco Pizarro. Fracasada, pues, la política minera, un grupo de estos españoles se asentó a orillas del río Paraguay y fundó, en 1537, la ciudad de Asunción que pasó a constituirse en una especie de jardín de aclimatación,

¹⁶³ Ídem.

¹⁶⁴ Ídem.

¹⁶⁵ Ídem.

¹⁶⁶ Sobre este argumento véase: Mora Mérida (1974), 107-265.

desde el cual durante todo el resto del siglo se preparó la ocupación definitiva y estable de Buenos Aires, luego de que en 1556 se abandonara el fuerte por la belicosidad de los charrúas. En 1541, Domingo Martínez de Irala creó el cabildo de Asunción, transformándose el fuerte en ciudad. A finales del siglo XVI Paraguay se había convertido en la *provincia gigante* que abarcaba desde el Atlántico hasta el Chaco, y que incluía las ciudades de Asunción, Santa Fe, Buenos Aires y Corrientes, Villa Rica, Ciudad Real y Santiago de Xerez. Pero las minas, con que tanto soñaron los españoles a fin de enriquecerse rápidamente, no aparecían en el Paraguay por ningún sitio. La solución agrícola que se les abría ante los ojos, la lejanía de una patria que iba quedando en la bruma día a día y la conciencia de una tierra que había que trabajar duramente para poder sobrevivir, contemplaban al comenzar el siglo XVII el nacimiento de unos hijos que se sentían mucho más ligados a esa tierra surcada de caudalosos ríos que a la tan alabada España de sus abuelos. En 1618, se consumó la división de la Provincia, y los vínculos entre las ciudades de Asunción y de Buenos Aires se modificaron definitivamente. La región de Paraguay quedó geográficamente arrinconada y difícil para el contralor de la lejana Corona, el virrey del Perú y la Audiencia de Charcas, instituciones estas últimas a las cuales estuvo subordinada hasta la creación del virreinato del Río de la Plata. En adelante, Paraguay nunca pudo presentarse como una región rica o atrayente y ya no sólo por la ausencia de riquezas mineras sino por su marginación de la principal ruta comercial – entre Buenos Aires y Lima – y el estrangulamiento de su salida al Atlántico, hechos que configuraron una situación de aislamiento y estancamiento frente a la que no pudo reaccionar. Sin embargo o por todo eso precisamente, el rápido mestizaje –favorecido porque no hubo ningún contingente migratorio hacia Paraguay desde la segunda mitad del siglo XVI – dio lugar a una rápida suplantación del grupo conquistador blanco por el grupo mestizo y criollo, lo que otorgó a la provincia una fisonomía particular.

Al aislamiento geográfico y al núcleo étnico homogéneo se añadió un tercer condicionante que reforzaría la realidad aislacionista: la fulminante y persistente victoria del guaraní. Respecto a esta condición lingüística, los autores del *Álbum* sostenían que:

Mucho se ha discutido sobre la necesidad de que el [guaraní], idioma aglutinante, desaparezca por el entorpecimiento que ocasiona en la mayoría de los naturales la fácil y fluida expresión del español. Nosotros no creemos en esa necesidad: con el tiempo, un estado de mayor cultura en la masa popular hará que sin desterrar en absoluto nuestro guaraní, que es tradición y herencia y vehículo para llegar hasta el alma y los orígenes del pueblo puedan usarse los dos sin detrimento. Para esto bastará que se lo prohíba con mayor rigor en las escuelas.¹⁶⁷

El escritor Juan E. O'Leary redactó, para el *Álbum*, un trabajo titulado *La guerra de la Triple Alianza*, en el que interesa detenerse porque permite mostrar, desde el plano del discurso histórico, lo que significó, para la creación de la identidad nacional paraguaya, ese cataclismo bélico.

Se trató de un trabajo que excedía en extensión a todos los demás – 90 folios en contraste con el máximo de diez de los demás – cuyos núcleos elementales tuvieron un impacto fundamental en amplios sectores de la sociedad paraguaya. La visión del pasado paraguayo ofrecida por O'Leary se concentraba, en primer lugar, en una *edad de oro* que hacía coincidir con el gobierno de Carlos Antonio López (1844–1862). Para defender nuestros derechos, sostenía O'Leary:

[...] en el terreno puramente histórico, fue fundado *El Paraguay Independiente* y para sostenerlos con las armas, si llegara el caso, se militarizó completamente el país. Y a la sombra de nuestro poder militar aumentó nuestro poder, convirtiéndose el Paraguay en una potencia americana de primer orden. Cuando falleció nuestro glorioso patriarca formábamos ya *una gran Nación, rica y poderosa*, cuya influencia pesaba en los destinos de la América del Sur, habiéndose incorporado activamente, en 1859, al movimiento internacional del Río de la Plata, interviniendo en el viejo pleito argentino.¹⁶⁸

¹⁶⁷ *Álbum gráfico de la República del Paraguay* (1911), 83.

¹⁶⁸ *Ibid.*, 115–210.

La guerra, en cuanto causa de destrucción de ese ideal comunitario y fraternal realizado en su plenitud, era uno de los núcleos principales del discurso histórico de O'Leary quien no hablaba de alcanzar, conseguir o imponer objetivos para la sociedad de su época, sino de recuperar algo que en el pasado ya se tuvo, una situación ideal – independencia, unidad, autonomía – que un día fue suya y otros le arrebataron ilegítimamente. Por ello, de este mito de la *edad de oro* devendrá el llamado mito del *eterno retorno*, que tanta acogida tendrá en los años siguientes al Centenario y que se concentrará en el regreso a esa época pletórica de abundancia y de plenitud.¹⁶⁹

En el texto de O'Leary aparece, asimismo, una asimilación de las figuras de Francia y de los López a las de un *karai*¹⁷⁰, es decir, una especie de chamán o jefe cuyas órdenes procedían de su sabiduría y eran indiscutibles. Este *karaísmo* contenía una idea autoritaria de la nación o, en todo caso, una creencia – compartida por algunos sectores de la sociedad paraguaya – de que la democracia era sinónimo de incertidumbre y que las relaciones sociales propias de la época dictatorial podrían continuar vigentes.

En cuanto a la visión de las acciones bélicas propiamente dichas, se distinguían tres caracteres: era un relato militar, puesto que lo dividía en cinco campañas sembradas de heroísmo y era una narración nacional, cuyo resultado consistía en una “gesta de epopeya y patriotismo de la nación paraguaya”. Pero, sobre todo, la de O'Leary era, en su conjunto, una historia *a la defensiva* porque confluía, a la hora de explicar las causas de los problemas sociales del país, en señalar a la injerencia ajena, así como identificaba los períodos más pujantes de la historia con los momentos de plena independencia o mayor autonomía.

¹⁶⁹ O'Leary había adelantado estos argumentos, en años previos al Centenario, a través de la prensa. Entre ellos, destacan dos series de artículos que publicara en el diario *La Patria*, una titulada *Recuerdos de Gloria* y la otra, desenvuelta en el contexto de la agria disputa historiográfica que mantuviera entre 1902 y 1903 con Cecilio Báez, denominada *Cretinismo Paraguayo*. Ambas series han sido, recientemente, compiladas y editadas con estudios preliminares, en Asunción, por Ricardo Scavone Yegros y Liliana M. Brezzo.

¹⁷⁰ En lengua guaraní significa “jefe”. Era usual, en su época, referirse a José Gaspar de Francia como el *karaiguazú*, es decir “gran jefe”.

Construida en el aislamiento geográfico, con un núcleo étnico homogéneo, bilingüe y conducida por un *karai guazú*. Así era la imagen de la nación paraguaya que los autores del *Álbum gráfico* consensuaron en 1911.

III

Pero, mientras el conjunto de escritores del *Álbum* argüían la necesidad de concentrar la mirada colectiva en un “pasado heroico” y en una “edad de oro” con el propósito de recuperar ese estado ideal por el otro, estaban quienes, aunque también pertenecientes al *novecentismo*, planteaban que había llegado el momento, al cumplirse los cien años de la emancipación política, en que la sociedad paraguaya debía abandonar los “ideales y recuerdos de grandeza militares” y dirigirse hacia otros rumbos que le asegurasen salir del estado de postración social y pobreza asegurándose una “vida feliz”.¹⁷¹ Entre esos últimos, se contaba el abogado Gualberto Cardús Huerta, exponente también de la *Generación del 900* quien publicó, en 1911, un ensayo titulado *Arado, Pluma y Espada*.¹⁷² Afiliado al partido Liberal había fundado, a comienzos del siglo veinte, *El Diario* junto a Adolfo Riquelme y Eduardo Schaerer y en 1906 fue designado profesor en la cátedra de Derecho Romano en la Universidad Nacional.

Cardús Huerta desenvolvía en su escrito una visión crítica del régimen político constituido bajo la férula de Francia y los López, entre otras cosas por las trabas impuestas a la libertad de trabajar y el derecho de aprender. Y calificaba a la declaración de guerra a la Triple Alianza de “insensata”, provocada por el sistema de encerramiento impuesto por los gobiernos de la primera mitad del siglo veinte:

En el lapso de cincuenta y cinco años, corrido desde la emancipación y gobierno propio, no se había hecho absolutamente nada para organizar la nacionalidad en su cauce jurídico pues los diversos actos políticos realizados

¹⁷¹ Meliá (2011), 90–122.

¹⁷² Además de la primera edición, en 1911, el ensayo de Gualberto Cardús Huertatuvo, en Asunción, edición en 1998.

o el estatuto gubernamental de 1844 no expresaban más que la confirmación del poder para regirse armónicamente, porque habiéndoselos elaborado con miras a las seguridades de los gobernantes y no en beneficio de la población, dejaron los derechos relativos a la vida, a la propiedad y a la familia completamente a merced de la autoridad y por consiguiente sin base alguna, ni garantía los principios orgánicos de la convivencia social.¹⁷³

En cuanto al aislamiento como factor explicativo de la nacionalidad, consensuado por los autores del *Álbum*, sostenía que tal condición “había creado una leyenda fantástica, que excitaba la curiosidad pero no le atraía amigos, ni le granjeaba partidarios. Los obstáculos al comercio perjudicaban no a las plazas extranjeras, sino al mismo Paraguay”.¹⁷⁴ Por lo demás, el régimen de la tiranía había estorbado las vinculaciones naturales del Paraguay con los demás pueblos, tanto que en ningún orden tenía arraigado sus intereses.

Por todo esto, en 1911, había llegado el tiempo, para Cardús Huerta, de reconocer los errores del pasado y tener en cuenta, para el futuro inmediato, que el destino del Paraguay “no estriba en las epopeyas sangrientas, en las inmolaciones bárbaras, sino en el bienestar de sus miembros, no en la muerte heroica sino en la vida feliz”; si el país hubiera cultivado vinculaciones morales y materiales con sus vecinos o con los demás países otra hubiese sido su suerte, “tal vez menos homérica pero con seguridad más humana y civilizadora”.¹⁷⁵ Un elemento moral, principal para la organización de una nueva nacionalidad, consistía, para este letrado, en sustituir en el corazón del pueblo paraguayo el patriotismo inconsciente y misoneísta o adverso a las novedades que el aislamiento y la obra de los tiranos había allí instalado.

Según pruebas disponibles, los argumentos ofrecidos por Cardús Huerta para reconstruir el país y arribar a una “vida feliz” tuvieron escaso impacto en la sociedad paraguaya, a diferencia de la visión construida en torno a un “pasado heroico”, del cual enorgullecerse, que caló en amplios sectores sociales. Similar

¹⁷³ Cardús (1988), 38.

¹⁷⁴ Ídem.

¹⁷⁵ Ídem.

suerte a la de Cardús tuvieron otros autores que en los años que rodearon al Centenario produjeron obras en las que formulaban una crítica social o proponían un nacionalismo más abierto y que quedaron en los márgenes. Tales los casos, entre otros, de Rafael Barrett, Hérrib Campos Cervera y Juan Francisco Pérez Acosta.

IV

El *Álbum gráfico* incluyó un escueto relato sobre el proceso de la independencia de Paraguay en el capítulo titulado *Reseña histórica del Paraguay*, entresacado del texto original que, en 1897, Blas Garay había publicado en Madrid y sobre el cual ya se ha referido. Y, con excepción de la obra de Fulgencio Moreno divulgada en 1911, ni la reconstrucción del proceso de la independencia ni las biografías de sus hombres representativos estuvo entre las preocupaciones principales de la élite letrada asuncena en el Centenario.

En los años que siguieron se iría fortaleciendo, en Paraguay, el consenso historiográfico según el cual, la nación paraguaya era el resultado de la formación histórica de un “pueblo nuevo” durante el período colonial, el “pueblo paraguayo” como resultado del mestizaje, que había adquirido en las dos últimas décadas del siglo XVIII, los perfiles nítidos y las características propias de una nación. Con ello, se reforzaría la interpretación según la cual, la temprana fundación de la república en 1811 y del Estado nacional independiente paraguayo en 1813, fue el corolario del proceso colonial y disparador de la integración nacional. Y aún en el contexto del Bicentenario de la independencia, cuyas celebraciones centrales se desarrollaron en el año 2011, los provisionales balances historiográficos demuestran que los esfuerzos por romper dicho consenso han obtenido, aun, resultados limitados.

Bibliografía

Literatura

- Brezzo, Liliana M. (2005): *Aislamiento, nación e historia. La Argentina y el Paraguay. Siglos XVIII-XX*, Rosario: Facultad de Derecho y Ciencias Sociales del Rosario.
- Brezzo, Liliana M. (2008): En el mundo de Ariadna y Penélope: Hilos, tejidos y urdimbre del nacimiento de la historia en el Paraguay, en: Brezzo, Liliana (ed.), *Polémica sobre la Historia del Paraguay*, Asunción: Tiempo de Historia, 11-65.
- Brezzo, Liliana M. (2010): *El Paraguay a comienzos del siglo XX, 1900-1932*, Asunción: El Lector.
- Brezzo, Liliana M. (2011): La historia y los historiadores, en: Telesca, Ignacio (comp.): *Historia del Paraguay*, Asunción: Taurus, 13-33.
- Casal, Juan Manuel y Whigham, Thomas (2009): *Paraguay: el nacionalismo y la guerra* Montevideo: Universidad de Montevideo y Servilibro.
- Centurión, Carlos R. (1961): *Historia de la cultura paraguaya*, Asunción: Biblioteca Ortiz Guerrero.
- Meliá, Bartomeu (comp.) (2011): *Otras historias de la Independencia*, Asunción: Taurus.
- Mora Mérida, José L: *Historia social de Paraguay, 1600-1650*, Sevilla: CSIC.
- Scavone Yegros, Ricardo y Brezzo, Liliana M. (2010): *Historia de las relaciones internacionales del Paraguay*, Asunción: El Lector.
- Warren, Harris Gaylord (2010): *La reconstrucción del Paraguay, 1878-1904*, Asunción: Intercontinental.

Fuentes

- Álbum gráfico de la República del Paraguay. Cien años de vida independiente* (1912), Buenos Aires: Compañía Argentina de Fósforos.
- Benites, Gregorio (1996) [1906]: *La Revolución de Mayo de 1814-1815*, Asunción: El Lector.
- Cardús Huerta, Gualberto (1998) [1911]: *Arado, pluma y espada*, Asunción: Ediciones y Arte.
- Garay, Blas (1996) [1897]: *La revolución de la Independencia*, Asunción: El Lector.
- Garay, Blas (2010) [1897]: *La revolución de la Independencia del Paraguay. La Junta Superior Gubernativa. El Primer Consulado*, Asunción: Biblioteca Bicentenario.
- González, Natalicio (1988) [1921]: *Letras paraguayas*, Asunción: Edición de homenaje.
- Moreno, Fulgencio (2011) [1911]: *Estudio sobre la Independencia del Paraguay*, Asunción: Intercontinental.
- O'Leary, Juan E. (2008): *Recuerdos de gloria*, Asunción: Servilibro.

Hispanismo y lengua en la conmemoración del primer Centenario de la independencia de Colombia

Andrés Jiménez Ángel

Al igual que en las otras seis repúblicas latinoamericanas que celebraron sus primeros cien años de vida independiente en 1910, la conmemoración del primer Centenario en Colombia, fue estructurada en función de los discursos identitarios de las élites dominantes. Ellos determinaron la forma como debían configurarse el recuerdo y la exaltación de los grandes héroes que habían conducido a la antigua colonia a la emancipación del dominio español a partir de una interpretación histórica particular de este proceso dando así un significado preciso a las festividades centenaristas en una coyuntura política, económica y social concreta.

A partir del análisis de las dos principales publicaciones oficiales asociadas con la conmemoración del primer Centenario de la independencia colombiana, la *Revista del Centenario* (1910) y *Primer centenario de la independencia de Colombia* (1911), así como del tomo II del *Anuario de la Academia Colombiana* (1910-1911), este texto pretende mostrar cómo las élites conservadoras encargadas de la organización de los actos conmemorativos lograron articular las diferentes celebraciones en torno a la exaltación de la herencia española, en general, y de la lengua castellana, en particular, como elementos configurativos de la cultura de una nación que acababa de atravesar uno de los períodos más difíciles de su reciente historia. Este espíritu hispanista se tradujo en la reiterada celebración tanto de los méritos civilizatorios de la dominación española como de la continuidad histórica que unía a España con Colombia y sus antiguas colonias en el continente americano a pesar de la ruptura política. De esta forma se logró combinar armónicamente el enaltecimiento de los héroes y los triunfos de la gesta emancipadora con la reivindicación de lo hispánico como

fundamento de lo nacional. Al lado de la religión y la raza, la lengua castellana fue, a lo largo de las celebraciones y con especial énfasis durante la sesión extraordinaria de la re-fundada Academia Colombiana, objeto de permanente aclamación.

La *Revista del Centenario* permite reconstruir, a través de las actas de las reuniones de la Comisión Nacional del Centenario y de los informes de las diversas instituciones involucradas en la conmemoración de los primeros cien años de vida independiente, la planeación de las diferentes actividades relacionadas con el primer gran rito nacional del siglo XX. Estas últimas, fueron detalladamente descritas en *Primer centenario de la independencia de Colombia* editado por Emiliano Isaza y Lorenzo Marroquín, miembros ambos de la comisión organizadora. En este tomo, se consignaron los discursos pronunciados en el marco de los eventos oficiales celebrados en Bogotá, auspiciados por el gobierno nacional, y se incluyeron fotografías de los monumentos, las locaciones, las festividades y sus protagonistas. Se trataba de un texto llamado a conservar el registro de los eventos que encarnaban la imagen oficial de la cultural nacional promovida desde las instancias estatales nacionales. Por último, el segundo tomo de la publicación oficial de la Academia recoge los actos de su refundación así como los discursos pronunciados por Rafael María Carrasquilla, Diego Rafael de Guzmán, Antonio Gómez Restrepo y Marco Fidel Suárez, cuatro de sus miembros más prominentes, en el marco de la sesión extraordinaria celebrada como parte del programa oficial de las celebraciones centenaristas.

Con la inclusión de esta corporación en las festividades oficiales y la exaltación de la celosa conservación de la lengua, se reafirmaron los ejes culturales del proyecto nacional conservador que había venido construyéndose desde las últimas décadas del siglo XIX, así como el papel protagónico que había jugado Colombia en la preservación y ensanchamiento del patrimonio

cultural hispánico. La presentación de esta república suramericana como depositaria privilegiada de uno de los objetos más preciados de ese patrimonio común cumplía así una doble función: por una parte, servía de argumento para reclamar una posición privilegiada en el seno del gran pueblo español. Por otra, la pureza y uniformidad de la lengua castellana eran presentadas como una manifestación de la cohesión y homogeneidad de una nación que, a pesar de las guerras civiles que la habían azotado durante el siglo XIX y de la contracción de sus fronteras a principios del XX, había logrado mantenerse unida.

Hispanidad y lengua en el hispanoamericanismo conservador de la segunda mitad del siglo XIX

A lo largo del siglo XIX las discusiones en torno al lugar que debía ocupar el legado colonial en la identidad histórica de las nuevas repúblicas permearon los debates políticos, económicos, religiosos y culturales entre las élites liberales y conservadoras. Si bien hubo matices dentro de cada una de estas facciones, la inclinación hacia el rechazo expreso y tácito de la herencia española fue uno de los elementos distintivos del discurso liberal, en oposición a los esfuerzos reivindicacionistas encabezados por los conservadores durante este período. En Colombia, el ascenso de los liberales al poder en 1849 marcó la agudización de las disputas en torno al legado hispánico. Las reformas introducidas a partir de ese momento y radicalizadas durante las décadas de los 1860 y los 1870 tenían como propósito el establecimiento de un sistema económico, político y cultural inspirado predominantemente en los modelos británico y francés, que permitiera una inserción más efectiva en el mercado internacional y en el “concierto de las naciones civilizadas”. Detrás de estas reformas, estaba la convicción en la necesidad de romper de una vez por todas con las estructuras coloniales como requisito para encaminar a la joven república colombiana en la senda del progreso.¹⁷⁶ Este ambicioso proyecto apuntaba a una transformación estructural

¹⁷⁶ Palacios y Safford (2002), 385.

a través de la federalización territorial y política del Estado, su separación de la Iglesia, la promoción de las libertades religiosa, de prensa y de enseñanza, y la implantación de un sistema de educación pública, gratuita, laica y obligatoria. De esta forma, las reformas atacaban directamente las bases de una estructura política, social y cultural regida aún por las lógicas del sistema colonial con el que se había roto formalmente hacía medio siglo.

La reacción conservadora no se haría esperar y sería tan integral como las reformas de los gobiernos liberales. En estrecha colaboración con la Iglesia católica los conservadores sumarían a la oposición política en los espacios institucionales una exitosa contraofensiva en los medios impresos. A través de periódicos como *El Catolicismo*, *La Caridad* o *El Conservador*, los intelectuales conservadores lograron aunar esfuerzos para articular una crítica sistemática a las reformas liberales en materia política, educativa, religiosa y, por supuesto, cultural. A la cabeza de este último frente de acción estuvo un grupo de polígrafos conservadores encabezado por José María Vergara y Vergara, quien a través de la tertulia *El Mosaico* y su revista homónima abriría espacios fundamentales para la formulación de un contraproyecto cultural que, oponiéndose al anti-hispanismo liberal, reivindicaba la importancia del legado español como parte integral de la identidad cultural colombiana.

En su *Historia de la literatura en Nueva Granada*, Vergara y Vergara unía la literatura de la colonia con la literatura republicana en una línea de continuidad que no se había roto con la independencia: "Para que hubiera habido entre nosotros esa admirable generación de 1810 era preciso reconocer la existencia de una labor anterior y muy anterior á ella; de un desarrollo del espíritu, lento si se quiere, pero que existió".¹⁷⁷ Estos esfuerzos por resaltar la permanencia de lo hispánico como fundamento de la cultura nacional se verían reforzados por una preocupación cada vez más marcada por la conservación de la unidad y la

¹⁷⁷ Vergara y Vergara (1867), 14.

pureza de la lengua castellana, con el fin de reforzar los lazos culturales entre las antiguas colonias y la madre patria. Este renovado hispanoamericanismo conservador se enmarcaba en un proyecto cultural impulsado simultáneamente en España y América. Ante la cada vez más evidente pérdida de influencia de la antigua metrópoli en territorio americano, la Academia Española de la mano de sus académicos correspondientes en América, creó un andamiaje institucional que buscaba renovar la presencia de España en América a través de la fundación de academias correspondientes. La base de este intento de promover un imperialismo cultural en un escenario post-colonial era la lengua castellana, esa “Patria común”, inseparable del “universal patrimonio” de la literatura, que tanto España como las nuevas naciones debían conservar y acrecentar.¹⁷⁸ La emancipación política de las antiguas colonias y la debilidad económica española obligaron a la antigua metrópoli a construir un sistema que le permitiera reivindicar y hacer efectiva su supremacía en el ámbito cultural, un frente particularmente sensible en el proceso de construcción de los nuevos Estados-nación en el continente americano.

La primera academia correspondiente sería, gracias nuevamente a la gestiones de Vergara, la colombiana, fundada en 1871. Desde ese momento, los miembros de esta corporación se convirtieron en los principales representantes del cuidado de la lengua castellana en el continente americano. Además de Vergara, entre los académicos fundadores se encontraban Miguel Antonio Caro, Rufino José Cuervo, José Manuel Marroquín, José Caicedo Rojas, Manuel María Mallarino, Santiago Pérez y Venancio González Manrique. De allí en adelante, el cultivo de la literatura y el estudio de la lengua constituirían los principales frentes de trabajo de esta comunidad intelectual como mecanismos para la reafirmación de las bases hispánicas de la identidad nacional.

La exaltación de las glorias literarias españolas, la defensa de una continuidad histórica entre la colonia y la república así como la preocupación por la

¹⁷⁸ La Puente y Apezechea (1873), 274.

conservación de la unidad de la lengua a partir de la norma académica peninsular no implicaban, sin embargo, la adopción de la cultura española como referente absoluto ni tampoco una asimilación de lo colombiano a lo español. Como en cada una de las constelaciones históricas en las que se enmarca el recurso al hispanismo, la orientación hispanófila de estos intelectuales, lo mismo que la de sus sucesores en el siglo XX, debe comprenderse en el contexto de la reacción conservadora que lideraron ellos mismos durante los gobiernos liberales de los 1860 y los 1870 y que más tarde se convertiría en proyecto cultural oficial de los gobiernos conservadores desde 1886 hasta 1930.

La defensa del legado hispánico como fundamento de la identidad cultural colombiana constituyó una parte integral de una respuesta más general a lo que los conservadores interpretaron como una amenaza para el orden social y político que ellos defendían. La cuestión era cómo plantear una propuesta identitaria alternativa al nacionalismo liberal de inspiración británica e inglesa, cómo formular “un nacionalismo subalterno”, para utilizar la expresión de Fernando Devoto al referirse a los nacionalismos conservadores del siglo XIX,¹⁷⁹ a partir de un referente que sirviera al mismo tiempo para legitimar la conservación de un orden social fundamentado en la tradición, la autoridad, la jerarquización social y la religión católica. De lo que se trató en el fondo, fue de construir lo colombiano a partir de lo hispánico. El potencial cultural nacional estaba asociado a la exaltación y ulterior desarrollo de ese legado.

La Academia Colombiana serviría de espacio estratégico para la promoción de este discurso identitario. Varios de los discursos pronunciados en sus sesiones anuales – celebradas siempre el 6 de agosto para conmemorar la fundación de Bogotá por parte de Gonzalo Jiménez de Quesada – muestran el esfuerzo de sus miembros por articular lo nacional con lo hispánico a partir de la lengua y la literatura. Una de las intervenciones más ilustrativas fue la de Diego Rafael de

¹⁷⁹ Devoto (2006), 19.

Guzmán en la sesión anual de 1879 titulada *Importancia del espíritu español en las letras colombianas*. En ella, Guzmán se esmeraba por mostrar que una literatura nacional solamente era posible sobre la base del reconocimiento del legado hispánico como punto de partida para la construcción de una tradición propia. No se trataba de propugnar por una continuidad con la colonia, cuyas producciones literarias habían sido, en opinión de este académico, más bien deficientes, sino de explotar las virtudes de ese “espíritu español” para, a partir de las particularidades colombianas, impulsar la formación de un “espíritu español americano”. En palabras de Guzmán, se trataba de “[...] vivir á la sombra de los sentimientos e ideas españolas, recibir su mismo ser, impregnarse de ellos y seguir su mismo rumbo, con sólo aquellas variaciones [...] determinadas por el modo de vivir de la sociedad que se fundaba [...]”.¹⁸⁰

La referencia al “espíritu español” implicaba una doble exclusión: primero, la de una incipiente cultura indígena carente de una lengua suficientemente desarrollada y por lo tanto incapaz de influir en la formación de una cultura nacional.¹⁸¹ Segundo, la del “afrancesamiento” asociado con las desviaciones lingüísticas, literarias y morales que habían impedido la formación de una tradición literaria en las primeras décadas de vida republicana.¹⁸² La exaltación del legado hispánico permitía así la fijación de barreras contra las influencias externas e internas que amenazaban con contaminar la cultura nacional. Para Guzmán, como representante de la línea dominante entre los intelectuales gramáticos, solamente la lengua castellana y las grandes producciones literarias españolas debían servir de modelos para la formación de la literatura nacional llamada a restaurar el orden perturbado por el influjo de culturas ajenas al “espíritu español”.

Obsérvase comúnmente que la degradacion moral y religiosa trae consigo la enervacion de las letras y el descaecimiento del lenguaje, porque siendo el perfeccionamiento de éste y de aquéllas el ejercicio de la belleza en su

¹⁸⁰ Guzmán (1879), 204.

¹⁸¹ Ídem.

¹⁸² *Ibid.*, 215–216.

manifestacion más noble, no hay móviles para ese ejercicio allí donde la virtud no se extienda; pero cuando esto sucede no faltan á las veces clases en la sociedad que logran preservarse del comun contagio, y vienen á la sazón á ser como el santuario en que ellas se guardan y conservan; y según el estado social y político son ahora principios de una restauracion literaria, ahora preciosas reliquias que quedan unicamente como recuerdo de pasadas grandezas.¹⁸³

La celebración del Centenario: actores, espacios y temas

La idea de una cultura nacional cimentada en la hispanidad heredada de la colonia definiría de ahí en adelante el discurso hegemónico de las élites conserva-doras que se mantendrían en el poder hasta la tercera década del siglo XX. La celebración del primer Centenario ofrecería una coyuntura ideal para la reafirmación oficial del hispanoamericanismo conservador como eje de la unidad nacional, por un lado, y, por el otro, como escudo frente a amenazas externas representadas ya no por Francia sino por la ascendente potencia estadounidense que acababa de apoderarse del territorio panameño.

La organización y celebración de los eventos conmemorativos del primer Centenario de la independencia colombiana se desarrollaron en un complejo contexto de transición. La ley 37 de 1907, con la cual se dio oficialmente inicio a los preparativos, se expidió cinco años después de la suscripción del tratado de paz que daría por terminada la Guerra de los Mil Días, y tres años después de la separación de Panamá. Para completar, tan solo un año antes de las conmemoraciones oficiales, el presidente Rafael Reyes se había visto obligado a renunciar a su cargo como consecuencia de las críticas a su gobierno.

En estas circunstancias, las élites políticas y culturales conservadoras procuraron dar contornos ideológicos claros a las celebraciones del Centenario con el fin de transmitir una imagen uniforme de un país en realidad fragmentado geográfica, política y socialmente. Para ellos, se trataba de reconstruir la unidad

¹⁸³ Ibid., 218.

nacional después de más de una década de profundas crisis y de mostrar, retomando las palabras de Lorenzo Marroquín y Emiliano Isaza, “el estado de la civilización de Colombia en la primera centuria de su Independencia”.¹⁸⁴ El proyecto de conmemoración del Centenario fue una empresa integral que buscaba exaltar la historia patria, el estado de las artes plásticas, y el progreso material y cultural alcanzado en cien años de vida independiente.

La multiplicidad de los objetos, espacios y eventos a través de los cuales se daría vida a estas conmemoraciones reflejaban el ambicioso propósito de los organizadores en su esfuerzo por ofrecer una imagen integral de su particular concepción de nación. Para celebrar la memoria de los héroes de la independencia se inauguraron diferentes esculturas en distintos lugares del país. En la capital, el programa oficial incluyó la inauguración de bustos de Antonio Ricaurte, José Acevedo y Gómez, Camilo Torres y Antonio Nariño, entre otros. Para la sesión solemne del 20 de julio se reservó la inauguración de la estatua más importante, la de Simón Bolívar, ubicada en la Plaza central de la ciudad que sigue llevando su mismo nombre.¹⁸⁵ A esto se sumó la adquisición y donación de pinturas, medallas y monedas conmemorativas de la gesta independentista.

La creación de nuevos espacios para la realización de los eventos así como la reorganización y renovación de locaciones existentes jugó un papel fundamental en la puesta en escena del Centenario. El más importante entre los nuevos espacios fue el Parque de la Independencia. En él se llevó a cabo la exposición industrial y agrícola, para la cual construyeron, en este mismo parque, diferentes pabellones para la exhibición de máquinas, textiles y otros objetos. A estos se sumaron el pabellón de Bellas Artes, un pabellón egipcio y la construcción de varios quioscos con distintas funciones.¹⁸⁶

¹⁸⁴ Isaza y Marroquín (1911a), 2.

¹⁸⁵ Isaza y Marroquín (1911b), 14 s.

¹⁸⁶ Escovar Wilson-White (2010), 537 ss.

El tipo de actores institucionales e individuales involucrados en las celebraciones correspondía también con la clara intención de hacer visible aquello que la clase dirigente definía como lo oficialmente nacional. La Iglesia jugó, por supuesto, un papel protagónico organizando celebraciones eucarísticas, *Te Deum* y diferentes procesiones, todas ellas ceremonias en las que lo político y lo religioso se combinaban como muestra de la catolicidad de la nación. El domingo 24 de julio, día en el que se conmemoraba el natalicio de Simón Bolívar, la jornada se inició con una “misas de campaña en la Plaza de Bolívar, en un altar erigido sobre cañones y adornado con las banderas históricas que existen en el Museo Nacional”.¹⁸⁷

El papel de las academias fue fundamental en tanto estructuras semioficiales de promoción de la cultura hegemónica. Se trataba de corporaciones de naturaleza ambigua que oscilaba entre lo público y lo privado reflejando su precaria institucionalización. La intermitencia de las sesiones, la permanente suspensión de las correspondientes publicaciones y la irregularidad en la asistencia de sus miembros se ocultaba tras la solemnidad con la que los académicos ostentaban su título y el barniz de dignidad que les otorgaba la prominencia pública de sus respectivos miembros. A pesar de todo, en el discurso oficial, las academias eran las portadoras de la cultura dominante, una función garantizada por su misma composición, pues sus miembros combinaban el desempeño de cargos públicos con el cultivo de la historia, la literatura, la gramática, la jurisprudencia o la geografía. Adicionalmente, era usual que un mismo individuo perteneciera simultáneamente a dos academias, fortaleciendo así la endogamia política y cultural. En el marco de las celebraciones centenaristas, las academias de historia, de medicina, de jurisprudencia y la refundada Academia Colombiana serían las encargadas de la organización de

¹⁸⁷ Isaza y Marroquín (1911b), 15.

diversas actividades prestando también su asesoría a la Comisión Nacional del Centenario.

Los diferentes eventos destinados a conmemorar las glorias de la independencia y promocionar los ejes de la unidad nacional cubrían un amplio espectro de temas y motivos. Los adelantos materiales que pondrían finalmente al país en la senda del progreso fueron exhibidos en el marco de la Exposición Industrial y Agrícola.¹⁸⁸ Al arte nacional estuvo dedicada la Exposición de Bellas Artes, organizada por el bogotano Andrés de Santa María. En escuelas, colegios y universidades tuvieron lugar diferentes concursos y “veladas patrióticas”. Otro conjunto de eventos estuvo constituido por los homenajes ofrecidos a los próceres venezolanos y ecuatorianos, así como a la Legión británica. De mayor relevancia para nuestro trabajo fueron, sin embargo, los homenajes recíprocos entre España y Colombia. De ellos y de la prominencia de la exaltación de la hispanidad en las festividades centenaristas nos ocuparemos en el siguiente apartado.

El legado hispánico en las celebraciones centenaristas

Con la consolidación de los conservadores en el poder desde 1886 el cuadro histórico que presentaba la emancipación como el producto necesario del proceso de civilización impulsado por la presencia española en América se convertiría en el discurso oficial promovido de ahí en adelante en la celebración de las fiestas patrias. La conmemoración del primer Centenario de la independencia, abría una oportunidad excepcional para reforzar la institucionalización de la interpretación conservadora del proceso histórico de la emancipación, y promover y difundir lo hispánico como elemento constitutivo de la historia y la identidad colombiana. Los eventos oficiales más solemnes en este sentido fueron los mencionados homenajes recíprocos entre España y Colombia.

¹⁸⁸ Véase Cano Vargas (2010).

El acto con el cual se dio inició a las celebraciones fue el “Homenaje de la colonia española al Adelantado Gonzalo Jiménez de Quesada, en su tumba”, previsto para el viernes 15 de julio a las 10 am.¹⁸⁹ La intención detrás de la preparación de este homenaje, de acuerdo con la crónica del evento, era “celebrar al par que la Independencia, la nacionalidad colombiana con sus antecedentes y sus orígenes”.¹⁹⁰ La figura de Jiménez de Quesada se integraba armónicamente en un discurso histórico que pretendía enaltecer la misión civilizatoria española encarnada en los héroes que habían entregado todo por el progreso de las colonias americanas y la propagación del evangelio. En consonancia con la nostálgica evocación de las glorias coloniales característica de la restauración española, la celebración de las hazañas de los primeros españoles que llegaron a América ocultaba no solamente las arbitrariedades de los últimos representantes de la corona sino también la decadencia de la península en el tránsito del siglo XIX al siglo XX. “Siento en mi corazón”, decía el sacerdote español Mateo Colón, encargado de pronunciar el discurso oficial en nombre de la colonia española,

aleteos de júbilo indecible al disponerme á hablaros en nombre de aquella España, la de épicas y nunca superadas proezas, que tuvo un tiempo por corona el disco del sol, y por rayos de su diadema todos los paralelos y meridianos del globo terráqueo; la de sabios y conquistadores cuya gloria no cabía en los ámbitos del mundo; en nombre de aquella España que paseó el pendón de Castilla entrelazado con el lábaro de la Cruz por todos los mares, archipiélagos y continentes; y á la par del orgullo de hablar en su nombre, experimento el regocijo de quien sólo puede revelaros tesoros y piélagos de ternuras, porque España no sabe hablar á sus hijas, las Repúblicas que en su regazo corrieron la niñez, sino [...] con transportes de amor.¹⁹¹

La reciprocidad de la hija colombiana y el agradecimiento por lo que hacía de ella una gran nación, quedaban expresados en las palabras de respuesta del representante del Concejo municipal de Bogotá, Inocencio Madero:

¹⁸⁹ Isaza y Marroquín (1911b), 14.

¹⁹⁰ *Ibid.*, 29.

¹⁹¹ *Ibid.*, 30 s.

En nombre, pues, del Municipio presento á la colonia española los más cordiales agradecimientos por la participación que ha tomado en nuestra fiesta patria, y por la ocasión que da para que se vea que el grupo de españoles residentes en esta ciudad ve como suyos los festejos de los que ayer no más hacíamos parte de su nación; de los que, al separarse, encontraron fundada la sociedad civil sobre bases de verdadero progreso; de los que han conservado las creencias religiosas y han sabido disfrutar de lo que podemos llamar herencia legítima.¹⁹²

Con esto quedaba explicito el espíritu general de las conmemoraciones: exaltar las gestas emancipatorias en consonancia con una reivindicación de lo hispánico como fundamento de la nacionalidad; combinar lo americano – en este caso lo colombiano – como una extensión autónoma pero tributaria de los favores de la madre patria.

El homenaje de Colombia a España resaltaría estos y otros elementos constitutivos de la reivindicación de la hispanidad. El evento estuvo encabezado por el mismo presidente de la República colombiana, acompañado del delegado apostólico y representantes de los gobiernos de Ecuador e Italia. Las líneas generales de dicho homenaje, aprobado por iniciativa de Lorenzo Marroquín en la sesión del 2 de junio de 1910, quedaron establecidas en el acta correspondiente publicada en la *Revista del Centenario*:

La Comisión Nacional del Centenario, en su sesión de ayer tarde, resolvió incluir en el programa de los festejos un homenaje dedicado á España, representado por el fundador de Bogotá y por aquellos gobernantes españoles que en tiempo de la Colonia se hicieron acreedores á la gratitud del país, por sus esfuerzos en pro de su adelante y civilización.¹⁹³

Bajo estos supuestos, el discurso pronunciado por Antonio Gómez Restrepo, en este evento, recogía nuevamente la idea de una patria espiritual compuesta por todos los pueblos españoles que conservaban lo mejor de la herencia española a pesar de las guerras de independencia: la raza, la lengua, la religión, las costumbres y las tradiciones. Estos rasgos y este legado, no el pasado

¹⁹² Ibid., 32.

¹⁹³ Actas de la junta. Sesión del día 2 de junio de 1910 (1910), 153.

precolombino, eran los que definían la identidad colombiana: “¡cuán lejanos de nosotros están esos muiscas, panches y pijaos; cuán apartados de todo cuanto forma nuestra vida espiritual! [...] En cambio, ¡cuánta vida para el espíritu y para los ojos tiene la época colonial!”.¹⁹⁴ La verdadera civilización había llegado con los conquistadores y colonizadores, destacándose entre ellos gobernantes y clérigos que, en una serie ininterrumpida, habían ido llevando a América hasta la vida independiente.¹⁹⁵

Si aun recibimos los beneficios de la largueza magnánima de Cristóbal de Torres, y pudiéramos tomar ejemplo de la labor civilizadora y de progreso de un Venero de Leiva, de un Solís y de un Ezpeleta; si Mutis sigue siendo el gran maestro y educador; si el cortejo de nuestros graneles hombres está presidido siempre por la figura de aquel hidalgo de Córdoba que cubrió con el casco de acero del conquistador el cerebro de un letrado, por la figura simpática y veneranda del fundador de Santafé, D. Gonzalo Jiménez de Quesada, que en las regiones de la gloria tiende la mano á Simón Bolívar, padre de Colombia.¹⁹⁶

La reinterpretación de la historia patria como una extensión, una rama del gran tronco de la historia de esa “gran confederación espiritual los pueblos españoles” a la que aludía Gómez Restrepo, se traducían en la selección excluyente de lo hispánico, asociado con la lengua castellana, la raza blanca y la religión católica desechando explícitamente lo indígena, lo mestizo, lo pagano. Colombia era una nación española en su base cultural, étnica y social, pero independiente políticamente, gracias a los valores transmitidos por los colonizadores. Así lo reiteraría también Lorenzo Marroquín en la inauguración de la Exposición industrial y agrícola: “España descubrió esta tierra, la arrancó á sus antiguos poseedores, nos dio su sangre, y con ella el espíritu batallador, la religión, la lengua, la generosidad y la hidalguía.”¹⁹⁷

¹⁹⁴ Isaza y Marroquín (1911b), 70.

¹⁹⁵ El ocultamiento de lo indígena en el marco de las celebraciones fue un elemento característico de las conmemoraciones del aniversario de la independencia también en otros países, como Argentina y Guatemala. Véase Earle (2002), 803 s. y la versión ampliada de su análisis en Earle (2007).

¹⁹⁶ Isaza y Marroquín (1911b), 70 s.

¹⁹⁷ *Ibid.*, 214.

Para hacer aún más notorio el vínculo directo entre los gobernantes españoles y Colombia, la hija emancipada pero nunca ingrata, se descubrieron ese mismo día una placa conmemorativa con los nombres de Andrés Díaz Venero de Leiva, Juan de Borja, José Solís Folch de Cardona, José de Ezpeleta y Pedro Mendi-nueta y Muzquiz a la entrada del Capitolio nacional, sede del congreso colombiano, y otra dedicada, entre otros, a Quesada, Belalcázar, Rodrigo de Bastidas, Jorge Robledo, Cristóbal de Torres, Mutis y Moreno y Escandón, justo donde había estado el palacio virreinal.

Las sesiones extraordinarias de las Academias estuvieron también marcadas por el enaltecimiento de la hispanidad. El discurso de Adolfo León Gómez en la sesión extraordinaria de la Academia Nacional de Historia ponía de presente un aspecto fundamental del hispanismo centenarista hispanoamericano y peninsular. La reorientación hispanista de la nación debía tener efectos no solamente dentro de las fronteras nacionales. La reivindicación oficial de la herencia colonial debía servir igualmente como mecanismo de contención frente al imperialismo norteamericano.

Paréceme, al declarar abierta esta sesión — que abre á su vez la historia de otro siglo — que si los proceres se alzarán á leer la del que acaba, llorarán. Paréceme que al contemplar algunos de los hechos ocurridos y temblando por la suerte de la patria, habrían de recordar sus palabras memorables de otra época gloriosa, para decirnos hoy con clamoroso grito de ultratumba: si perdéis estos momentos de patriótico entusiasmo con que la Independencia se celebra, si olvidáis las severas lecciones de la historia, dentro de poco seréis encadenados como siervos. Ved hacia el Norte al águila que lleva en sus garras un jirón de bandera colombiana; vedla con las alas entreabiertas y la mirada amenazante, pronta á caer sobre su presa si la ve agonizar como hasta ahora en estériles luchas de partido y en sangrientas hecatombes fraticidas.¹⁹⁸

La Comisión Nacional de la Independencia no estaba, pues, sola en sus preocupaciones ni en la dirección que había querido dar a las celebraciones rindiendo homenajes a España. Demostrando “las energías de la raza” se había buscado privilegiar un referente identitario que fomentara la unidad de la nación

¹⁹⁸ *Ibíd.*, 47.

como mecanismo de cohesión interna y de reacomodación en el contexto internacional marcado por el perfilamiento de los Estados Unidos como potencia hemisférica. Como lo explicaban Isaza, Marroquín y Samper en el informe presentado al presidente de la república,

Quiso la Comisión, como podrá observarse en el programa, que la celebración del Centenario fuera no tan sólo un homenaje á los próceres y á la libertad, sino también una demostración de las energías de la raza, una orientación en las dificultades internacionales de la República, una aproximación á España y á las Repúblicas hermanas del Continente. Por eso se celebraron actos que demostraban esos sentimientos y se pusieron placas que los conmemoran.¹⁹⁹

Las festividades centenaristas reiteraban cómo la raza, la religión, la hidalguía, y también la ciencia y la cultura habían llegado a tierras colombianas gracias a la conquista y la colonización españolas. La sesión solemne de la Academia Nacional de Medicina agregaría a la labor civilizatoria española su compromiso con la promoción de la ciencia médica en Colombia. Lo mismo resaltaría Cuervo Márquez quien, siguiendo de cerca la historiografía conservadora de la segunda mitad del siglo XIX, veía en los virreyes de finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX a los verdaderos impulsores de la ilustración neogranadina:

Mas es justo que la historia imparcial declare, en honor del Gobierno español, que el tiempo transcurrido desde el segundo tercio del siglo XVIII hasta el día de nuestra emancipación política, forma en la historia de la Nueva Granada una época gloriosa para el estudio de las ciencias, que no ha sido igualada después durante un siglo de vida independiente.²⁰⁰

La reivindicación de elementos asociados con la hispanidad como ejes de la identidad nacional hizo parte de un esfuerzo global por atribuir a la “madre patria” todo aquello que había hecho y haría de Colombia una nación próspera. Con respecto al pasado esta política de la memoria oficializaba una reinterpretación tradicionalista de la historia colonial y presentaba la

¹⁹⁹ Marroquín et al. (1910), 188.

²⁰⁰ Isaza y Marroquín (1911b), 364.

independencia no como una ruptura con ese legado sino como una extensión de lo español en unidades estatales independientes pero orgullosas de su hispanidad y preocupadas por su conservación y defensa ante amenazas internas y externas. Hacia el futuro, los componentes étnicos, sociales, culturales y religiosos heredados de la colonia debían constituirse en fundamentos del progreso material y espiritual de la nación. La lengua como parte integral de ellos fue igualmente objeto de esa gran puesta en escena que fue el primer Centenario. La participación de la Academia Colombiana y su papel en esta entronización de la hispanidad merecen por lo tanto ser analizados con detalle.

El primer Centenario y la refundación de la Academia Colombiana

Entre el 6 de agosto 1890, fecha de la última sesión del siglo XIX, y el 11 de junio de 1910, día en que se inició formalmente la segunda etapa en la vida de esta corporación, la Academia Colombiana había dejado de sesionar por dos décadas. La exigua regularidad alcanzada desde mediados de la década de 1870 se había visto interrumpida indefinidamente por la desaparición de varios académicos de la primera generación, y por la Guerra de los Mil Días.²⁰¹ Gracias al apoyo de la Comisión Nacional del Centenario, que en la sesión del 16 de junio de 1910 aprobó el desembolso de “Quinientos pesos oro para facilitar la reorganización de la Academia Colombiana de la Lengua, la cual desea tomar parte en la celebración del Centenario” se retomaron nuevamente las sesiones de la Academia concentrándose en los preparativos para su participación en las celebraciones centenaristas.²⁰² De acuerdo con las actas correspondientes, publicadas en el segundo tomo del *Anuario* de la Academia, el 14 de junio se tomó la decisión, por iniciativa de uno de los principales miembros de la Comisión del Centenario, Lorenzo Marroquín, que acababa de ser nombrado

²⁰¹ José María Samper falleció en 1888, Venancio González Manrique en 1889, José Joaquín Ortiz en 1892, Carlos Holguín en 1894, José Caicedo Rojas en 1898, Santiago Pérez en 1900, Felipe Zapata en 1902, Carlos Martínez Silva en 1903, José Manuel Marroquín en 1908 y Miguel Antonio Caro en 1909. Sus sillas se mantuvieron vacantes hasta 1909. Guzmán Esponda (1993), 95 ss.

²⁰² Actas de la Junta. Sesión del día 16 de junio de 1910 (1910), 162.

académico de número, de “[...] celebrar en sesión pública y solemne el Centenario de la emancipación política de la patria [...]”.²⁰³

Entre el 11 de junio y el 14 de julio de 1910, la Academia se reconstituyó a través del nombramiento de nuevos miembros de número y de la admisión de académicos correspondientes. De la primera generación quedaban únicamente Diego R. de Guzmán, Rafael Pombo y Rufino José Cuervo. Pombo, por razones de salud, no pudo retomar labores como secretario y Cuervo, desde 1882 radicado en París, estuvo también ausente. Marco Fidel Suárez y Rafael María Carrasquilla representaban la transición entre la primera y la segunda etapa en la historia de la Academia. El relevo generacional se dio, entre otros, con Antonio Gómez Restrepo, Lorenzo Marroquín, Hernando Holguín y Caro, Rafael Uribe Uribe y Emiliano Isaza.

La inclusión de la Academia Colombiana, en los actos oficiales, amplió la cobertura de las celebraciones extendiéndola a la literatura y la lengua castellanas. Por otra parte, se reforzó la presencia de los representantes de la cultura oficial en los eventos conmemorativos, pues varios miembros de la Academia ya se encontraban involucrados desde el mismo inicio en la planeación de las celebraciones. Lorenzo Marroquín y Emiliano Isaza, las cabezas más visibles en la organización del Centenario, habían sido nombrados, al igual que Antonio Gómez Restrepo, numerarios de la Academia Colombiana en 1909.²⁰⁴ Rafael María Carrasquilla, académico de número desde 1890 y a partir de junio de 1910 director de la Academia, participó en la planeación de varios eventos como miembro de la Comisión Organizadora de la Exposición de

²⁰³ Actas de la Academia Colombiana. Sesión del 14 de junio de 1910, (1910–1911), 7.

²⁰⁴ Su protagonismo en la revitalización de esta corporación sería subrayada por Diego Rafael de Guzmán en el Informe leído en la sesión extraordinaria del 17 de julio de 1910, en el marco de los actos conmemorativos del Centenario. “En el último año anterior ingresaron en la Academia, como individuos de número, los señores D. Emiliano Isaza, D. Antonio Gómez Restrepo y D. Lorenzo Marroquín [...] ingreso que ha sido fuerza nueva para esta Corporación, y al que se debe la continuación del funcionamiento regular de ella. La Comisión nacional del Centenario de la independencia, de que ellos han hecho parte, ha contribuido también en mucho para allanar las dificultades á la Academia en la prosecución de sus trabajos, y por ello le debe ésta expresivo reconocimiento.” Guzmán (1910–1911), 49.

Objetos Históricos y en su calidad de rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario – el centro educativo donde se formó buena parte de los héroes nacionales objeto de homenaje – abrió los concursos conmemorativos organizados por esta institución e impulsó la edición de un número especial de la revista de ese mismo Colegio dedicado al Centenario.²⁰⁵ Por último, vale la pena mencionar igualmente a Carlos Calderón, primer presidente de la Comisión de la Independencia Nacional, quien ingresaría oficialmente como individuo de número a la Academia Colombiana durante la sesión extraordinaria del 17 de julio de 1910.

El aporte de la Academia siguió de cerca la línea ideológica hispanista del conjunto de las celebraciones, haciendo énfasis en la importancia de la lengua y la literatura castellanas como pilares culturales de la nación y como defensa contra la amenaza norteamericana. La sesión extraordinaria serviría al mismo tiempo para reforzar el discurso oficial y para relanzar las actividades de la Academia de consuno con la cultura hegemónica promocionada desde el Estado. La presencia de los principales representantes del gobierno y la Iglesia contribuyó a reforzar esta simbiosis.²⁰⁶ La velada se inició con la intervención del director de la Academia, Rafael María Carrasquilla, seguida de la lectura del Informe de Diego R. de Guzmán, el mismo que treinta años atrás había pronunciado su discurso sobre el “espíritu español”, en calidad de secretario de la corporación. Los discursos centrales, estuvieron a cargo de Antonio Gómez Restrepo y de Marco Fidel Suárez. Con las intervenciones de estos cuatro académicos la sesión sirvió de plataforma de relanzamiento y reafirmación de los valores que debían inspirar el estudio de la lengua en consonancia con el espíritu hispanista detrás de la conmemoración del Centenario.

²⁰⁵ Acuerdo número 2 de 1910 de la Consiliatura del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario 1910, p. 125 y Decreto número 2 de 1910 del Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario 1910. Como miembro del Jurado Calificador el artículo 5 de dicho decreto nombraba a su vez a dos académicos de número como sus miembros: Antonio Gómez Restrepo y Hernando Holguín y Caro.

²⁰⁶ De acuerdo con el acta de la sesión “ocuparon asiento de honor al lado del Director de la Academia, el Excelentísimo señor Presidente de la República, General D. Ramón González Valencia, y el Excelentísimo e Ilustrísimo señor D. Francisco Ragonessi, Delegado Apostólico.” Actas de la Academia Colombiana. Sesión extraordinaria del 17 de julio de 1910 (1910–1911), 13.

Desde el punto de vista de la comunidad intelectual asociada a la historia de la Academia, Carrasquilla y Guzmán insistían en la continuidad del trabajo de la primera con la segunda etapa de vida de la corporación que se iniciaba en 1910. La reconstrucción de la genealogía que unía las dos generaciones se explicitaba en el enaltecimiento de los padres fundadores, desde Vergara y Vergara y Manuel María Mallarino hasta Cuervo, y en el relevo que los nuevos académicos habían tomado desde junio de ese año. A cada uno se le reconocían sus logros en las áreas en las que se había destacado, resaltando así tanto el mérito de la academia como el de sus miembros, omitiendo el hecho de que buena parte de los trabajos de éstos se habían hecho sin el auspicio de la corporación. El Informe de Guzmán sintetizaba los grandes hitos de la Academia desde su fundación hasta 1910, deteniéndose en las trayectorias de los académicos de la primera etapa.

El recorrido esbozado por Guzmán presentaba un rasgo adicional fundamental para comprender la orientación cultural y política que la nueva generación quiso dar a la refundación de la Academia así como la estrecha relación entre los saberes que en ella se cultivaban y el ejercicio del poder dentro de las estructuras del Estado. La mitad de su informe estaba dedicado a los seis académicos que habían llegado a la presidencia, antes de haber ocupado una de las sillas de la Academia – Manuel María Mallarino – o ya habiendo sido recibidos como miembros – Santiago Pérez, Rafael Núñez, Carlos Holguín, Miguel Antonio Caro y José Manuel Marroquín. Guzmán se esforzaba por mostrar cómo sus cualidades intelectuales habían repercutido de forma positiva en el ejercicio del oficio presidencial.²⁰⁷ Santiago Pérez – presidente entre 1874 y 1876 –, según Guzmán, se había destacado en el congreso “por su oratoria incisiva guiada por razonamiento firme y á veces de apariencia didáctica”.²⁰⁸ De Carlos Holguín

²⁰⁷ Con la notable excepción de Marroquín a quien “corrientes contrarias de las letras le arrojaron á las playas de la política, secuestro de toda bonanza, donde sólo encontraría los zarzales que suelen desgarra el corazón”. Guzmán (1910–1911), 44.

²⁰⁸ *Ibid.*, 41.

destacaba, en la misma línea, sus cualidades de “orador de primer orden” quien “avasallaba al auditorio con su palabra ardorosa” subrayando también sus dotes como polemista “dotado de maravillosa memoria, franco y desembarazado de expresión, era diestro en encontrar la inconsecuencia del contrario para convertirla en arma contra éste [...]”.²⁰⁹ Común a ellos era igualmente el desenvolvimiento en la literatura. Todos habían cultivado algún género poniendo en evidencia su dominio de la lengua de Castilla. Algunas composiciones de Santiago Pérez eran asimiladas a las del “gran Quintana”.²¹⁰ En ese mismo género le daba a Caro el título de “pontífice supremo” mientras que los cuadros de costumbres y los bocetos biográficos habían tenido en Marroquín a uno de sus principales exponentes.²¹¹

El arco que unía a los nuevos intelectuales gramáticos con las grandes figuras de la política y las letras se extendía aún más en el pasado. El discurso de Gómez Restrepo retomaba este mismo tópico pero ubicándose en la coyuntura independentista. La segunda parte de su intervención, volvía sobre las líneas trazadas por Guzmán haciendo un elogio de la casticidad de los héroes de la independencia. Concentrándose en Antonio Nariño y Francisco José de Caldas, este bogotano mostraba cómo “estos y otros próceres ocupan lugar eximio en la historia política y en la literaria del país. Fueron grandes hombres y grandes escritores [...]” que no abandonaron su buen estilo cuando luchaban contra la madre patria que les había legado la lengua. “¡[C]uán grato”, continuaba Gómez Restrepo, “es para el amante de las letras el poder declarar que los padres de la patria fueron sus primeros grandes escritores y que la literatura de Colombia recibió el bautismo de manos de la libertad!”.²¹²

A través de estas dos intervenciones se lograba extender el linaje de los intelectuales gramáticos desde los primeros días de la república hasta los albores del siglo XX. Carrasquilla, Guzmán, Gómez Restrepo y sus pares se presentaban

²⁰⁹ Ibid., 43.

²¹⁰ Ibid., 41.

²¹¹ Ibid., 43 ss.

²¹² Gómez Restrepo (1910–1911), 61.

a sí mismos como los sucesores de una tradición político-literaria que tenía tanta antigüedad como la república misma y que, siguiendo los pasos y enriqueciendo el legado de los padres de la patria, estaba llamada a continuar trabajando para el progreso de la nación a través del cultivo de la lengua.

El cuadro quedaba complementado por la promoción del hispanismo centenario expresado, en la sesión extraordinaria de la Academia, en la reafirmación de los lazos que unían a la Academia Colombiana con la Academia Española y al castellano americano con el castellano peninsular. La base de la refundación de la Academia Colombiana estaría en el reconocimiento explícito e incondicional de la superioridad jerárquica de la corporación española como encarnación de España en ámbito cultural. Las palabras de Carrasquilla no dejaban lugar a dudas: “Para nosotros, en el presente día, España se personifica en la Real Majestad de la Academia, nuestra reina y señora natural en el orden literario.”²¹³ Igualmente expresivas fueron las palabras introductorias del Informe de Guzmán, quien definía el lazo entre las academias como el “vinculo sagrado con la nación española, representada por la Real Academia de la lengua, á cuyo soplo vivificador se creó la Colombiana [...]”²¹⁴

Estas declaraciones de lealtad incuestionable deben entenderse, sin embargo, como parte de un discurso más complejo resultante de la combinación de un hispanismo manifiesto con el empoderamiento derivado del capital cultural acumulado por los principales intelectuales gramáticos de la primera generación y de la recepción de la obra tardía de Rufino José Cuervo. El eco en el sistema académico de la reinterpretación conservadora de la independencia estuvo acompañado de la convicción en la superioridad del castellano sobre las lenguas indígenas y en su potencial como elemento civilizador. El discurso de Marco Fidel Suárez explicitaba estos aspectos presentando lo mejor de Colombia como el fruto del impulso civilizatorio español asociado a la lengua y la religión:

²¹³ Carrasquilla (1910–1911), 34.

²¹⁴ Guzmán (1910–1911), 36.

Entre aquellos lazos de tradiciones, comercio, desenvolvimiento económico, religión é idioma, los más poderosos no son los más fuertes en el sentido material. Los más estables y valientes son los más espirituales; la cruz plantada hace siglos por Colón en la primera playa americana y recién puesta por dos florecientes Repúblicas sobre la cima de los Andes australes; y la lengua del Cid y de Isabel la Católica, hablada por Caldas y Bolívar.²¹⁵

A partir de esta idea de la lengua castellana como “lengua imperial, no simplemente nacional” Suárez presentaría un cuadro histórico del desarrollo del castellano en España hasta el siglo XVI ilustrando la progresiva adquisición de los rasgos que definían su excepcionalidad, tomándolos del latín, del gótico y del árabe. Con la expansión del imperio español a tierras americanas, habría empezado también a perfeccionarse la lengua a través de la literatura en diferentes géneros, desde la novela picaresca hasta la literatura mística, pasando por la poesía y el teatro, llegando a su punto más alto de la mano de la pluma de Cervantes. De aquí en adelante el relato de Suárez se centraba en el desarrollo histórico del castellano en América. Y era aquí también donde empezaba a matizarse la aparente adhesión incondicional al castellano peninsular.

Siguiendo muy de cerca la línea de argumentación de la obra tardía de Rufino José Cuervo, el académico antioqueño mostraba con múltiples referencias a autores y textos canónicos de la historia de la literatura española el origen peninsular de provincialismos, regionalismos y expresiones populares que se habían conservado en Colombia a pesar de haber desaparecido del léxico de la península. La inclinación a llamar *doctor* a individuos no graduados, según Suárez, lejos de ser una peculiaridad colombiana había sido censurada ya por el Padre Mariana, Pedro Navarrete y el mismo Cervantes. Incluso el error ortológico de suprimir la *c* y pronunciar *dotor* tenía, para este antioqueño, sus raíces en la península como lo evidenciaba la crítica de Quevedo a Juan Pérez de Montalbán. En Calderón, podía rastrearse la tendencia, registrada por Manuel Ancízar en *Peregrinaciones de Alpha*, a dar a *amigo*, *hombre* y *patrón* un

²¹⁵ Suárez (1910–1911), 69.

sentido despectivo cuando su utilizaban para llamar a personas desconocidas.²¹⁶ Las raíces españolas podían encontrarse incluso en algo tan común y cotidiano como las interjecciones. ¡*Gas!*, utilizada en Antioquia para expresar asco podía derivarse, para Suárez, de expresiones semejantes registradas en los *Cuentos de vivos y muertos* de Antonio Trueba.²¹⁷

El mismo ejercicio de rastreo filológico servía de base para ilustrar los aportes propiamente americanos a la lengua derivados de las lenguas de los indígenas y de los esclavos africanos. Las fuentes mostraban esta vez cómo escritores clásicos, cronistas y los mismos conquistadores habían ido incluyendo en el léxico español vocablos indígenas para referirse a objetos americanos. Y así iban multiplicándose los ejemplos que permitían a Suárez sustentar la afirmación con la que había abierto su recorrido por la historia del castellano en el Nuevo Mundo:

El castellano trasplantado á América entró en un periodo de mera conservación, en este mundo repuesto y silencioso, donde apenas pudo aumentar su caudal con los nombres de objetos propios del nuevo Continente. De esta manera el sello de la lengua consta aquí de dos fases, que son el arcaísmo y el americanismo, los elementos peninsulares y los indígenas: combinación parecida á la que forman las orquídeas de nuestro suelo puestas en cincelado vaso antiguo.²¹⁸

El cuadro que presentaba Suárez reivindicaba, a partir de un trabajo de exploración filológica, las particularidades de la variación americana del castellano como depositario del uso del Siglo de Oro y como fuente de ampliación y crecimiento de la lengua. El habla popular americana, como ya lo había mostrado Cuervo, era la depositaria viviente del espíritu del período más glorioso en la literatura española. Los americanismos de origen indígena y africano, debidamente adaptados, contribuirían, por su parte, al ulterior desarrollo y esplendor del castellano. La pureza arcaizante del habla popular y la

²¹⁶ Ibid., 79 s.

²¹⁷ Ibid., 85 s.

²¹⁸ Ibid., 77.

inclusión controlada de nuevas palabras justificaba de sobra la importancia de la ciencia del lenguaje como frente de actividad de la Academia.

Este “hervir vividor” de nuestra lengua por el espacio de siglos y siglos, y no sólo en la nación de origen sino bajo un cielo nuevo y en una tierra nueva, da importancia al estudio del castellano y aun convierte tal estudio en fuente de conocimientos diversos. Nada de indigno tiene esta disciplina, antes merece la atención no sólo de los niños, sino de los que desean hablar bien y se interesan en conservar uno de los más esenciales elementos de cada sociedad humana.²¹⁹

Con el discurso de Suárez, la legitimidad del estudio de la lengua en Colombia quedaba asociada a las particularidades del castellano en América. No se trataba únicamente de una tarea de corrección y preservación de la lengua en función de la norma académica peninsular. Se trataba de explorar la riqueza de la lengua nacional como base para contribuir activamente a su desarrollo en todo el espacio hispanoamericano. A la Academia Española se le seguía reconociendo un papel sobresaliente en la coordinación de la gran empresa de conservación de la unidad y la pureza de la lengua en ambos lados del Atlántico, pero las academias correspondientes dejaban de cumplir una simple función pasiva de contención y rectificación. La remisión a los méritos de la primera generación de académicos colombianos, reconocidos en América, España y Europa, a lo largo de toda la sesión, ponía de relieve el papel activo que la Academia Colombiana había jugado y estaba llamada a seguir jugando en dicha empresa. Si por un lado se reafirmaba el lazo filial que unía a la Academia Española con sus hijas, las academias correspondientes, por otro se subrayaban los frutos del trabajo de casi cincuenta años de la generación de intelectuales gramáticos colombianos asociada con la primera etapa en la vida de la Academia Colombiana, todo esto entendido como una contribución a la construcción de la

²¹⁹ Ibid., 89.

nación colombiana que debía perdurar más allá de las celebraciones centenaristas.²²⁰

Los éxitos cosechados por la generación anterior y el prestigio del que habían logrado gozar sus trabajos literarios, lingüísticos y filológicos más allá de las fronteras colombianas serviría también de base para la construcción de uno de los lugares comunes más persistentes del siglo XX: la convicción de que Colombia era el país en el que se hablaba el mejor castellano, por encima de todas las demás repúblicas americanas e incluso de la misma España. En el informe citado arriba, Guzmán apuntaba cómo los provincialismos, cuya inclusión en el patrimonio léxico de la lengua nacional dependía de la aprobación de los académicos encargados de sacar adelante el proyecto de un *Diccionario de provincialismos*, lejos de constituir una amenaza para la unidad de la lengua constituían apenas desviaciones regionales marginales, algo que distaba mucho de la situación lingüística en España,

[...] donde la lengua nacional se ve obligada á entablar lucha enérgica con las irrupciones de dialectos que nunca serán principio de una lengua formada por el proceso de la intelectualidad de pueblas flamantes, sino degeneración del idioma, traída por la ignorancia y el mal gusto de clases no ilustradas.²²¹

Todo esto, nuevamente, gracias al esmero de los grandes letrados colombianos, como lo resaltaría un año más tarde la presentación del segundo tomo del *Anuario* de la Academia, quienes habían logrado darle a la lengua castellana el esplendor y la uniformidad que había perdido en España. El “amor” a la lengua, más “intenso” en Colombia que entre los españoles, y el invaluable trabajo de la Academia, servían de argumentos para reafirmar la excepcionalidad colombiana dentro de la gran familia española y explicar el “puesto distinguido” que

²²⁰ “Esto, pues, no es una vana ocasión de gratas festividades, ni la mera satisfacción de nobles aficiones, ni sólo el ejercicio de una vocación literaria. Esto es también labor patriótica, porque Colombia no es apenas su territorio y sus habitantes, sino su historia inmortalizada por los mártires y los héroes, su fe católica, su lengua castellana: todo lo cual, á despecho de egoísmos y extravíos, tiene de fundirse en el reinado de Dios, que es paz y justicia, en la justicia, que es la libertad, en la libertad que es la República. He dicho.” *Ibíd.*, 91.

²²¹ Guzmán (1910–1911), 53.

ocupaba la “patria [...] entre los pueblos de cultura literaria”.²²² Colombia empezaría así su segundo Centenario de vida independiente como una nación homogénea gracias a la solidez de los fundamentos culturales de su identidad. Su porvenir quedaba en manos de esta nueva generación de intelectuales autoproclamados como herederos de la función de vigías culturales encargados de conservar y revitalizar permanentemente el patrimonio hispánico, un legado que, hacia adentro, garantizaba una cohesión excluyente al privilegiar lo blanco, lo culto y lo católico, permitiendo al mismo tiempo, hacia afuera, erigir barreras simbólicas frente a la amenaza de nuevas influencias nocivas provenientes del norte.

Conclusiones

Las celebraciones del Centenario de la independencia en 1910 permiten entender la importancia de los rituales nacionales en un contexto específico y su función en tanto escenarios de corporización (*embodiment*) de los discursos nacionalistas oficiales. De esta forma ofrecen claves para el análisis de los dispositivos a través de los cuales se “construía nación” y de su relación con los procesos históricos en los cuales dichas celebraciones se enmarcaban. Como lo anotaba recientemente Pérez Vejo en la presentación del número monográfico de *Historia Mexicana* sobre los primeros Centenarios en América Latina:

La celebración de los Centenarios, en realidad, nos dice muy poco sobre lo ocurrido en 1810 pero mucho sobre el devenir histórico de los 100 años siguientes. Fue mucho más que una conmemoración. [...] Las fiestas del Centenario pierden así para el historiador su carácter de meros eventos político-culturales para convertirse en una preciada fuente, mejor vestigio, de las características y problemas del proceso de construcción nacional en Hispanoamérica [...].²²³

Los eventos conmemorativos del primer Centenario de la independencia colombiana permiten observar de cerca las estrategias de las élites para la

²²² [Presentación] (1910–1911), 4.

²²³ Pérez Vejo (2010), 10.

promoción y difusión de un proyecto particular de nación formulado sobre la base de la reivindicación del legado español como eje de la cultura nacional. Los actores individuales e institucionales involucrados – y aquellos que no lo fueron –, las funciones que cumplieron en el marco de las conmemoraciones centenaristas, el tipo de actividades organizadas y llevadas a cabo, la elección y exclusión de motivos y temas, son apenas algunos de los muchos aspectos que ilustran la forma particular como se escenificó el nacionalismo conservador del tránsito entre los siglos XIX y XX. Las celebraciones centenaristas de 1910 constituyeron una oportunidad única de exponer y reafirmar una articulación específica de lo nacional con lo hispánico apuntando a la institucionalización de la reconciliación definitiva con la “madre patria” y a la entronización del “espíritu español”.

La participación de la Academia Colombiana revistió una importancia indiscutible y su impacto simbólico fue acertadamente reconocido por los organizadores. A través de ella, era posible exaltar e instrumentalizar los méritos de una generación de intelectuales que había logrado posicionarse no solamente en el espacio cultural hispanoparlante sino también, como en el caso de Rufino José Cuervo, en la gran comunidad europea de lingüistas y filólogos. Si la lengua y la literatura eran consideradas lo más representativo de la cultura española, el cuidado de ambas por parte de los intelectuales gramáticos constituía la mejor muestra de la encarnación de ese espíritu español en la cultura colombiana. La inclusión de esta corporación en las festividades oficiales implicaba adicionalmente una reafirmación de la consonancia entre lo cultural y lo político reflejada tanto en su composición como en la línea ideológica que regía su labor.

En cuanto al papel de la hispanidad y el hispanismo en la construcción de discursos identitarios en América Latina, el breve análisis que se ofrece en este texto ilustra una de las muchas formas que ha revestido la referencia a lo

hispanico en los debates en torno a la cultura nacional. El hispanismo americano, representado en esta constelación particular por las élites culturales conservadores del tránsito entre el siglo XIX y el siglo XX muestra las complejas relaciones que se establecían entre el legado colonial, por un lado, y la historia y el presente nacionales, por el otro. En medio de las batallas culturales libradas entre liberales y conservadores a lo largo de más de medio siglo, el recurso a la hispanidad fue una herramienta de lucha que servía igualmente para establecer un referente identitario acorde con el trasfondo ideológico del proyecto nacional conservador. Manteniendo una relativa continuidad con la línea doctrinal de la primera generación de letrados conservadores asociados a la Academia Colombiana, la exaltación de lo hispanico fue reformulada y reforzada en función de las nuevas realidades a las que debía responder el nacionalismo conservador, de la misma forma que se haría dos décadas más tarde ante el ascenso de los liberales al poder y la victoria de la derecha en la guerra civil española.

Bibliografía

Literatura

- Cano Vargas, Alexander (2010): La Exposición Agrícola e Industrial del Centenario colombiano y la idea de progreso en 1910, en: *Dominios da Imagem* IV (7), 21–32.
- Devoto, Fernando (2006): *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Earle, Rebecca (2002): 'Padres de la Patria' and the Ancestral Past: Commemorations of Independence in Nineteenth-Century Spanish America, en: *Journal of Latin American Studies* 34 (4), 775–805.
- Earle, Rebecca (2007): *The Return of the Native. Indians and Myth-making in Spanish America; 1810–1930*, Durham: Duke University Press.
- Escovar Wilson-White, Alberto (2010): Bogotá en tiempos de la celebración del primer centenario de la Independencia, en: *Historia Mexicana* LX (1), 525–559.
- Guzmán Esponda, Eduardo (⁶1993): *Historia de la Academia Colombiana*. Adicionada y actualizada por Horacio Bejarano Díaz, Bogotá: Editorial Voluntad.
- Isaza, Emiliano; Marroquín, Lorenzo (eds.) (1911b): *Primer centenario de la Independencia de Colombia*, Bogotá: Escuela tipográfica Salesiana.
- Palacios, Marco; Safford, Frank (2002): *Colombia: país fragmentado, sociedad dividida. Su historia*, Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- Pérez Vejo, Tomás (2010): Presentación. Los Centenarios en Hispanoamérica: la historia como representación, en: *Historia Mexicana* LX (1), 7–27:

Fuentes

- Actas de la Academia Colombiana. Sesión del 14 de junio de 1910 (1910–1911), en: *Anuario de la Academia Colombiana* II, 6 s.
- Actas de la Academia Colombiana. Sesión extraordinaria del 17 de julio de 1910 (1910–1911), en: *Anuario de la Academia Colombiana* II, 12 s.
- Actas de la junta. Sesión del día 2 de junio de 1910 (1910), en: *Revista del Centenario* (90), 153.
- Actas de la Junta. Sesión del día 16 de junio de 1910 (1910), en: *Revista del Centenario* (21), 61–162.
- Acuerdo número 2 de 1910 de la Consiliatura del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario (1910), en: *Revista del Centenario* (16), 125.

- Decreto número 2 de 1910 del Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario (1910), en: *Revista del Centenario* (16), 125–126.
- [Presentación] (1910–1911), en: *Anuario de la Academia Colombiana* II, 3 s.
- Carrasquilla, Rafael María (1910–1911): Sesión solemne de la Academia Colombiana en celebración del centenario de la independencia. Alocución de su director, Doctor Rafael María Carrasquilla, en: *Anuario de la Academia Colombiana* II, 32 ss.
- Gómez Restrepo, Antonio (1910–1911): Discurso del académico Señor D. Antonio Gómez Restrepo en la sesión del 17 de julio de 1910, en: *Anuario de la Academia Colombiana* II, 55–67.
- Guzmán, Diego R. (1879): Importancia del espíritu español en las letras colombianas. Discurso leído por D. Diego Rafael de Guzmán en la Junta Inaugural de la Academia Colombiana, el 6 de agosto de 1877, en: *Repertorio Colombiano* II (10), 96–225.
- Guzmán, Diego R. (1910–1911): Informe del secretario D. Diego Rafael de Guzmán. Leído en junta pública de la Academia el 17 de julio de 1910, en: *Anuario de la Academia Colombiana* II, 35–54.
- Isaza, Emiliano; Marroquín, Lorenzo (1911a): [Carta a los presidentes del Senado y de la Cámara de Representantes], en: Emiliano Isaza, Lorenzo Marroquín (eds.): *Primer centenario de la Independencia de Colombia*, Bogotá: Escuela tipográfica Salesiana, 1 ss.
- La Puente y Apezechea, Fermín de (1873): Academias americanas correspondientes de la Española, en: *Memorias de la Academia Española* (IV), 274–289.
- Marroquín, Lorenzo; Isaza, Emiliano; Samper Uribe, Silvestre (1910): Informe de la Comisión Nacional del Centenario, en: *Revista del Centenario* (24), 185–188.
- Suárez, Marco Fidel (1910–1911): Elogio hecho por Marco Fidel Suárez. [Academia nacional de Historia, sesión solemne del 12 de octubre de 1911], en: *Anuario de la Academia Colombiana* II, 317–333.
- Vergara y Vergara, José María (1867): *Historia de la literatura en Nueva Granada. Parte primera. Desde la Conquista hasta la Independencia (1538–1810)*, Bogotá: Imprenta de Echeverría Hermanos.

La celebración del Centenario de la independencia en Bogotá y Caracas

Thomas Fischer

La separación de las colonias americanas del imperio español y el proceso de descolonización fueron hitos cruciales para la construcción de memorias colectivas nacionales en el mundo hispanoamericano.²²⁴ En el proceso de la construcción de identidades las élites de cada nación escogieron los eventos y los símbolos emblemáticos para erigir sus mitos fundacionales. Se celebraron cada año los momentos, personas y lugares considerados como fundamentales para las narrativas nacionales (y, además, regionales y locales). Estos festejos que significaron una ruptura en la vida diaria se produjeron en el espacio público de las ciudades y los municipios. Se transformaron algunos lugares del espacio público en algo artificial: se decoraban edificios importantes, se iluminaron (en la noche) plazas, calles y casas particulares. Se reunieron grupos de distintos estratos de la sociedad. La ritualización de las celebraciones promovió la adopción de ciertos comportamientos y costumbres como el escuchar, ver y recordar la historia patria. Estos festejos volvieron a ser componentes importantes de la cultura republicana. El impulsor principal de la política de historia fue el Estado republicano (y con ello las élites representadas en él).²²⁵ Los estadistas quienes asistieron a estas fiestas fueron los ciudadanos. Hubo participación de la iglesia católica aunque su papel, por lo general, disminuyó con el tiempo, mientras que las instituciones republicanas ganaron importancia. Lo mismo pasó con los eventos, héroes y lugares percibidos como punto de partida de las narrativas nacionales.

²²⁴ Véase al respecto de la construcción de memorias colectivas el concepto elaborado por Halbwachs (1964).

²²⁵ Véase acerca de este enfoque Wolfrum (1999), 32.

Los cien años de independencia pueden considerarse como la culminación de la celebración de las fiestas patrias, cuya forma de celebrar se había consolidado con los años. Pero el Centenario no fue únicamente de rutina y de tradición, fue diferente: inspirado por el modelo de México bajo Porfirio Díaz, donde se iba a celebrar el Centenario con un enorme esfuerzo y gran pompa,²²⁶ hubo consenso entre las élites de cada nación del resto del continente, quienes decidieron gastar más que en los años anteriores, cubrir más tiempo, usar una mayor parte del espacio público, celebrar más momentos, personajes y lugares históricos, publicar nuevas biografías sobre los héroes de la patria, imprimir tarjetas postales y estampillas especiales, editar textos de historia y documentos inéditos hasta el momento y acuñar medallas conmemorativas y monedas extraordinarias. Al final iban a participar más personas incluyendo estratos sociales hasta ahora no considerados. Dicho esto, cabe señalar que la celebración de la independencia en 1910 fue un evento especial en la cultura republicana de toda América Latina. Fue, ante todo, un gran momento de política de historia. Las élites de Hispanoamérica aprovecharon este año para reflejar, conforme con el contexto político, social y económico actual, los logros y las deficiencias de un siglo en un mundo de competencia de las naciones.

Asimismo, en 1910, en Venezuela y en Colombia se produjeron actos conmemorativos.²²⁷ Escogimos estos países, mejor dicho sus capitales, para compararlos. En ambos países el Centenario de la independencia fue la mayor fiesta política nacional de conmemoración desde la celebración de los cien años del nacimiento de Simón Bolívar, el estadista más importante de las guerras de la independencia, en 1883. Tanto en Venezuela como en Colombia hubo varias fechas emblemáticas en las que se conmemoró la separación de España. Pero en ambos países para 1910 hubo un día crucial para celebrar el Centenario en la capital. En Venezuela fue el 19 de abril. En este día se conmemoró el inicio de

²²⁶ Véase el estudio de Tenorio Trillo (1996).

²²⁷ En Venezuela siguieron las fiestas en 1911.

la independencia que se dio en Caracas, en 1810, cuando un grupo de criollos caraqueños aprovechó la ocupación de España por los franceses y en consiguiente la falta de legitimidad de las autoridades europeas en América, para convocar una reunión del Cabildo. Se destituyó al Capitán General Vicente Emparán y se proclamó un gobierno propio hasta que Fernando VII volviera al trono de España. En Colombia, la fecha crucial que se celebraba como Día Nacional fue el 20 de julio. El día 20 de julio de 1810, el día del mercado en la plaza mayor de Santa Fe de Bogotá, se produjo una revuelta provocada por algunos criollos intelectuales que terminó con un Cabildo Abierto y el Acta de la Independencia. Cabe recordar que el proceso de independencia empezó en un momento cuando Colombia y Venezuela (así como Ecuador) todavía formaban parte del mismo Virreinato Nueva Granada: Colombia como Audiencia y Venezuela como Capitanado General. Tomando en consideración esto, Simón Bolívar insistió que tanto Colombia como Venezuela tuvieran el mismo punto de partida como Estado-nación independiente, con una clase dirigente que compartía un solo espacio nacional, con símbolos nacionales comunes y una narrativa de la historia nacional construida para ambas naciones. Cuando, con la muerte de Bolívar, el Libertador y hombre de Estado, la Gran Colombia se desintegró, las comunidades de Colombia y Venezuela (así como del Ecuador) tenían que conformarse en naciones separadas y construir mitos fundacionales y símbolos nacionales e historia patria distintas.

Ahora bien, la mirada conjunta hacia Colombia y Venezuela toma en cuenta esta situación de *pluribus et unum*. El objetivo de este ensayo consiste entonces en establecer a dónde este proceso llegó en 1910 comparando los casos de Caracas y Bogotá.²²⁸ Empezamos con una breve exploración del contexto en el cual se produjeron las fiestas. En seguida damos una mirada a la política de historia, primero en Caracas y después en Bogotá, incluyendo un análisis de la

²²⁸ En cuanto al valor de enfoques comparativos para los estudios de historia véase el compendio de Haupt y Kocka (1996).

toma de decisiones, de los comités de las fiestas y de los actores presentes en los homenajes y demás eventos. También analizamos los programas, las formas de poner en escena los eventos particulares y las ideologías detrás de los festejos. Terminamos con la comparación de ambas fiestas.

Contexto

En Venezuela el Centenario de la independencia se produjo – referente al problema de la soberanía – en circunstancias difíciles. Después de décadas marcadas por una gran inestabilidad económica y por el caudillismo llegaron al poder los generales Cipriano Castro (1899–1908) y Juan Vicente Gómez (1908–1935). Ambos eran andinos; representaron la Venezuela del campo, de las alturas, del café y de las armas.²²⁹ Los gobiernos de Castro y Gómez se caracterizaron por un estilo personalista y autoritario. Llegaron al poder a través de revueltas. Apoyándose en los ejércitos fueron exitosos en la lucha contra los ciudadanos armados en el interior.²³⁰

En los años 1902–1903 ocurrió la llamada “crisis de Venezuela”.²³¹ En estos años los buques de guerra de Alemania, Gran Bretaña, Francia e Italia amenazaron los puertos de Venezuela con sus cañones porque el gobierno central no se vio capaz de pagar las deudas externas. El bloqueo europeo terminó cuando los EE.UU. intervinieron por vía diplomática haciendo valer la Doctrina de Monroe. Esto también se debió a los lazos intercontinentales fortalecidos en el Congreso Americano en Washington en 1901–1902. Gracias a su mediación los europeos se vieron forzados a retirarse. Es decir, para evitar la intervención europea, Venezuela necesitaba apoyarse en otro poder extranjero, la nueva fuerza hegemónica continental.

²²⁹ En cuanto al carácter personal cabe señalar que eran muy distintos. Mientras Castro era un buen orador, *bon vivant* y mujeriego a quien no le importaba el equilibrio presupuestal, Gómez, de pocas palabras aunque gozando de un cierto carisma sometió la tarea de poner las finanzas del Estado en orden encima de todo.

²³⁰ Zeuske (2008), 316–328.

²³¹ Fiebig von Hase (1986).

Con Castro y aún más con Gómez²³² se pacificó y se desarrolló económicamente el país. Gómez, un autodidacta que tuvo el monopolio para abastecer la capital con reses, tuvo talento organizativo y financiero. Con él empezó un periodo de construcción de instituciones, de edificios públicos y de transportes.²³³ La nueva Constitución del 5 de agosto de 1909 aumentaba el periodo presidencial a seis años. Gómez se instaló en Caracas para quedarse. Cuando se dio inicio a los preparativos para el Centenario el país apenas estaba recuperándose. Venezuela era un país que carecía de credibilidad en el exterior, con un régimen corrupto sin métodos administrativos ni rigidez. El gobierno de Gómez aprovechó las fiestas del Centenario para profundizar su política de austeridad, de represión contra los adversarios y de propaganda para sus actuaciones. Se distanció con un lenguaje brusco del caudillismo en general y de Castro en particular, de “la acción regresiva de caudillejos vulgares, responsables de que no hubiese entrado antes Venezuela en la corriente de civilización en que ahora adelanta”.²³⁴

Por otra parte, en Colombia la celebración de los cien años de independencia tuvo lugar en un ambiente muy difícil: la sociedad seguía en un estado de fragmentación. Durante todo el siglo XIX no hubo ningún periodo de más de una década sin que algún grupo de ciudadanos se armara en contra de algún gobierno local, regional o nacional. En 1899 estalló la mayor y más cruel guerra civil desde las guerras de independencia, la llamada Guerra de los Mil Días.²³⁵ A partir de fines de los años 1830 se formaron el Partido Liberal y el Partido Conservador. Los partidos políticos fueron pilares del naciente sistema republicano de Colombia. Fueron la institución crucial para seleccionar los políticos ejecutivos y los legisladores quienes se presentaron en las elecciones,

²³² Gómez era el Vicepresidente en el gobierno de Castro. Aprovechó un viaje de Castro a Alemania para operarse y asumió el poder.

²³³ Zeuske (2008), 331–366.

²³⁴ Venezuela en el Centenario de su Independencia (1912), XIII.

²³⁵ Bergquist (1978).

los partidos políticos también determinaron los temas políticos. A pesar de que, con el tiempo, se organizaron fracciones, tales como los radicales dentro de la familia liberal o de los conservadores históricos dentro del conservadurismo, el Partido Liberal y el Partido Conservador perduraron. Fueron actores de movilización durante las guerras civiles y motines a través de sus redes clientelistas. Tan solo en los años 1880 con los Independentientes se formó un nuevo movimiento con seguidores en ambos partidos. Otro aspecto importante de la cultura política colombiana fue el fuerte regionalismo, especialmente notable en Antioquia, en algunos lugares de la Costa Caribe y el Istmo de Panamá. Asimismo, algunos ciudadanos y extranjeros de Panamá en 1903, apoyados por los EE.UU., optaron por la separación de Colombia sin que las élites en Bogotá hayan sido capaces de reconocer lo que iba a pasar y tomar medidas adecuadas a tiempo.²³⁶

Consumada la Guerra de los Mil Días y la pérdida de Panamá, las élites de Colombia se dieron cuenta de que su idea de comunidad nacional, de República y de Estado-nación había fracasado.²³⁷ A partir de 1904 se dedicaron a la reconstrucción institucional y económica, la reconciliación así como la construcción de una conciencia nacional renovada y más fuerte. En 1904 empezó el quinquenio de Rafael Reyes (1904–1909). Reyes, quien pertenecía al conservadurismo, fue elegido con abstención de los liberales. Puesto que urgía construir un “clima de convivencia” y un consenso nacional acerca de la defensa de la soberanía hacia afuera, Reyes dejó participar a algunos liberales destacados en su gobierno. Por consiguiente, las palabras claves del discurso establecido en la prensa eran la “unidad nacional”, “la tolerancia” (acerca del enemigo político), la “reconciliación” consideradas como necesarias para “hacer patria”.²³⁸ Se recordaron los valores hispanistas postulados por el escritor uruguayo José Enrique Rodó en su obra *Ariel* publicada en 1900 como respuesta

²³⁶ Fischer (2004); Schuster (2006).

²³⁷ Palacios (1995), 60–71.

²³⁸ Kusche (2002), 229 ss.

a la expansión estadounidense en el Caribe.²³⁹ El siglo XIX fue interpretado como un periodo de errores políticos, de sectarismo, y la Guerra de los Mil Días y la separación de Panamá como catástrofe y cesura epocal. Se necesitaba un nuevo comienzo, una segunda independencia. Los motines, contiendas y guerras civiles ya no eran considerados como deporte y pecado de caballeros sino que fueron desacreditados ante la opinión pública. El lema del gobierno de Reyes entonces era “paz y progreso”. Para crear una situación de despertar y de esperanza pidió un Estado fuerte, menos política, intervención estatal, más educación y – ante todo – condiciones favorables al desarrollo económico (“trabajo”). La realidad política fue otra: en efecto, Reyes profundizó el autoritarismo y debilitó el control democrático y las fuerzas opositoras. Imperaba el favoritismo, la corrupción y el “parroquialismo cultural”.²⁴⁰ La oposición republicana capitalizó esta constelación para pedir cambios a fondo y reformas estatales. Finalmente Reyes se vio obligado a dimitir cuando estudiantes y otros grupos de la sociedad criticaron al presidente a raíz del Convenio de Panamá con los EE.UU. que supuestamente favoreció la corrupción al más alto nivel. Siguieron el gobierno provisional de Ramón González Valencia (1909–1910) y el gobierno de Carlos E. Restrepo (1910–1914).

Las élites querían aprovechar el momento del Centenario de la independencia. Dijo el alcalde de Bogotá en su alocución el 20 de Julio 1910: “¡¡Bogotanos!! Hemos pasado la primera etapa de la vida nacional entre asperezas y quebrantos como ha acontecido a pueblos más ricos y más afortunados que nosotros. El pasado no debe ser motivo de desconuelo y desencanto sino lección fecunda para vencer el porvenir. Hagamos consistir la fuerza de la República de la justicia, y su prosperidad en la paz.”²⁴¹ En palabras parecidas expresó este deseo

²³⁹ Rodó (1964).

²⁴⁰ Palacios (1995), 93; Henderson (2001), 53–63; König (2008), 106–108.

²⁴¹ Tovar (1910), 201.

Guillermo Camacho en sus palabras introductorias para el *Compendio sobre el Centenario* editado por Lorenzo Marroquín y Emiliano Isaza: “La fuerza nos quitó el yugo extranjero, más la libertad y la democracia no pueden conquistarse sino por medio de la educación y de la paz. Estamos en el deber de sacudir el yugo onerosísimo de nuestros propios errores. Hemos venido caminando – con treguas momentáneas – entre la dictadura, más o menos disfrazada, y la anarquía.”²⁴² Pero dados un Estado endeudado, una moneda devaluada, un presupuesto que solamente disponía de fondos pequeños, y además instituciones todavía débiles no se podían emprender grandes obras públicas.

La celebración del Centenario en Caracas

En la celebración del Centenario de Venezuela la capital fue el lugar donde más actividades se desarrollaron. La fecha más conveniente para celebrar fue el 19 de abril. En este Día Nacional se conmemoró el comienzo del proceso de independencia poniendo de relieve de esta manera a Caracas “como la primera con claras intenciones separatistas”.²⁴³ Con Caracas como cuna y precursora del movimiento de independencia, se le dio gran importancia a la capital como centro político e ideológico no solamente en Venezuela, sino también en otras partes de Sudamérica.

El presidente Gómez fue el personaje más importante en la toma de decisiones del qué y del cómo de los preparativos. A pesar de que solía estar en su hacienda en el Estado de Aragua, estaba involucrado en la toma de las decisiones estratégicas a través de sus decretos, todos publicados en el compendio oficial *Venezuela en el Centenario de su Independencia, 1811–1911*. El presidente no era el único personaje para determinar la ideología oficial; él fue apoyado por el Ministerio de Relaciones Interiores y el Ministerio de Relaciones Exteriores. Además, el Gobernador del Distrito Federal, el general

²⁴² Marroquín e Isaza (1911), VIII.

²⁴³ Freitas (2011), 61.

Francisco Antonio Colmenares Pacheco, se empeñó de la organización de los festejos. La divulgación de las decisiones tomadas por Gómez, el Ministerio de Relaciones Interiores y Colmenares Pacheco se hizo a través de la *Gazeta Municipal de Gobierno* del Distrito Federal. Puesto que la última responsabilidad del programa caía sobre el gobierno, la celebración del Centenario tuvo un toque oficialista. En consecuencia los festejos fueron financiados ante todo a través de recursos provenientes del presupuesto nacional. Los miembros del parlamento también cooperaron. Aparte del Congreso, el presidente fue asesorado por la Academia Nacional de Historia y muchos intelectuales positivistas del país quienes integraron “las diversas juntas, comisiones, junto a empresarios y viejos políticos liberales”.²⁴⁴ Además, las escuelas fueron involucradas en la organización de los festejos. Referente a la divulgación de la información la prensa, en particular *El Universal* y *El Cojo Ilustrado*, jugaron un papel importante.

Según Leonor de Freitas el presidente Gómez aprovechó los festejos “como un modo de legitimarse en el poder”; él quería implementar un modelo político autoritario y consolidarse en el poder. Pretendía profundizar el sentido patriótico entre los ciudadanos y aumentar la aprobación como presidente que mejor representaba este espíritu.²⁴⁵ Si bien Gómez era el estadista más importante, llama la atención que él no pronunció ningún discurso programático en esta cita con la historia patria.

Los organizadores del Centenario elaboraron para el día festivo un nuevo diseño del espacio público: se izó la bandera de la República, se hicieron retretas y quema de fuegos artificiales, se iluminaron extraordinariamente algunos edificios, plazas y calles históricas, escogidos como lugares de conmemoración,²⁴⁶ se hicieron juegos de agua y arreglos florales. Además, se

²⁴⁴ Esteva-Grillet (2010), 316.

²⁴⁵ Freitas (2011) 71 y 88.

²⁴⁶ El concepto del lugar de memoria fue elaborado por Nora (1984–1992).

organizaron banquetes populares y representaciones teatrales, conciertos y grupos alegóricos. Hubo misas y un certamen literario. Las bandas que tocaron música – en particular el himno nacional – y los desfiles militares también formaron parte del programa. Freitas alega que hubo participación popular y de esta manera se construyeron cohesión social y unidad.²⁴⁷ Pero las (pocas) fotos tomadas de las celebraciones hacen suponer que si bien hubo una cierta asistencia del pueblo, ésta fue limitada y controlada “desde arriba”. No era deseado que la “gente de baja clase” participara. El pueblo tampoco estaba representado en los discursos pronunciados y los textos publicados.

El programa del Centenario se centró en dos temas: en la conmemoración de la destitución de Vicente Emparán por el Cabildo Abierto de Caracas el 19 de abril de 1810 y en homenajes de Bolívar. Mientras el primer tema encajó perfectamente con la fecha que se iba a celebrar, el segundo simplemente era inevitable dado que en el último tercio del siglo XIX este héroe se había consolidado como *el* símbolo de la conquista de la soberanía nacional.²⁴⁸ La celebración del Centenario entonces también se inscribió en el culto del Libertador. Siendo oriundo de Caracas, Bolívar representaba a los ciudadanos de la capital, de Venezuela y de los países andinos. Simbolizaba la firme convicción de la necesidad de construir un espacio soberano e independiente en Sudamérica, el decisionismo acerca de la lucha armada para conseguir la libertad, el compromiso con la causa de los patriotas, la capacidad como líder y como estratega, la integridad referente a sus opiniones, el talento intelectual y la visión política (tanto como dictador como representante del republicanismo). Con todo, este personaje era considerado como *el* arquetipo del sueño de la independencia, *el* padre de Venezuela y *el* precursor del pensamiento panamericano.

²⁴⁷ Freitas (2011), 23.

²⁴⁸ Harwich Vallenilla (2003).

Un aspecto particular de la celebración del Centenario fue la inauguración de algunas obras públicas y el comienzo de otras: se había remodelado el salón del Concejo Municipal, restaurado la casa del Libertador (que se había comprado) y renovado el Teatro Municipal para esta fiesta. También se había comprado una lápida para la tumba del artista Cristóbal Rojas y se habían efectuado trabajos en el Cementerio del Sur.²⁴⁹ Entre las obras con actos fundacionales destacaron la Biblioteca Nacional, la reconstrucción del Panteón, la construcción de la Avenida 19 de Diciembre, el Edificio de Correos y Telégrafos y el Edificio Archivo y Registro.

Las celebraciones empezaron el 18 de abril 1910. El programa fue documentado en el compendio *El 19 Abril en Caracas 1910*. En este día el Ministro de Instrucción Pública, Trino Baptista, y el Gobernador del Distrito Federal, el General Francisco Colmenares, se trasladaron a las 9:30 en compañía de los miembros del Consejo Municipal al Cementerio General del Sur a la Capilla de la Necrópolis.²⁵⁰ Luego se inauguró el monumento en honor a Cristóbal Ríoja, considerado el padre de la pintura venezolana, con un discurso pronunciado por Félix Quintero. Al mediodía se izó la bandera de la República y le fue tributado un homenaje por las bandas militares del Distrito. Una vez terminada la siesta, a las 8 de la noche se iluminó el salón donde sesionaba el Consejo Municipal. También fueron alumbrados la Plaza Bolívar, los boulevares, el Capitolio así como los frentes del Palacio de Gobernación y Justicia, del Ministerio de Relaciones Exteriores, de la Casa Amarilla y de la Catedral. Hubo fuegos artificiales en la Plaza Bolívar.²⁵¹ Esta ceremonia se repitió el día siguiente.

El Día Nacional, el 19 de abril, los caraqueños fueron despertados a las seis de la mañana por salvas de artillería en la Planicie Cajigal. A las 9:00 siguió la

²⁴⁹ Freitas (2011), 76.

²⁵⁰ El 19 de Abril en Caracas (1910), 9–13.

²⁵¹ Freitas (2011), 102.

presentación de armas ante el presidente provisional de la República, ministros de despacho, consejeros de gobierno y demás empleados oficiales. El presbítero Ricardo Arteaga ofreció un discurso de orden. Al mismo tiempo se instalaron en el Palacio Legislativo la Cámara de Diputados y la Cámara del Senado. Además, en el Salón de Sesiones se constituyó el nuevo Consejo Constitucional del Distrito Federal; el presidente saludó los consejeros con un discurso de orden. En esta ocasión fue descorrido el velo que ocultaba el retrato de Francisco Salias quien había atajado al Capitán General Emparán en 1810, pintado por Antonio Herrera Toro. El consejo recibió delegaciones de la Asamblea de Delegados de las Sociedades Benéficas y Religiosas y del Colegio de Abogados.

En la Iglesia Metropolitana se cantó el *Te Deum* en presencia del ejecutivo nacional y miembros del ejército. El presbítero doctor Ricardo Arteaga tomó la palabra pronunciando una oración elocuente en la que insistió en las buenas obras que hizo la iglesia católica en América para conseguir la unidad de fe, del orden, del reposo, de la educación, de la ciencia y las costumbres. Subrayó que los religiosos participaron en el proceso de independencia venezolana. Según la interpretación del presbítero, la separación de Venezuela de España tenía que pasar “puesto que todo está subordinado a la Providencia”.²⁵²

Una vez terminado este acto el presidente y su comitiva procedieron al lugar designado para colocar la primera piedra de la Biblioteca Nacional (entre la Universidad y el Palacio de las Academias). Luego, a las diez y media, se dirigieron al Panteón Nacional donde tuvo lugar la ceremonia inicial de la reconstrucción del edificio que guardaba las cenizas de Bolívar y los héroes de la independencia. A las 11:30 fue colocada la primera piedra del Hospital Vargas; en este acto también estaba presente “el pueblo”.²⁵³ A mediodía se escucharon de nuevo salvas de artillería y se dio inicio a los banquetes populares en todas las parroquias urbanas del Departamento del Libertador.

²⁵² El 19 de Abril en Caracas (1910), 64.

²⁵³ Freitas (2011), 98.

A las tres de la tarde se reunieron las dos Cámaras en el Congreso para recibir el mensaje presidencial y las memorias de los ministros del despacho. A las cuatro y media de la tarde se colocó la primera piedra del monumento del 19 de Abril de 1810 en la avenida de El Paraíso. El presidente también presenció este acto; se entonó una vez más el himno nacional. El doctor Gonzalo Picón Febres pronunció un discurso en el que hizo un llamamiento a los ciudadanos para movilizar sus sentimientos de la patria dado “que los pueblos no pueden vivir sino en el orden”.²⁵⁴

Para las 5:30 estaba previsto el trasladar de una corona, una ofrenda floral, para el “*Padre de la Patria*”, el Libertador Simón Bolívar. El diputado Ezequiel Vivas pronunció un discurso. También se develó la lápida conmemorativa que se colocó en la fachada del edificio del Ministerio de Relaciones Exteriores, en el que se encontraba la antigua sede del Ayuntamiento de Caracas, traída por la gobernación del Distrito Federal. Se entonó nuevamente el himno nacional cuando el presidente entró y recorrió el velo que ocultaba la lápida. Se leyó el Acta de la sesión del Ayuntamiento de Caracas del 19 de abril de 1810. Siguió un discurso del General Tosta García, miembro del Consejo Municipal de Caracas, quien hizo una analogía entre los hechos y el marco constitucional en la época del 19 de abril 1810 y la actualidad política bajo el régimen gomecista. La característica en común entonces era el anhelo por la paz, la armonía, la justicia, el trabajo, la construcción de edificios públicos y de infraestructura y la compra de armas, garantizando “una nueva era de bienestar y progreso”.²⁵⁵ Una vez terminada la lectura del Acta y el discurso de Tosta García, el presidente y su entorno se dirigieron a la Casa Amarilla para la transmisión de los poderes. El doctor Emilio Constantino Guerrero, presidente de la Corte Federal y de Casación, pronunció otro discurso parecido a los que se habían escuchado anteriormente.

²⁵⁴ El 19 de Abril en Caracas (1910), 84.

²⁵⁵ El 19 Abril en Caracas (1910), 92.

Posteriormente el escenario de celebración pasó al Teatro Municipal donde se reunieron representantes de la alta sociedad caraqueña así como representantes de los presidentes de las municipalidades y de los presidentes de los Estados para la velada artística. El Teatro Municipal entonces era el lugar para la parte social y cultural de la celebración del Centenario. Comparado con los años anteriores, esta parte fue la más novedosa. La ceremonia empezó con los alumnos de la Academia Nacional de Bellas Artes quienes cantaron el himno nacional, el himno patriótico *Miranda*, la *Fantasia sobre el Himno Nacional*, las *Queseras del Medio* y la *Batalla de Carabobo*. Además, se presentaron cuadros vivos alegóricos. A esto se sumó una presentación de las señoritas de la alta sociedad caraqueña quienes interpretaron la *Apoteosis del Libertador*.

El punto culminante de este evento conmemorativo era la adjudicación de los premios del certamen literario organizado por la gobernación del Distrito Federal y promovido por el General Pacheco en torno al significado del 19 de abril. El jurado premió la prosa de Laureano Vallenilla Lanz sobre la *Influencia del 19 de abril en la independencia suramericana* y los versos del poeta Ismael Urdaneta sobre *Los Libertadores*. Ambos textos fueron leídos en un acto solemne. Vallenilla Lanz trató de reconciliar la herencia española con las ideas jacobinistas de Francia, incorporándolos en el contexto nacional de Venezuela.²⁵⁶ Encontró el principio representativo en la práctica española de cabildos. Según este intelectual, en el marco de la cultura administrativo-política de esta institución se desarrollaron y difundieron las ideas políticas revolucionarias, inspiradas por la constitución de EE.UU., en toda Hispanoamérica. Una vez constatado esto, sugirió que el Cabildo de Caracas hubiera sido el primero en declarar su autonomía de España, elaborar su propio derecho y enseguida construir la institucionalidad republicana. Según esta interpretación, Caracas dio el ejemplo a otros municipios y territorios. Este argumento fomentó no solamente el discurso de la primacía de la capital

²⁵⁶ Vallenilla Lanz (1910).

venezolana por encima de los otros municipios del país, sino que dio a Venezuela un papel destacado entre las repúblicas hispanoamericanas. Terminó alegando que Bolívar, el hombre fuerte del proceso de independencia, no llegó a terminar la obra empezada con el proceso de la independencia y que hasta la actualidad este ideal quedara amenazado. Vallenilla Lanz publicó su discurso como “homenaje de respeto” para el presidente Gómez.

En Caracas las fiestas siguieron en el año 1911. Se terminaron varias obras públicas y distintos monumentos para el uso estatal y público. También se realizó un Congreso Bolivariano (“*Congreso Boliviano*”), con representación de la comunidad internacional, entre ellos todos los países andinos, Haití, los EE.UU. y la “*Madre Patria*” España.²⁵⁷ Esta reunión serviría al país para recuperar su *agency* a nivel internacional que se había perdido durante la crisis de los años 1902–1903. Gómez también aprovechó la presencia de representantes extranjeros en el país para fortalecer su perfil frente a Cipriano Castro, el “tirano prófugo”.²⁵⁸ Además, el gobierno quería reconciliarse con la “*Madre Patria*”. En 1911 también se profundizó el pensamiento bolivariano con la inauguración de la estatua *El Paraíso*.

La celebración del Centenario en Bogotá

En Colombia, al igual que en el país vecino, la capital fue el emplazamiento principal de la celebración del Centenario. Dada la importancia política de Bogotá, se había escogido el 20 de julio como Día Nacional. La coordinación de la celebración del Centenario a nivel nacional corrió primero sobre la Junta Nacional que se había constituido a través del decreto presidencial 1300 del 22 de octubre de 1907. Dicho comité, compuesto por políticos y altos oficiales, no produjo grandes avances (no solamente por falta de entusiasmo y de ideas, sino también por los escasos recursos), así que, el 21 de agosto del mismo año, el

²⁵⁷ Venezuela en el Centenario de su Independencia (1912), 135–265.

²⁵⁸ La primera centuria, Venezuela en el Centenario de su Independencia (1912), XIII.

presidente Ramón González Valencia expidió el decreto 61 para nombrar una nueva comisión que también fue renovada en varias ocasiones.

A principios del año 1910 casi nada estaba decidido y muy poco preparado. Así fue que la Comisión del Centenario tuvo que cumplir con los preparativos de los festejos en tan sólo cinco meses, y a los mismos bogotanos les sorprendió que estos trabajos fueran ejecutados a tiempo. Es de suponer que esta labor no se hubiera terminado sin la participación activa de la sociedad civil y de la iglesia católica. La importancia de la iglesia y del rito religioso se debía a la influencia de los conservadores, el grupo más fuerte del país. La participación de la sociedad civil tenía que ver con la debilidad de las instituciones colombianas y la falta de recursos económicos. El apoyo de los ciudadanos entonces era imprescindible. Los organizadores principales del Centenario, tanto de la Comisión como de la sociedad civil, pertenecían a las familias adineradas, poderosas y tradicionales. Eran cercanos al gobierno o al Partido Liberal, pertenecían al sector de medios masivos o bien al empresariado. Plasmaron un ideal del “hombre colombiano” definido como “hombre educado para desempeñar roles en una sociedad culta”.²⁵⁹ Los ciudadanos “comunes” y los intelectuales también discutieron sobre el significado de la independencia para el país e hicieron propuestas para celebrar este evento. Años antes de 1910 empezaron a cruzar opiniones acerca del tema y esto no terminó una vez consumados los festejos del Centenario. Los medios masivos (*El Nuevo Tiempo*) al igual que las revistas de las instituciones oficiales (*Diario Oficial*, *Revista de la Instrucción Pública de Colombia*, *Registro Municipal de Bogotá*, *Revista del Centenario*) y privadas (*Revista del Colegio del Rosario*), las revistas de los expertos de historia (*Boletín de Historia y Antigüedades*), las revistas que leyeron las élites e intelectuales (*La Revista*, *Colombia Artística*) y el órgano de la Arquidiócesis de Bogotá (*La Iglesia*) también opinaron sobre los procesos históricos y comentaron su significado para la orientación en la actualidad.

²⁵⁹ Acevedo Tarazona (2011).

Podía constatarse entonces una cierta sensibilidad dentro de la población hacia la temática.

El Centenario de la independencia celebrado en Bogotá se destacó por su gran diversidad en cuanto a los eventos que se conmemoraron, los temas que se abarcaron y los símbolos que se usaron.²⁶⁰ Fue notorio un cierto activismo. El orden y la dramaturgia así como algunos discursos pronunciados se describen en detalle en el compendio de documentación *Primer Centenario de la Independencia de Colombia. 1810-1910* y en la *Revista de Colombia*. Puntualiza Alejandro Garay: "Los festejos duraron 15 días, en los cuales se cumplió el programa fijado por la Comisión. En general, las celebraciones comenzaban a las nueve o diez de la mañana con algún homenaje, en la mayoría de los casos a un prócer, instalando en algún parque o plaza una escultura o un busto del mismo. En algunas ocasiones también se comenzaba con una misa, ya fuera en la catedral o en la iglesia de la Veracruz. En la tarde había inauguraciones de obras, almuerzos en colegios, obras de teatro, cabalgatas, honores militares, etcétera."²⁶¹

En la organización de los homenajes estaban representados distintos sectores institucionales y civiles: el gobierno, los ministros, la Alcaldía de Bogotá, representantes de partidos o corrientes políticas, la iglesia católica, instituciones públicas como el ejército y la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional, instituciones casi oficiales como la Academia Colombiana de Historia o la Sociedad Jurídica, institutos de educación y capacitación religiosos como el Colegio Nacional de San Bartolomé y el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario así como institutos de capacitación privada como la Escuela Central de Artes y Oficios. Las comunidades extranjeras y los cuerpos diplomáticos también participaron con discursos y actos simbólicos. Además, varios grupos

²⁶⁰ En los años previos la celebración del 20 de julio se delimitó a la lectura del Acta de la Independencia en la Plaza de Bolívar, seguido por un desfile militar por la Calle Séptima.

²⁶¹ Garay (2005).

de la sociedad bogotana hicieron manifestaciones, desfiles, reuniones y presentaciones teatrales que aludían a hechos históricos de las guerras de la independencia. También se organizaron banquetes y fiestas populares. A esto se sumaron retratos y ofrendas florales. Gracias a la iniciativa de distintos grupos y organizaciones de la sociedad se inauguraron el *Bolívar equestre* elaborado por el francés Emmanuel Frémiet, el monumento erigido en honor de Antonio Nariño, según los planes de Henri-Léon Greber, y la escultura de Policarpa Salavarrieta (la “Pola”) elaborada por Dionisio Cortés.²⁶² Además, se levantaron bustos en honor de Camilo Torres, de Antonio Ricaurte y de José de Caldas, y se colocaron placas en conmemoración de algunos eventos y estadistas de la independencia. A parte de ello se inauguraron parques, se bautizaron calles y plazas con el nombre de próceres o de batallas de la independencia. En cada ocasión un político o bien un intelectual pronunció un discurso de homenaje.

Los héroes que se escogieron para rendir homenaje a través de esculturas, el mensaje iconográfico que portaban estas figuras, el lugar dónde tenían que ser depositado y la forma cómo se iban a inaugurar despertaron discusiones agitadas con opiniones contrarias.²⁶³ La estatua más controversial fue el “gran monumento en bronce, que representaba a Bolívar rodeado de las estatuas alegóricas de las cinco naciones que fundó”.²⁶⁴ Esta estatua se había comisionado por el presidente Reyes en Europa.²⁶⁵ Mientras la expresión plástica del *Bolívar equestre* acentuó el carácter violento de la conquista de la independencia por los patriotas, el “*Bolívar Tenerani*” de 1846, tenía una apariencia más pacífica, majestuosa y civil: las virtudes de un hombre de Estado.²⁶⁶ Se decidió entonces no hacer competencia al Bolívar realizado por Pietro Tenerani, el presidente de la Gran Colombia, en el centro en la Plaza de

²⁶² No hubo “invasión de estatuas” como pretende Esquivel Suárez (2010), 156. Una “invasión de estatuas” hubo en Buenos Aires y en la Ciudad de México.

²⁶³ Véase acerca de la interpretación de monumentos nacionales con la teoría del campo social de Pierre Bourdieu el trabajo pionero de Tacke (1995).

²⁶⁴ Esquivel Suárez (2010), 269 s.

²⁶⁵ *Ibid.*, 270.

²⁶⁶ Borrero (1910); Vanegas Carrasco (2009), 3–5.

Bolívar, y depositar el *Bolívar equestre*, el Bolívar en actitud marcial, victorioso en la lucha patriótica contra los realistas, en el terreno conocido bajo el nombre Parque de la Independencia. La nueva estatua se inauguró el 25 de junio 1910 en el *Parque de la Independencia*. El Presidente de la República, el vicepresidente de la Asamblea Nacional, el presidente electo Carlos E. Restrepo y el vicepresidente del Congreso de estudiantes pronunciaron discursos. Las fotos del evento demuestran la presencia de mucha gente, entre ellos varios que estaban vestidos con trajes tradicionales del “pueblo”. El encontrar un lugar adecuado para la estatua de la “Pola” representando su momento de fusilamiento en 1817 fue aún más delicado. Finalmente fue erigida con los fondos de la Asociación de los Vecinos en la Plazuela de las Aguas, es decir en un barrio marginado. La presencia oficial era menos ilustre que en la inauguración del *Bolívar equestre*.²⁶⁷ El personaje monumentalizado menos disputado fue Antonio Nariño dado que éste hombre demostró cómo la capital colombiana repercutió sobre los sucesos de la independencia. La estatua del *Hombre de los Derechos Humanos* de Colombia consiguió su propia plaza en el centro y fue inaugurada el 20 de julio.²⁶⁸ Con el homenaje a este prócer, promovido por la Sociedad Científica Literaria Colombiana, la Sociedad Arboleda y Soledad Acosta de Samper, Bogotá pretendió consolidar su imagen como centro político y social de Colombia.

La discusión alrededor de los héroes de la patria mostró un aspecto particular del Centenario colombiano: no solamente hubo un sinnúmero de actividades en comparación con las celebraciones del 20 de julio anteriores, sino también éstas enviaron a menudo mensajes con sentidos contrarios al público. La línea divisoria más notoria era la coexistencia tanto del culto del hispanismo como el de de la guerra contra la Corona española (y los civiles colombianos realistas), o

²⁶⁷ Discurso del Sr. Manuel Alberto Vergara en la inauguración de la estatua de Policarpa Salavarrieta (1910); Vanegas Carrasco (2009), 6–9.

²⁶⁸ Vanegas Carrasco 2007.

sea el bolivarianismo. Esta diversidad ideológica no se debía a la falta de profesionalismo por parte del comité organizador, sino que reflejaba la fragmentación política de los colombianos que siguió existiendo. Los seguidores del hispanismo querían reconciliar lo “bueno” de la época colonial con la época de la República, insistiendo en la “civilización” que los españoles habían traído al Nuevo Mundo, es decir: el idioma castellano y la religión católica que habían implementado y a la misma vez negando el genocidio, la marginalización de los pueblos indígenas y de los esclavos negros traídos forzosamente. Por otra parte, los bolivarianos se abstendían de construir una línea de desarrollo armónica, desde la época colonial hasta el año 1910. Ellos concebían la separación de Colombia del imperio español como una ruptura necesaria para el desarrollo, glorificaban a los héroes que la habían luchado sin que se distinguieran completamente de la idea que la raza española era más capaz para alcanzar la civilización que las razas indígenas y negras. Entre los seguidores del concepto hispanista de la independencia estaban los conservadores en el poder, los cansados de las guerras civiles y la iglesia, entre los seguidores del bolivarianismo algunos académicos, intelectuales y políticos liberales. Con todo, la corriente hispanista predominaba aunque había espacios donde se expresaba el bolivarianismo liberal.

Los conservadores e hispanófilos celebraron juntos con la comunidad española el comienzo de la colonia cuando depositaron solemnemente una corona en la tumba del conquistador Quesada, el fundador de Bogotá. Este homenaje al punto de partida de la colonia tenía lugar el 15 de julio de 1910, el primer día de las celebraciones. Estaban presentes el presidente y su gabinete, el cuerpo diplomático, delegados de la Asamblea Nacional y del ejército así como miembros de sociedades científicas y literarias. España fue representada por Justo Garrido y Cisneros, el Encargado de Negocios y su orador, el padre Mateo Colón. La importancia de tan privilegiado lugar de España en el ciclo de los días festivos patrios de Colombia se justificó (posteriormente), según Marroquín e

Isaza, con la necesidad de pensar “la nacionalidad colombiana [junto] con sus antecedentes y sus orígenes”.²⁶⁹ Los autores expresaron su esperanza de que la idea de la hispanidad fuera el hilo directriz en la “vida futura de la República”.²⁷⁰ Con ello se quería consagrar la idea entre los ciudadanos colombianos que los españoles habían traído la “civilización”. En su discurso pronunciado en la solemne sesión de la Academia Colombiana del 17 de julio Don Antonio Gómez Restrepo, siguió esta línea de argumentación cuando subrayó con palabras enfáticas la obra de los españoles quienes habían implementado el idioma castellano en el continente.²⁷¹

En los días más importantes de las celebraciones, el 20 de julio, y el día antes del Día Nacional, los momentos cruciales de la separación del imperio español, el hispanismo siguió presente. Además, varios oradores reiteraron que habría que superar de una vez por todas las guerras civiles que habían marcado la historia del país. El 19 de julio comenzó con desfiles de bandas nacionales que caminaron por las calles principales. Se cantaron los himnos nacionales de Colombia, Venezuela y Ecuador. Esto se debió a la instalación del Congreso de Estudiantes de estos tres países que a partir de 1819/21 hasta 1830 conformaron la Gran Colombia. Este Congreso impulsado por un grupo de estudiantes de las universidades bogotanas tuvo lugar en el Teatro Colón. Tuvo un carácter casi oficial. Asimismo al banquete del Consejo Municipal en el Palacio de San Carlos concurrieron el presidente y otros altos funcionarios. Se colocó una placa y se hizo una procesión de Santa Librada. La actuación de la juventud estudiantil mostró claramente que las jóvenes generaciones pertenecientes a la clase dirigente y los intelectuales estaban convencidas de la necesidad de participar en la reconstrucción de Colombia y de los contactos con Venezuela y Ecuador. El Dr. Luis Zea Uribe subrayó en su discurso que se trataría de “conducir estos

²⁶⁹ Marroquín e Isaza (1911), 29.

²⁷⁰ *Ibid.*, 30.

²⁷¹ Gómez (2010), 273–280.

pueblos a la cúspide de la civilización y el poderío". Habría que dejar atrás los "odios de partido y de secta, que fueron nuestra perdición y nuestra ruina" y mirar adelante, erigiendo instituciones "nutridos con la ciencia que es la fuerza, y con la filosofía que es la tolerancia".²⁷²

En la noche del 19 de julio la Plaza de Bolívar, iluminada por la Empresa Eléctrica Hijos de Miguel Samper, fue el lugar donde continuó la celebración.²⁷³ En este emplazamiento emblemático se habían instalado bandas del ejército y otras orquestas. A media noche las campanas de todas las iglesias sonaron. Se calculaba que había aproximadamente 40 mil personas reunidas alrededor de la estatua del "*Bolívar Tenerani*" gritando "¡Viva Colombia!". La multitud cantó con lágrimas en los ojos el himno nacional.²⁷⁴ En la mañana el pueblo de nuevo se reunió en la plaza principal de Bogotá para cantar el himno nacional de Colombia en el Atrio del Capitolio. Siguió un discurso leído ante la estatua del "*Bolívar Tenerani*" por el presidente. Se celebró una misa para el pueblo en el Panteón de los Próceres en el humilde Párroco de La Veracruz y el tradicional *Te Deum* con participación del alto clero metropolitano en la Basílica Primada. El rector del Colegio del Rosario, el Canónigo Doctor Rafael María Carrasquilla, pronunció un discurso en el que hizo hincapié en los logros civilizatorios de la colonia en general y en el papel de la iglesia católica en particular: "La Iglesia fue la civilizadora de nuestra Nación, la libertadora de nuestra Patria, la fundadora de nuestra República".²⁷⁵ Posteriormente el presidente recibió al cuerpo diplomático y consular. A mediodía se instauró la institución de Instrucción Pública y Primaria. La Asamblea Nacional también empezó su labor. Mientras tanto el público procedió de la Plaza de Bolívar a la de Nariño donde se inauguró el monumento con participación de gente humilde y de las damas convocadas por Soledad Acosta de Samper. El acto simbólico crucial fue la decoración del prócer con una corona brindada por la Sociedad de

²⁷² Banquete en honor del Congreso de Estudiantes (1910), 306.

²⁷³ Además, cada noche hubo iluminaciones eléctricas en las Avenidas de Colón y la Plaza de Nariño.

²⁷⁴ Promesas del Centenario (1910), 194 y 202.

²⁷⁵ Carrasquilla (1910), 401.

Socorros Mutuos. Se cantó una vez más el himno nacional. En la noche hubo una “procesión histórica” por las calles de la capital. Se podían ver carros alegóricos representando temas como “el descubrimiento de América”, “Nariño en Pasto”, etc.²⁷⁶

A los homenajes, desfiles, manifestaciones, misas y la exposición asistió mucha gente. Entre ellos eran visibles ante todo el presidente, los ministros, los caballeros, las damas y los funcionarios de gobierno, en otras palabras: los que se consideraban “la gente de bien”. También eran visibles los alumnos y alumnas así como los empleados de los colegios de la capital, dado que los 15 días de las fiestas patrias fueron de vacaciones, con obligación para asistir a “los actos respectivos, conforme al programa de la Junta del Centenario”.²⁷⁷ Además, estaban presente numerosos “ciudadanos comunes” puesto que los medios masivos despertaron su interés. El público no solamente vino desde Bogotá y sus alrededores, sino también de otras regiones más lejanas del país. Los hoteleros y los dueños de tiendas y bares se beneficiaron del turismo centenarista. Cada día, una vez concluidos los eventos, los ciudadanos “de gente de bien” se reunieron en grupos de tertulias, círculos literarios o sociedades científicas para hablar sobre los temas del día. En sus discusiones incluyeron el llamado “problema social”, la actualidad política y otros más.²⁷⁸

La gente humilde, algunos obreros, artesanos y empleados en el servicio doméstico, también vinieron para gozar uno u otro evento. Una vez consumado el homenaje, la gente se reunió en sus bares para discutir, bailar, cantar, gritar y jugar hasta el amanecer. Observa Alexander Pereira Fernández que, además, varias personas “calentanos” y “guaches” asistieron a los festejos. Pero los “cachacos” bogotanos, en su afán de aparentar y distinguirse,²⁷⁹ mostraron

²⁷⁶ Promesas del Centenario (1910), 206.

²⁷⁷ Revista de la Instrucción Pública de Colombia (1910), 2.

²⁷⁸ AcevedoTarazona (2011).

²⁷⁹ Fischer (1999).

acerca de ellos una “subvaloración en términos elitistas”.²⁸⁰ Eran ellos, la “gente de bien”, que querían definir lo que era la patria, cuál era su origen y cómo había que guardarla. Al pretender ser los herederos verdaderos de los fundadores de Colombia, a través del vínculo de sangre, la formación y capacidad intelectual, el manejo culto del castellano, el estilo de vida noble y la atención acerca de los papeles distintos de los géneros querían construir una diferencia simbólica manifiesta entre ellos y los “otros”. “Su” nación era de predominio de raza española, de color blanco, de religión católica, por ende: de corte conservador.

Un componente muy importante y novedoso de los festejos fue la Exposición Industrial y Agrícola en el Parque de la Independencia.²⁸¹ El Parque de la Independencia se abrió para el público en la primera noche de los festejos, el 15 de julio, y la inauguración oficial de la exposición tuvo lugar el 23 de julio con la participación de alrededor de 40 mil personas.²⁸² Fue inspirada por las grandes exposiciones mundiales aunque no quería copiarlas.²⁸³ Hubo antecedentes en Colombia en los años 1871, 1872, 1880, 1881, 1899 y 1907, pero éstas no adquirieron las mismas dimensiones. Los cuatro pabellones albergaron la producción de objetos materiales de diferentes sectores, regiones y grupos sociales y étnicos. Los pabellones así como los kioscos en el terreno de la feria fueron construidos por arquitectos colombianos. En el Pabellón de las Máquinas y el Pabellón de las Industrias se exponían diversos productos y máquinas colombianos: pulidoras y piladoras de café, artículos de cerámica, zapatería, sastrería, muebles, jabones, productos farmacéuticos, chocolates y cigarros. El Pabellón de las Bellas Artes reunió las obras de pintores del país. El visitante podía contemplar los héroes nacionales conforme con criterios contemporáneos, dirigentes políticos y arte sacro.²⁸⁴ El Pabellón Egipcio, construido según el Templo de Edfú, no tenía sentido práctico, sino que respondía a sentimientos de

²⁸⁰ Pereira Fernández (2010), 82.

²⁸¹ Escovar Wilson-White (2010).

²⁸² Promesas del Centenario (1910), 213.

²⁸³ Es exagerada la afirmación de Juan Santiago Correa R. quien pretende lo siguiente: “[...] era una pálida copia del Campo de Marte, de Versalles y el majestuoso Palacio de Cristal”. Correa R. (2010), 289.

²⁸⁴ Garay (2006), 315.

diversión. En este edificio las damas de las Salas del Asilo vendían refrescos y comidas para recaudar dinero para su obra de beneficencia. Se podían observar algunos objetos, por ejemplo como grabados y bordados. Varios kioscos llamaban la atención: por ejemplo, para la construcción del Kiosco de la Luz por primera vez se había usado el cemento como material. En este edificio se guardaban las instalaciones de la Compañía de la Energía Eléctrica que proporcionó la luz eléctrica para el evento.²⁸⁵

La idea principal de la exposición fue mostrar los avances que hizo la nación colombiana en el proceso de la “civilización” durante los cien años desde 1810. Se esperaba de las exposiciones que fueran “galerías del progreso”.²⁸⁶ Lorenzo Marroquín, el cerebro de los organizadores del Centenario, subrayó en sus palabras de inauguración que este evento demostraba “la intensidad de la vida nacional, de la dirección que deben tomar nuestras energías”,²⁸⁷ y el presidente quien también estaba presente, quiso, para conseguir un mejor futuro, rescatar la energía positiva de todo un pueblo y borrar “de la historia Colombiana los errores de un siglo”.²⁸⁸ Si bien los exponados mostraron la diversidad de la producción económica, intelectual y artística del país, se puede dudar que “todo estaba dispuesto y organizado en cada una de las galerías”,²⁸⁹ dado que no se podía reconocer un concepto claro de la idea básica de esta exposición. La intención de los que enviaron sus productos y maquinarias era promoverlos.²⁹⁰ Puede decirse entonces que en cuanto a los objetos expuestos imperaba el criterio de la casualidad (se mostraba lo que se había recibido), faltaba un catálogo con ilustraciones, mapas, estadísticas y explicaciones adicionales. Con todo, los exponados estuvieron lejos de brindar una imagen completa de las regiones, de los grupos étnicos, de los géneros y de los productos nacionales.

²⁸⁵ Correa R. (2010), 287 s.

²⁸⁶ Andermann y González-Stephan (2006).

²⁸⁷ Cano Vargas (2010), 26.

²⁸⁸ Marroquín e Isaza (1911), 21; Escovar Wilson-White (2010), 552.

²⁸⁹ Cano Vargas (2010), 25.

²⁹⁰ Ariza (2010), 2.

Entonces, si bien los organizadores de la exposición buscaban construir una imagen de prosperidad y de solidez institucional, no lo consiguieron del todo. Esta colección de cultura material colombiana proyectó una imagen de nación exclusiva. Por ejemplo, llamó la atención la ausencia de la minería de metales preciosos cruciales para varias regiones²⁹¹ y la escasa representación del trabajo femenino así como de los grupos indígenas y negros. También saltó a la vista que en los cuatro pabellones no se quiso hacer referencia a las frecuentes guerras civiles que los contemporáneos consideraban como “industria”. Al parecer se quería borrar también este aspecto de la conciencia nacional de los colombianos. El gobierno y gran parte de las élites no querían pasar revista al siglo pasado, a las contiendas civiles y a las líneas divisorias de la sociedad; querían mirar hacia adelante, demostrando a los ciudadanos de manera algo superficial y poco duradera el potencial económico, intelectual y artístico del país.

En efecto, la exposición fue un éxito público: para ponerse al tanto sobre “los adelantos tanto materiales como culturales alcanzados hasta ese momento” asistieron miles de personas,²⁹² entre ellas muchas de origen humilde al igual que a la inauguración de los monumentos.²⁹³ El Parque de la Independencia y las exposiciones en los pabellones despertaron el interés de todo el mundo. Es de suponer que al Parque de la Independencia y a la exposición se podía gozar como un evento.²⁹⁴ Los visitantes entonces convirtieron este lugar en un espacio de encuentro, de fiesta, de placer, de sueños y de experiencia cultural. Posteriormente se conmemoraría como algo importante y extraordinario. Por el área de la Exposición se paseaba con voyeurismo, sin pensar en proyectos políticos. Mucha gente gozaba la exposición como un *show* cuyo uso para el Estado era limitado.²⁹⁵

²⁹¹ Correa R. (2010), 289.

²⁹² Garay (2005).

²⁹³ Cano Vargas (2010), 27.

²⁹⁴ Hitzler (2011), 11–21.

²⁹⁵ Esquivel Suárez (2010), 259.

Conclusión

El Centenario de la independencia de Venezuela y de Colombia fue celebrado como nunca se había celebrado un momento político en estas repúblicas. Caracas y Bogotá querían presentarse como centros de la política, del progreso económico y de la cultura. En ambas capitales el Centenario adquirió una magnitud impresionante en lo concerniente al dinero gastado, a la participación de gente influyente y de ciudadanos, a la cantidad de eventos, al tiempo que éstos consumieron, al uso de técnicas para poner en escena el espacio público y a la producción mediática, con todo, a la política de historia y la construcción de memoria colectiva. En este ensayo hemos tratado de reconstruir los actores de la planeación, la dramaturgia de los eventos, las formas para celebrar y el lenguaje de las historias contadas del Centenario en el espacio público de las capitales de estos países vecinos. En ambos Estados la directriz que inspiraba a los organizadores de los festejos era mirar adelante y dejar atrás las contiendas civiles. No obstante, cabe señalar que el contexto socio-económico y político, distinto en Venezuela y en Colombia, repercutió significativamente sobre las formas cómo se recordaba la independencia y sobre los significados dados a ésta por los contemporáneos. Pero esto no fue todo: en Venezuela (Caracas) y en Colombia (Bogotá) ya se habían desarrollado tradiciones distintas para celebrar estos momentos como parte de la cultura republicana, y la celebración del Centenario de ambos países culminó en el marco de estas tradiciones.

En Venezuela en 1910 el Centenario solamente se celebró durante dos días.²⁹⁶ Fue un programa compacto y bastante político en el que se recordó ante todo la pronunciación del Acta de la Independencia del 19 de abril 1810 y se celebró el comienzo de construcción y la inauguración de edificios públicos terminados. Estos actos conmemorativos continuaron en 1911. Por otra parte, en Colombia

²⁹⁶ Aparte de ello se celebraron otros Días Nacionales anuarios aunque éstos no cumplieron su centenario.

las fiestas, si bien eran centradas en el 20 de julio de 1810, duraron 15 días. Los organizadores inventaron todo un ciclo de eventos muy diversos que atrajo gran cantidad de gente, también de la “baja clase”. Hubo más participación ciudadana en la planeación que en Venezuela y en ésta se incorporaron empresas y voluntarios. En cuanto al tono del lenguaje de los discursos en los homenajes cabe constatar que en Bogotá era más enfático que en Caracas, y el público se dejó emocionar más por los rituales que en el país vecino.

No todo era inspirado por la política, no todo era política de historia, no todo produjo el efecto de conmemoración. El más importante evento del cual se podía dar una lectura apolítica fue la gran exposición en el Parque de la Independencia en Bogotá. Esta exposición quería brindar al gran público una visión viable de desarrollo económico, social y cultural. Fue un éxito al cual asistieron miles de ciudadanos. Para la gente “común” fue el evento más impactante y novedoso. Muchos colombianos se divertieron en el Parque de la Independencia y en la exposición. En Venezuela tampoco todo era conmemoración. También se quería mirar hacia adelante, y eso se hizo – con un fuerte toque de realismo – a través de las obras públicas que se proyectaron e inauguraron, aunque con menos movilización masiva. Si bien los organizadores del Centenario en Caracas y en Bogotá coincidían en el objetivo general, que se tenía que mirar hacia adelante para conquistar un estado mayor de “civilización”, defendían conceptos discrepantes referente a los temas y proyectos para los que se gastaba el dinero, la forma cómo se celebraba así como la participación de los ciudadanos.

En Caracas un pequeño grupo de administradores, políticos e intelectuales cercanos al presidente Gómez se empeñó en la organización del Centenario. Su intención era dar legitimidad a la actuación del gobierno, a su estilo autoritario, serio y poco espectacular. En cada discurso se quería legitimizar el régimen de Gómez, mientras que éste mismo no se pronunció. Si bien Bolívar inevitablemente resplandecía encima de todo, nunca se olvidó mencionar al presidente actual, quien asistió personalmente a muchos eventos. A parte del

presidente, las instituciones (numéricamente y en cuanto a la constancia) mejor representadas en la celebración del 19 de abril fueron el cuerpo militar (a través de sus desfiles y sus bandas de música), el Concejo Municipal y el parlamento. Con estas instituciones, vinculadas con el gobierno, el presidente y su entorno querían gestionar el *institution building* considerado como necesario para impulsar el proceso de “civilización”. Con la precariedad de la gobernabilidad a raíz del caudillismo secular de fondo, el sentido de la historia se basaba, según los gomecistas, en las necesidades de la actualidad. De allí el culto por Gómez como nuevo líder y figura de esperanza.

Por otra parte, en Colombia, provisto de un Estado frágil y un ejército débil y gobernado por un presidente interino poco carismático, se quería ante todo construir confianza entre los ciudadanos, confianza en el auge económico, en el trabajo, en la vida civilizada, en el orden social. Así lo analizó un comentarista quien observó la movilización masiva produciendo “el milagro de la fé y por ella tendremos una gran Patria y coronaremos en breve una hermosísima civilización”.²⁹⁷ La recuperación de la confianza era considerada como herramienta imprescindible para construir identidad nacional, y ésta fue vista como el requisito principal para generar la energía que se necesitaba para (re)construir el país. En consecuencia se contaba la historia nacional a partir de la independencia como sucesos para los que no hubo responsables. Esta narrativa excusó a los líderes políticos por su papel que habían jugado en las guerras civiles.

A nivel ideológico de la celebración del Centenario en Venezuela y en Colombia la diferencia más notoria era la lectura que se dio a la colonia. En Venezuela se solía mencionar a España como impulsora de los valores que acuñaron las sociedades latinoamericanas. Pero se insistió en la necesidad de separarse de la “*Madre Patria*” como acto de voluntad, y se glorificaba a los

²⁹⁷ Promesas del Centenario (1910), 195.

héroes de la independencia. Por otra parte, en Colombia el hispanismo y la colonia eran omnipresentes y, de ahí, no se quiso glorificar ningún momento de violencia contra España (aunque no se negó la sangre que habían derramado los héroes por el bien del país). Esta interpretación tenía que ver con las guerras civiles que habían afectado el desarrollo del país durante el siglo XIX. También se debía a una visión racista de la nación por parte de las élites que excluía a los indígenas y los negros. La religión católica fue considerada por los conservadores en el poder, como aceite imprescindible de la nación. Pero la incorporación del legado colonial y del concepto de la hispanidad también tenía que ver con el contexto externo. Mientras en Colombia la pérdida de Panamá solamente había podido ocurrir gracias al apoyo de empresas y del gobierno estadounidense, el gobierno de EE.UU. había protegido a Venezuela contra el intervencionismo europeo haciendo valer la Doctrina de Monroe. A diferencia de Venezuela los defensores de la soberanía colombiana entonces arraigaron su nacionalismo en un antinorteamericanismo espiritual como lo había postulado José Enrique Rodó en su “sermón laico” dedicado a la juventud latinoamericana en *Ariel*. Esta corriente armaba un pilar ideológico del conservadurismo en el poder cuyo representante más visible era Miguel Antonio Caro. El pensamiento hispanista de Caro quien había muerto en 1909 impulsó fuertemente los preparativos de las fiestas en Colombia.²⁹⁸ Por otro lado, en Venezuela la corriente para preservar la soberanía nacional era dirigida contra Europa. De allí que se fomentó un bolivarianismo antieuropeo. El culto de Bolívar era manifiesto en varios eventos, se erigieron monumentos durante el gobierno de Castro y esta línea se siguió en el gobierno de Gómez. En la figura de Bolívar se acentuó el héroe que había defendido la soberanía del país y quien había organizado y ordenado al país posteriormente a las guerras civiles. Esto era la tarea del poder estatal y del ejército. En Venezuela, provista con más laicismo

²⁹⁸ Rubiano Muñoz (2010); Holguín y Caro (1909); Calderón (1909); discurso de Marco Fidel Suárez, Isaza e Marroquín (1911), 102–117.

que Colombia no se necesitaba tanto apoyo por parte de la iglesia católica para mantener el orden público y la estructura social jerárquica.

Bibliografía

Literatura

- Acevedo Tarazona, Álvaro (2010): El primer centenario de Colombia (20 de Julio de 1910). Unidad nacional, iconografías y retóricas de una conmemoración, en: *Revista Credencial Historia* 12, 244–248.
- Almarza Villalobos, Ángel Rafael (2009): Conmemoración del Centenario del 19 de Abril en la Caracas de 1910. Afianzamiento y consolidación de una fiesta nacional en la época gomecista, en: *Bicentenario* 8 (1), 87–98.
- Andermann, Jens y González-Stephan, Beatriz (2006): Introducción, en: González-Stephan, Beatriz y Andermann, Jens (eds.): *Galerías del progreso. Museos, exposiciones y cultura visual en América Latina*. Rosario: Beatriz Viterbo Editores, 7–25.
- Ariza, Claudia (2010): La exposición del Centenario de la Independencia en Bogotá, en: *Historik* 1, 1–3.
- Bergquist, Charles (1978): *Coffee and Conflict in Colombia, 1886–1910*. Durham: Duke University Press.
- Blondet Serfaty, José Enrique y Salazar Bravo, Rosario (2000): Dos artistas de una celebración: 19 de abril de 1910, en: *Apuntes* 19 (2), 200–209.
- Cano Vargas, Alexander (2010): La Exposición Agrícola e Industrial del Centenario Colombiano y la Idea de Progreso en 1910, en: *Dominios da Imagem* 4 (7), 21–32.
- Correa R., Juan Santiago (2010): El Kiosco de la Luz en el Centenario de la Independencia, en: *Revista de Economía Institucional* 12 (22), 287–290.
- Esquivel Suárez, Fernando (2010): Altares para la nación: procesos de monumentalización en la celebración del centenario de la independencia, en: Rincón, Carlos et al. (eds.): *Entre el olvido y el recuerdo: Íconos, lugares de memoria y cánones de la historia y de la literatura en Colombia*. Bogotá: Universidad Javeriana, 255–279.
- Escovar Wilson-White, Alberto (2010): Bogotá en tiempos de la celebración del primer centenario de la independencia, en: *Historia Mexicana* 60 (1), 525–559.
- Esteva-Grillet, Roldán (2010): Las artes plásticas venezolanas en el Centenario de la Independencia, 1910–1911, en: *Historia Mexicana* 60 (1), 301–368.
- Fiebig von Hase, Ragnhild (1986): *Lateinamerika als Konfliktherd der deutsch-amerikanischen Beziehungen 1890 bis 1903. Vom Beginn der Panamerikapolitik bis zur Venezuelakrise von 1902/03*. Göttingen: Vandenhoeck & Rupprecht.

- Fischer, Thomas (1999): La "gente decente" de Bogotá – Estilo de vida y distinción en el siglo XIX – vistos por los viajeros extranjeros, en: *Revista Colombiana de Antropología* 35, 36–69.
- Fischer, Thomas (2004): Panamas „Unabhängigkeit“. Ein historiographischer Überblick, en: Zoller, Rüdiger (ed.): *Panama: 100 Jahre Unabhängigkeit. Handlungsspielräume und Transformationsprozesse einer Kanalrepublik*. Erlangen (Mesa Redonda 20), 23–50.
- Freitas, Leonor de (2011): *Centenario del 19 de abril 1810–1910. Consolidación del día inicial de la revolución de independencia en Caracas durante el gobierno del general Juan Vicente Gómez*. Caracas: Ministerio del Poder Popular para la Cultura.
- Garay, Alejandro (2005): La Exposición del Centenario: una aproximación a una narrativa nacional, en: Museo de Bogotá (ed.): *La ciudad de la luz. Bogotá y la Exposición Agrícola e Industrial de 1910*. Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá; Instituto Distrital de Cultura y Turismo, Museo de Bogotá, 1–100.
- Garay, Alejandro (2006): El campo artístico colombiano en el Salón de Arte de 1910, en: *Historia Crítica* 32, 302–333.
- Halbwachs, Maurice (1967): *Das kollektive Gedächtnis*. Stuttgart: Ferdinand Enke.
- Harwich Vallenilla, Nikita (2003): Un héroe para todas las causas. Bolívar en la historiografía, en: *Iberoamericana* 10, 7–22.
- Haupt, Heinz-Gerhard y Kocka, Jürgen (1996): *Geschichte und Vergleich. Ansätze und Ergebnisse international vergleichender Geschichtsschreibung*. Frankfurt/M.: Campus.
- Henderson, James (2001): *Modernization in Colombia. The Laureano Gómez Years, 1889–1965*. Miami: University Press of Florida.
- Hitzler, Ronald (2011): *Eventisierung. Drei Fallstudien zum marketingstrategischen Massen-spaß*. Wiesbaden: VS Verlag für Sozialwissenschaften.
- König, Hans-Joachim (2008): *Kleine Geschichte Kolumbiens*. München: C. H. Beck.
- Kusche, Dagmar (2002): *Nationale Identität und Massenmedien in Kolumbien 1900–1930. Zum Beitrag der Presse im Porzeß nationaler Identitätsbildung*. Stuttgart: Peter Heinz.
- Nora, Pierre (1984–1992): *Les lieux de mémoire*. 3 vols., Paris: Gallimard.
- Palacios, Marco (1995): *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875–1994*. Bogotá: Editorial Norma.
- Pereira Fernández, Alexander (2011): Cachacos y guaches: *la plebe* en los festejos bogotanos del 20 de Julio de 1910, en: *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 38, 79–108.

- Pérez, Marcos González (2011): *De la Independencia al Centenario. Las celebraciones del Día-Aniversario de la proclamación de la Independencia Nacional en Bogotá: Los 20 de Julio 1810–1910*. Bogotá: IDEP.
- Rodríguez Ávila, Sandra Patricia (2010): Construcción de la memoria oficial en el Centenario de la Independencia: el Compendio de Historia de Colombia de Henao y Arrubla, en: *Folios Segunda Época* 32, 23–42.
- Rubiano Muñoz, Rafael Alfonso (2010): Miguel Antonio Caro y el pensamiento conservador ante las independencias hispanoamericanas, en: *Opinión Jurídica* 9 (17), 193–214.
- Schuster, Sven (2006): “I took Panama”. *Die Separation Panamas in der Sicht der neueren Historiografie Panamas, Kolumbiens und der USA*, Eichstätt (Mesa Redonda 24).
- Tacke, Charlotte (1995): *Denkmal im sozialen Raum. Nationale Symbole in Deutschland und Frankreich im 19. Jahrhundert*, Göttingen (Kritische Studien zur Geschichtswissenschaft 108).
- Tenorio Trillo, Mauricio (1996): 1910 Mexico City: Space and Nation in the City of the “Centenario”, en: *Journal of Latin American Studies* 28 (1), 75–104.
- Venagas Carrasco, Carolina (2007): *Coronación simbólica de un héroe: la estatua de Nariño en el primer Centenario de la Independencia*, Bogotá: Museo Nacional (Cuadernos de Curaduría, vol. 5).
- Vanegas Carrasco, Carolina (2009): *Dos proyectos de memoria en el Centenario de la Independencia de Colombia. Los monumentos a Bolívar y Policarpa Salavarrieta en Bogotá*. Ponencia presentada en el 1er Seminario Internacional sobre Arte Público en Latinoamérica. Buenos Aires, Auditorio del Banco de la Provincia de Buenos Aires, 11 de noviembre de 2009.
- Wolfrum, Edgar (1999): *Geschichtspolitik in der Bundesrepublik Deutschland. Der Weg zur bundesrepublikanischen Erinnerung. 1948–1990*. Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft.
- Zeuske, Michael (2008): *Von Bolívar zu Chávez: Die Geschichte Venezuelas*. Zürich: Rotpunkt Verlag.

Fuentes

- Banquete en honor del Congreso de Estudiantes (1910), en: *Registro Municipal* 32 (1011), 305–307.

- Carrasquilla, Rafael María (1910): Oración gratulatoria en la celebración del Centenario de la Independencia nacional, en: *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario* 6 (57), 397–409.
- Carta de Eusebio Borrero (1910): 26 de febrero de 1910, en: *Revista del Centenario* 15, 115–116.
- Discurso del Sr. Manuel Alberto Vergara en la inauguración de la estatua de Policarpa Salavarrieta (1910), en: *Registro Municipal* 32 (1011), 308–309.
- El 19 de Abril en Caracas, 1810–1910* (1910). Caracas: Tipografía Americana.
- Gil Fortoul (1911): *Centenario de la Independencia. Sesión solemne del Congreso Nacional 5 de Julio de 1911*. Caracas: s. n.
- Gómez, Antonio (1910): Discurso pronunciado por Don Antonio Gómez Restrepo en la sesión solemne de la Academia Colombiana el día 17 del presente, en: *El Nuevo Tiempo Literario* 9 (18), 273–280.
- Holguín y Caro, Hernando (1909): Algo sobre la labor política del señor Caro, en: *La Revista* 4/5, 155–165.
- Marroquín, Lorenzo e Isaza, Emiliano (1911): *Primer Centenario de la Independencia de Colombia. 1810–1910*. Bogotá: Escuela tipografica salesiana.
- Promesas del Centenario (1910), en: *Revista de Colombia* 7/8, 197–223.
- Revista de la Instrucción Pública de Colombia* (1910), 25, no. extraordinario.
- Rodó, José Enrique (1964 [1900]): *Ariel*. Montevideo: Biblioteca Artigas.
- Tovar, Javier (1910): Alocución del Alcalde de Bogotá en el primer Centenario de la Independencia, en: *Registro Municipal* 32 (1011), 201.
- Vallenilla Lanz, Laureano (1910): *Influencia del 19 de abril en la independencia suramericana*. Caracas: Empresa el Cojo.
- Venezuela en el Centenario de su Independencia, 1811–1911* (1912), 1, Caracas: Tipografía Americana.

Progreso, civilización y raza: historia patria y discurso racial en el Centenario de la independencia en Brasil

Sven Schuster

Desde mediados del siglo XIX Brasil participó en la mayor parte de las más importantes exposiciones universales del siglo XIX: Londres (1862), París (1867), Viena (1873), Filadelfia (1876), París (1889) y Chicago (1893). Después de la caída de la monarquía en 1889 y de la instalación del nuevo régimen republicano (1889–1930), el país sólo se hizo presente esporádicamente en algunas exposiciones internacionales, principalmente en aquellas llevadas a cabo en los Estados Unidos. Debido a conflictos internos y problemas financieros en los primeros años de la república, la política cultural brasileña se vio reducida a algunas iniciativas privadas y de poco apoyo estatal.²⁹⁹ Otro factor que restringió aún más las actividades en el campo de las políticas culturales, fue la creciente descentralización en el marco de la así llamada “política de los gobernadores”, la cual transformó el antiguo imperio en una federación segmentada en 20 estados autónomos bajo el control de oligarquías regionales. Hasta la toma del poder por Getúlio Vargas (1930–1945) el gobierno federal en Rio de Janeiro cedió cada vez más competencias a las élites políticas de los estados Minas Gerais, São Paulo, y en menor grado, Rio Grande do Sul.

Mientras la participación de Brasil en las exposiciones universales siempre había sido de gran importancia para las élites políticas del imperio, por lo cual contaron con el patrocinio del emperador D. Pedro II (1831–1889), las nuevas élites de la “República del Café con Leche” (São Paulo y Minas Gerais), mostraron un interés limitado en reanudar la tradición de las grandes exposiciones. Sólo en 1904 (Exposición Internacional de St. Louis) y 1908 (Exposición Nacional de Rio de Janeiro) les parecía nuevamente oportuno presentarse ante el

²⁹⁹ Williams (2001), 31–35.

mundo como una nación “progresiva”, “civilizada” y abierta a la inmigración. En esos años el sistema federal ya se había consolidado tras una larga fase de inestabilidad política y conflictos internos, siendo la sangrienta guerra de Canudos (1896–1897), el más notorio de todos. El pretexto oficial para la organización de la Exposición Nacional de 1908 fue la conmemoración del “Centenario de la apertura de los puertos para las naciones amigas”, la cual se dio como consecuencia del traslado de la familia real de Lisboa a Rio de Janeiro en 1808. Aunque inicialmente planeada como exposición de alcance nacional, aquel evento ya contaba con algunos expositores y pabellones extranjeros. Debido al gran éxito de la Exposición Nacional de 1908, en cuyo contexto las élites políticas, económicas y culturales de Brasil presentaron el traslado de la familia real como el primer paso hacia la independencia, declarada 14 años después sin grandes batallas y manteniendo el sistema monárquico-esclavista, el gobierno republicano decidió pronto organizar una exposición aún más imponente para conmemorar la fecha más sagrada del calendario nacional: el 7 de septiembre de 1822. En este día D. Pedro I (1822–1834) habría pronunciado su famosa frase “Independencia o Muerte”, sellando así la separación definitiva de la madre pa-tria. La *Exposição do Centenário* de Rio de Janeiro, realizada entre septiembre de 1922 hasta julio de 1923 durante la presidencia de Epitácio Pessoa (1919–1922), fue la primera y última Exposición Universal en suelo brasileño. Aunque el evento fue un éxito no esperado con más de 3,6 millones de visitantes, los gastos superaron ampliamente el margen de ganancias.³⁰⁰

Aún con pérdidas financieras, como denota Mauricio Tenorio Trillo, el balance negativo se justificaba a los ojos de las élites políticas, ya que la feria era la ocasión perfecta para presentar Brasil ante los ojos del mundo, como un país moderno que se encontraba, por lo menos parcialmente, en el camino hacia la industrialización. En este sentido, los grandes contingentes de inmigrantes

³⁰⁰ Tenorio Trillo (1998), 268 s. y Williams (2001), 36 s.

europeos lo habrían transformado en un país más “civilizado” lo que significaba, con otras “calidades raciales”.³⁰¹ Otro enfoque de la exposición abordaba las recientes reformas urbanas, llevadas a cabo durante y después de la alcaldía de Francisco Pereira Passos (1902–1906) en Rio de Janeiro, las cuales transformaron la ciudad en la “ciudad maravillosa” de nuestros días, una especie de París tropical. Lo que antes se conocía internacionalmente como la “ciudad de la muerte”, debido a las constantes epidemias de fiebre amarilla, lucía ahora edificios representativos, parques, avenidas e infraestructura moderna.³⁰² Al igual que en las exposiciones del siglo XIX, las escenificaciones de conceptos como “progreso”, “civilización” y “raza” formaron los ejes temáticos de la Exposición del Centenario, aunque se podían observar ciertos cambios discursivos en la manera de concebir estos ideales.

Por consiguiente, analizaré los debates públicos y académicos acerca del sentido de la historia que fueron producidos en ese contexto. Quisiera mostrar de qué manera los conceptos mencionados anteriormente, sobre todo los referidos a la “raza”, fueron finalmente entrelazados con la historia patria, volviéndose una parte integral de la autoimagen nacional. Además, realizo cuestionamientos con respecto al motivo y a los actores que rechazaron aquellos ideales. Para este cometido, mis fuentes básicas han sido las actas de los congresos de historia, antropología, arqueología y geografía que tuvieron lugar antes, durante y después de la exposición, así como la prensa capitalina de los años veinte.³⁰³

Historia patria y discurso racial en 1922: la perspectiva oficialista

Los congresos que tuvieron lugar en Rio de Janeiro en 1922 no sólo nos ofrecen una perspectiva nacional sobre la manera en que las élites políticas querían dotar de sentido la historia de Brasil, sino también se presentaban como espacios

³⁰¹ Tenorio Trillo (1998), 268 ss.

³⁰² Acerca de las reformas, véanse Needell (1987), Benchimol (1990) y Meade (1997).

³⁰³ Me basé principalmente en los siguientes documentos: *Annaes do XX Congresso Internacional de Americanistas* (1924–1932), *Diccionario Historico, Geographico e Ethnographico do Brasil* (1922), *Annaes do Congresso Internacional de Historia da America* (1922–1927).

transnacionales, en los cuales hubo un fructífero intercambio intelectual entre académicos latinoamericanos, europeos y norteamericanos. La diversidad de los participantes en los congresos permitía entrever que algunos de ellos no estaban de acuerdo con la línea oficialista de presentar la sociedad brasileña como el resultado de un largo proceso teleológico hacia el “progreso” y la “civilización”, cuya culminación sería la república federal. Al contrario, muchas de las ponencias al igual que algunos comentarios en la prensa, acerca de la interpretación de la historia patria, reflejan la situación de crisis en la que se vio sumergido el país en los años veinte.³⁰⁴

Retrospectivamente se puede señalar el año 1922 como una verdadera cesura en la historia de Brasil, si bien la caída del régimen republicano no sucedería sino ocho años después. En aquel año, importantes sectores de la sociedad cuestionaron abiertamente el modelo del Estado oligárquico, aprovechándose de la creciente atención mediática estimulada por el Centenario. Según estos grupos, el Estado no habría hecho lo suficiente para garantizar una distribución equitativa de los ingresos provenientes del sector cafetero. Aparte de eso, las élites políticas tradicionales no se habrían ocupado del país entero, sino apenas de algunas ciudades del litoral. En el interior empobrecido, en cambio, todavía faltaban infraestructuras, industrias modernas, salud, educación, seguridad y bienestar social. Por lo tanto, el gobierno se vio enfrentado a una serie de demandas de la ascendente clase media urbana, tanto de los operarios organizados, así como de las nuevas “contraélites” intelectuales, quienes denunciaron con vehemencia el estilo autocrático y la corrupción de la casta política tradicional.

Sobre todo en São Paulo y Rio de Janeiro, hubo huelgas y protestas que indicaron el marcado descontento en los estratos medios y bajos en los años veinte.

³⁰⁴ Este ensayo es parte de un proyecto más amplio, el cual se apoya en el análisis de algunos de los periódicos y revistas más importantes de la *grande imprensa* capitalina. Comentarios directamente relacionados con las diferentes (re)interpretaciones del pasado, en el contexto de la conmemoración de la independencia, se encuentran en *A Noite*, *A Careta*, *Correio da Manhã*, *Jornal do Commercio*, *Jornal do Brasil*, *Gazeta de Notícias*, *Revista da Semana* y *O Paiz*.

Algunos intelectuales paulistas llegaron incluso a la conclusión de que Rio de Janeiro, siendo el centro de las decisiones políticas de la Primera República, no representaría el “verdadero Brasil”, sino la “antinación”.³⁰⁵ La moderna y dinámica ciudad de São Paulo, por el contrario, sería destinada a liderar el país hacia un futuro mejor. Muchos de estos intelectuales que se expresaron por medio de la prensa, veían el origen de todos los males del país en la manera cómo las élites políticas tradicionales habrían transformado Brasil en una copia mal lograda de Europa, convirtiendo al Rio de Janeiro de la “belle époque” en el ejemplo más visible y detestable en ese afán de negar lo propio. En esta perspectiva crítica, la voluntad de “re-europeizar” Brasil – para usar un bien conocido término de Gilberto Freyre – habría agravado aún más la situación de dependencia cultural y económica.

Aparte de eso, el gobierno republicano estaba en guerra con nuevos actores políticos, como por ejemplo los anarquistas y los comunistas, los cuales llegaron a fundar su propio partido en 1922. La amenaza más seria, sin embargo, se originó dentro del propio Estado, puntualmente: en el ejército. Tiempo atrás, había sido percibida la existencia de grupos positivistas dentro de las fuerzas armadas, cuyos miembros generalmente poseían una buena formación profesional, sobre todo en las ciencias naturales y en la ingeniería. Algunos miembros de estos círculos positivistas estaban descontentos con la “decadencia” y la corrupción de la república, por lo cual decidieron transformar Brasil, a la fuerza, en un país moderno bajo el liderazgo de una nueva élite tecnocrática y esclarecida, aunque no necesariamente más democrática. En julio de 1922, un pequeño grupo de los así llamados “tenientes”, por lo general oficiales jóvenes con una visión casi misionera, se levantaron en la fortaleza de Copacabana con el propósito de derrocar el gobierno federal. Ese levantamiento fue reprimido de manera rápida y sangrienta. El suceso marcaría el inicio de una serie de rebeliones militares que finalmente – en el contexto de la gran crisis económica de 1929 – daría fin a lo que

³⁰⁵ Motta (1992), 94 ss.

iría a ser denominada como la “República Vieja” en la terminología introducida por Vargas.

En consecuencia, esa situación de crisis generalizada debe ser tomada en cuenta para poder contextualizar aquellos debates sobre el sentido de la historia ocurridos en el marco de las conmemoraciones oficiales de la independencia. Pues en gran parte, fueron los fuertes cuestionamientos sobre la legitimidad del sistema político los que explicarían el afán de las élites de presentar la república federal como el “producto final” en un largo proceso histórico lineal. Decididos a renovar la legitimidad del sistema por medio de la evocación de los “momentos gloriosos” en la historia del republicanismo en Brasil, se basaron en los elementos discursivos de “progreso”, “civilización” y en especial de la “raza”. Aunque el ideal del “blanqueamiento” era mucho más viejo, y ya había sido propagado en las ferias del siglo XIX para frenar la temida “africanización” del país por medio de la inmigración europea blanca, en 1922 el contenido de los debates sobre los supuestos “orígenes y cualidades raciales” del pueblo brasileño habría cambiado.³⁰⁶ La “raza” todavía aparecía como factor fundamental para explicar el devenir histórico, tal como lo había formulado Carl Friedrich Philipp von Martius en 1843 al resaltar la influencia de las “tres razas”, o sea la blanca, la roja y la negra, en el proceso de la formación de la nación brasileña, exigiendo a la vez la creación de una historiografía nacional brasileña, cuyo hilo conductor sería la “raza”.³⁰⁷ No obstante, al contrario de las exigencias de Martius, cuyas ideas de hecho inspiraron una gran parte de la historiografía brasileña del siglo XIX, en 1922 la idea de la “raza” como una “fuerza histórica autónoma” ya fue concebida con cierto escepticismo por algunos participantes de los congresos.

Por un lado, había quienes aún defendían teorías en la tradición del “racismo científico” del siglo XIX, el cual había encontrado su manifestación actual en la

³⁰⁶ Skidmore (1976), 81 ss., 183–186, 219–224.

³⁰⁷ Martius (1956) y Haußer (2009), 169–198.

nueva ciencia de la eugenesia, propagada con fervor desde 1918 por el médico Renato Kehl desde São Paulo.³⁰⁸ Por otro lado, incluso en el contexto bastante tradicional y conservador de las celebraciones oficialistas del Centenario, había quienes rechazaban cualquier concepto biológico de “raza” y optaban por un nuevo acercamiento culturalista al explicar las causas históricas del relativo subdesarrollo de Brasil. De manera general, sin embargo, la Exposición del Centenario puso un fuerte acento en la higiene e incluía campañas contra la tuberculosis y las enfermedades venéreas. En los congresos, por lo tanto, participaron académicos y eruditos de todo el mundo, de los cuales algunos estaban afiliados al movimiento internacional de la eugenesia, e incluso había un pequeño grupo de médicos brasileños inclinados por medio de acciones estatales a “mejorar la raza”. Un año después de las celebraciones oficiales del Centenario, en octubre de 1923, algunos de estos médicos se reunirían en Rio de Janeiro en el Primer Congreso Brasileño de Higiene.³⁰⁹

Los deseos de los eugenistas se manifestaron de manera ejemplar en el *Diccionario historico, geographico e ethnographico do Brasil* que fue publicado por iniciativa gubernamental y bajo la supervisión del Instituto Histórico y Geográfico Brasileño con base en el decreto nº 15.066 del 24 de octubre de 1921, y por medio del cual también se legislaba la organización de la Exposición del Centenario, la inauguración del Panteón de los Andradas en Santos, así como las inauguraciones del nuevo Palacio del Consejo Municipal y del edificio completo de la Escuela Nacional de Bellas Artes en Rio de Janeiro.³¹⁰ En un capítulo del *Diccionario* sobre la higiene y salud pública, el médico José Paranhos Fontenelle exigió con respecto al saneamiento del país, que el gobierno tomara todas las medidas posibles para tratar los enfermizos habitantes del interior, ya que la degeneración gradual de esta “raza” de mestizos (*caboclos*) obstaculizaría el progreso del país. Los esfuerzos higienistas debían ser entendidos como una lu-

³⁰⁸ Diwan (2007), 125 ss.

³⁰⁹ *Anaes do Primeiro Congresso Brasileiro de Hygiene* (1923–1927)

³¹⁰ *Diccionario Historico, Geographico e Ethnographico do Brasil* (1922).

cha por alcanzar un “mejor tipo humano”, el cual formaría la “base de la nacionalidad” futura.³¹¹ Dichas medidas, serían a su vez utilizadas para deshacer los efectos malignos de la importación de esclavos africanos durante siglos, quienes habrían traído un sinnúmero de enfermedades nuevas a Brasil.³¹²

Para subrayar su posición, según la cual el “problema de raza” sería principalmente un problema de salud pública, Fontenelle también hace referencia a las nuevas posibilidades de la eugenesia como la forma más adecuada de “cultivar la salud física y mental del hombre”.³¹³ En su opinión, las últimas corrientes del movimiento higienista, como por ejemplo la eugenesia, la puericultura, la higiene preescolar y escolar, etc., representarían la realización del viejo sueño del fundador del positivismo, Auguste Comte. Así, los avances de la eugenesia corregirían, por medio de la ciencia “antropotécnica” prevista por Comte, los errores del pasado.³¹⁴

Tales discursos sobre la supuesta “degeneración” de los brasileños pobres de las zonas rurales, cumplían la función de estigmatizar y excluir una gran parte de la población, llamando a una “eugenización” gradual. De esta manera, negros, mulatos, indígenas y mestizos aparecían como los verdaderos obstáculos del “progreso”, ya que históricamente habrían impedido el desarrollo “normal” del país, o sea un desarrollo según los cánones europeos o norteamericanos. En el mismo *Diccionario* el eminente historiador, sociólogo y jurista Francisco José de Oliveira Viana, expresa opinión de manera aún más vigorosa. Al igual que Martius en 1843, Oliveira Viana entiende la mezcla de “razas” desde la época colonial, como la característica principal de la formación de la nacionalidad brasileña. Sin embargo, el resultado de esa mezcla no le agradaba. De manera extensa describe como las cualidades inherentes de las “tres razas formadoras” habrían supestando impedido el “progreso” de Brasil, y como incluso la “de-

³¹¹ *Ibid.*, vol. 1, 457.

³¹² *Ibid.*, vol. 1, 418.

³¹³ *Ibid.*, vol. 1, 446 s.

³¹⁴ *Idem.*

fectuosa raza portuguesa” habría contribuido a “retardar la civilización”.³¹⁵ En el pensamiento de Oliveira Viana, la única solución al “problema racial” consistía en acelerar el proceso del “blanqueamiento” por medio de la inmigración europea, poniendo énfasis en una “inteligente mezcla de razas”. No obstante, desde los días de la independencia ya habrían llegado “valiosos elementos europeos” al país, como por ejemplo los colonos alemanes. Gracias a los esfuerzos de anteriores gobiernos estas “razas de buenas cualidades” le iban a garantizar un futuro prometedor a Brasil:

Por esses dados constatamos como é intenso o caldeamento da nossa gente com a gente nova e sadia, que aqui entra trazendo, na pureza ariana do seu sangue, a regeneração do nosso, abastardado pela fusão de sangues inferiores. O próprio alemão, que geralmente pressupomos dotado de uma certa infusibilidade, está, ao contrario, como se vê, fundindo-se largamente na massa da nossa população.³¹⁶

Para darle más plasticidad a sus teorías, Oliveira Viana incluso citaba al escritor Monteiro Lobato, creador de la popular figura del Jeca Tatu. Por medio de esa figura caricaturesca y ampliamente difundida por la prensa de los años veinte, éste intentaba despertar la consciencia pública acerca de la supuesta “degeneración racial” de los habitantes del inhóspito interior del país. En este sentido, el Jeca Tatu, cuya historia también fue escenificada en el Palacio de las Fiestas de la exposición, habría de servir de alegoría para demostrar gráficamente que “progreso” y “civilización” sólo serían posibles mediante campañas de higiene y una mayor penetración estatal en las regiones *caipiras* de Brasil. Pues, en palabras del médico Miguel Pereira, citado por José Paranhos Fontenelle en el *Diccionario*, el interior del país todavía parecía un “vasto hospital”, lleno de personas degeneradas y enfermizas.³¹⁷ A diferencia de Fontenelle, Pereira y otros higienistas, Oliveira Viana interpretó la degeneración de la población *caipira* no sólo como un problema de salud, sino como el

³¹⁵ Ibid., vol. 1, 285 ss.

³¹⁶ Ibid., vol. 1, 283.

³¹⁷ Ibid., vol. 1, 437.

resultado de una “mala mezcla racial”. Debido a su condición de “hombre baldío, seminómada, inadaptable a la civilización”, el Jeca Tatu tendría que ser un *mameluco*, o sea la mezcla de europeo con indígena, viviendo en las regiones fronterizas del país.³¹⁸

Opiniones como las de Fontenelle y Oliveira Viana no eran para nada excepcionales en el contexto del Centenario, por lo cual fueron difundidas ampliamente en la así llamada *grande imprensa* capitalina. En 1922, seguía entonces vigente el ideal del “blanqueamiento”, aunque parece haber sido relegado a un segundo plano por la mayoría de los periodistas, quienes se interesaron más por los problemas políticos y económicos del país. Sólo raras veces fueron publicados directos ataques contra los discursos racistas pronunciados en el marco del Centenario, como por ejemplo algunos artículos del escritor mulato Lima Barreto, quien había sido, hasta su prematura muerte en noviembre de 1922, uno de los críticos más agudos de la “república oligárquica”.³¹⁹

Mientras que indígenas y africanos fueron descartados como sujetos de la historia por la mayoría de los historiadores, antropólogos y arqueólogos reunidos en Rio de Janeiro en 1922, sus culturas e historia tampoco ocuparon un lugar muy importante en las salas de la Exposición del Centenario. A diferencia de anteriores exposiciones, incluyendo la Exposición Nacional de 1908, cuyos organizadores se atrevían a mostrar figuras indígenas de tamaño natural en su supuesto “hábitat selvático”, la población idealizada de 1922 se componía casi exclusivamente de brasileños europeizados y blancos. Ese supuesto “tipo brasileño” fue puesto en escena por medio de cuadros, pancartas, publicidades, fotografías e incluso películas.

Sin embargo, en las actas de los congresos de historiadores y americanistas, todavía se encuentran algunos de los viejos discursos sobre el “salvaje noble”, símbolo nacional del imperio, o sobre el esclavo negro, sacado de África “por su

³¹⁸ *Ibíd.*, vol. 1, 286.

³¹⁹ Véase p. ej. *A Careta*, “O Centenário”, 30 de septiembre de 1922.

propio bien” y “acercándolo a la civilización”. Un ejemplo típico de esta interpretación historiográfica, según la cual los africanos habrían sido llevados a Brasil para ser “salvados y civilizados” en la tradición de la ideología del *resgate* de los jesuitas, nos ofrece el conferencista Roberto de Miranda Jordão:

A nossa escravidão não era, porém, obtida diretamente na guerra e sim de um modo indireto: os traficantes de escravos compravam os prisioneiros dos chefes negros, que os tinham vencido, de sorte que eles mudavam vantajosamente de senhor, pois os nossos eram incomparavelmente mais adiantados em civilização, que os da África, de quem os escravos eram, além disso, inimigos, prisioneiros de guerra.³²⁰

Aunque las opiniones académicas acerca del significado del “elemento africano” en la formación de la nación hayan sido negativas y condenatorias, también había quienes reconocieran cierta contribución histórica de la “raza negra”. Así, por ejemplo, el renombrado jurista, político e historiador Afonso Cláudio, al indagar sobre los aportes históricos de cada una de las “tres razas formadoras”, formuló algunas ideas ya muy parecidas al venidero concepto de la “democracia racial” freyrieriana. Aunque en su texto establezca una clara jerarquía entre portugueses, indígenas y africanos, por lo menos les adscribe ciertos valores culturales y económicos a estos últimos:

Nem uma duvida que foi no país em que veio habitar, que o negro importado de além mar, desenvolveu toda a sua atividade profícua, muito mais eficiente do que a do índio, porque fez-nos conhecer e aclimou em nosso país varias espécies de vegetais e animais oriundos da zona tórrida; desenvolveu pela cultura agrícola a produção da terra, tornou-se um fator econômico, um propulsor da riqueza colonial; enfim, no solo brasileiro se radicou, sofreu, trabalhou e pereceu.

Inegável é também que a mulher negra, pelo leite, pelos carinhos e por seus próprios filhos, imiscuiu-se na família branca, com esta identificou-se, transmitindo-lhe em partes iguais todas as virtudes e vícios inerentes à sua raça e à sua condição.³²¹

De todas maneras, Cláudio, al igual que los demás conferencistas preocupados por el “problema racial”, estaba lejos de tomar una posición “antirracista”. Para

³²⁰ *Annaes do Congresso Internacional de Historia da America* (1927), vol. 3, 884.

³²¹ *Ibid.*, vol. 3, 356.

él, “el elemento negro” era tan defectuoso como el “elemento indígena”, cuya contribución al “carácter nacional” habría sido igualmente “negativa y nociva”.³²²

Defendiendo las teorías poligenistas de Louis Agassiz y Gustave Le Bon, Cláudio optó para acelerar el desaparecimiento de las “razas nativas”, por la inmigración masiva de europeos blancos.³²³ Por lo tanto, él y muchos de sus colegas veían en el proceso del mestizaje la clave para asegurar el “futuro racial” del país. Contrariando teorías más viejas sobre la supuesta degeneración biológica causada por cualquier tipo de mixtura racial, éste subrayó los efectos positivos del mestizaje en países con poblaciones tan heterogéneas como Canadá, Australia y sobre todo Estados Unidos. Estas sociedades, formadas por la inmigración masiva, se destacarían por su alto grado de “civilización” y su excelente gobernabilidad. A diferencia de muchos defensores de la inmigración europea, no obstante, Cláudio criticó la obsesión de algunos políticos de fomentar exclusivamente la entrada de supuestas “razas puras” o “arias”. ¿No habría mostrado la reciente guerra mundial que éstas no eran ni tan “puras” ni necesariamente tan “civilizadas”? ¿No comprobaría la inadaptabilidad de los alemanes “militaristas y obedientes” la falsedad de tales concepciones?³²⁴

El ideal del “blanqueamiento”, presentado por académicos e intelectuales a menudo como “programa antirracista”, fue entonces una figura legitimadora recurrente en varias de las publicaciones que en el contexto de las celebraciones del Centenario salieron a la luz. El fin de estas publicaciones, como es evidenciado por la obra monumental *Geographia do Brasil*³²⁵, era la paulatina “desafricanización” del país; pues siguiendo la lógica de los supuestos “antirracistas” de la Sociedad Geográfica de Rio de Janeiro, sin africanos tampoco habría racismo.

³²² Ibid., vol. 3, 360 ss.

³²³ Ibid., vol. 3, 345 y 354.

³²⁴ Ibid., vol. 3, 368 s.

³²⁵ Por lo menos, los planes para esa obra eran “monumentales”. No obstante, al final sólo se publicaron los tomos 1, 2, 9 y 10 de los diez tomos previstos originalmente.

Para no experimentar un racismo extremo y violento, como se manifestaba por ejemplo en el sur de los Estados Unidos después de la guerra civil, habría que eliminar el “elemento negro”. En consecuencia, el racismo no tendría ninguna oportunidad en Brasil: “[...] em todo o Brasil não há a odiosa separação racial entre brancos e negros, como acontece na América do Norte, chegou-se à realidade da formação de um poderoso amálgama étnico”.³²⁶

Sin embargo, al presentar el deseado resultado del “blanqueamiento” al final del capítulo sobre Demografía, se mostraba con claridad el carácter contradictorio del discurso supuestamente “antirracista” de la Sociedad Geográfica; pues el “más bonito” de los tipos étnicos de la futura “sub-raza brasileña” habría de ser el “tipo ítalo-paulista”.³²⁷

En general, abundaban tales comparaciones entre Brasil y los Estados Unidos en los congresos sobre historia, antropología y geografía. Como muestra el caso de la historiadora norteamericana Mary Wilhelmine Williams, quien comparaba los sistemas esclavistas de las dos sociedades, con ponencias que en su mayoría terminaban por agotarse en meros prejuicios y estereotipos. Así, la historiadora llegó a la conclusión de que los esclavos brasileños no sólo habrían sido tratados más “humanamente”, sino que habrían contribuido al nacimiento de una sociedad igualitaria. En esta perspectiva “científicamente” legitimada del viejo concepto de Brasil como “paraíso racial”, el cual fue originalmente formulado por abolicionistas norteamericanos en la primera mitad e del siglo XIX, el mestizaje de negros y blancos – muy al contrario de los Estados Unidos – habría transformado Brasil en una sociedad libre de racismo:

[...] the Brazilians, in common with the Portuguese and Spaniards, felt practically no color prejudice towards people of Ethiopian blood. While the Southerners from the United States – particularly during the latter part of the slavery era – argued that the Negro was a mere superbrute, having little in common with the white man, and foredoomed by nature through racial and cultural inferiority to permanent servitude of the superior race, the Brazilians

³²⁶ Sociedade de Geographia do Rio de Janeiro (1923), vol. 10, 217.

³²⁷ *Ibid.*, 219.

recognized the manhood of the enslaved blacks and saw in them potentially for progress and for ultimate cultural equality with the whites; and, as a result, gave the Negroes, whether bound or free, greater opportunities for advancement than they anywhere else enjoyed [...]. In Brazil, they had all of the rights of white men. There was no discrimination of color, which fact made Brazil, as a Southern white woman resident there put it, 'the very paradise of the Negroes'.³²⁸

Interpretaciones como éstas, que reconocen ciertas contribuciones del “elemento servil” o de los indígenas al proceso de la formación de la nación, aunque niegan la capacidad de “ambas razas” de promover un cambio histórico, eran bastante frecuentes en el contexto del Centenario. Aunque en los barrios pobres de Rio de Janeiro abundaban negros, mulatos y mestizos empobrecidos y excluidos, la dura realidad de esos grupos sociales no fue representada ni en los congresos, ni en las salas de exposición. Como mucho, las élites políticas y culturales reconocían las supuestas “deficiencias raciales” del pueblo brasileño en el marco de debates académicos, pero se negarían decididamente a presentar el “deplorable estatus quo” ante los ojos de mundo.³²⁹ Como el sentido de las exposiciones no consistía en reflejar la realidad deficiente, sino en definir lo que iba a ser la nación del futuro, Brasil tendría que mostrarse como lo que todavía no era: un país blanco, europeizado, industrializado y democrático.

Por lo tanto, los discursos sobre “progreso”, “civilización” y “raza” no se limitaban a la esfera simbólica. Al mismo tiempo que avanzaban las obras de construcción de los pabellones de la Exposición del Centenario, el gobierno decidió arrasar el notorio Morro do Castelo. No se trataba simplemente de un cerro en pleno corazón de Rio de Janeiro que habría de servir para la construcción de algunos edificios de la exposición, sino encima de él se encontraban numerosas viviendas precarias. En este contexto, los políticos y planificadores urbanos alre-dedor del alcalde Carlos Sampaio (1920–1922)

³²⁸ *Annaes do Congresso Internacional de Historia da America* (1922), vol. 1, 290 s.

³²⁹ Tenorio Trillo (1998), 286, 292 s.

lanzaron una campaña publicitaria para extirpar ese “diente podrido”, aquella “verruga monstruosa” que supuestamente afearía el bonito rostro de la “ciudad maravillosa”.³³⁰

En la perspectiva de las élites, habría sido vergonzoso que visitantes internacionales de la Exposición del Centenario, vieran ese aspecto tan poco presentable de la realidad. Aunque el plan del gobierno encontró cierta oposición en la prensa y en los círculos intelectuales de la capital, como por ejemplo en las columnas de Lima Barreto, finalmente fue realizada la destrucción del Morro do Castelo. Los habitantes, en su mayoría negros y mulatos pobres, fueron expulsados sin piedad.³³¹

La estrategia del gobierno tuvo éxito. Al igual que uno de los visitantes más famosos de la Exposición del Centenario, el mexicano José Vasconcelos, casi todos los extranjeros describieron el lugar que vieron durante su estadía como la “ciudad maravillosa” de las postales. Pocos informes o cartas de los delegados extranjeros se refieren a las favelas, la desigualdad social o al racismo sutil de la sociedad brasileña.³³² El mismo Vasconcelos, quien fue el encargado de la presentación mexicana en la Exposición del Centenario y al mismo tiempo era ministro de educación en su país, se dejó engañar por la fachada construida por el gobierno brasileño.³³³ La idea de un país, cuya historia estuviera basada en la “armoniosa mezcla de razas” y en el cual no se conociera el racismo, iba a inspirar incluso su libro más famoso, *La raza cósmica* (1925).³³⁴ Según Mauricio Tenorio Trillo, Vasconcelos vio, o mejor dicho, quería ver en Rio de Janeiro una especie de *melting pot*, el cual representaría un contramodelo latinoamericano frente a las supuestas “razas puras anglosajonas”, cuya decadencia le parecía previsible e inevitable. Al igual que en sus indagaciones sobre México y otros países latinoamericanos, Vasconcelos dirigía su

³³⁰ Sampaio (1925), 5 y *A Noite*, “O Morro do Castelo”, 5 de agosto de 1920.

³³¹ Motta (1992), 54–65, Sant’Ana (2008), 133–147 y Meade (1997), 173 s.

³³² Tenorio Trillo (1994), 128, 132 y 134.

³³³ *Ibíd.*, 141.

³³⁴ Tenorio Trillo (1998), 289.

interpretación de la sociedad brasileña hacia el mestizaje de indígenas y europeos durante la época colonial, pues según él, la ciudad de Rio de Janeiro, la cual conoció exclusivamente por medio de visitas guiadas, era casi europea y mayoritariamente blanca.³³⁵

A pesar de la visión bastante distorsionada de Vasconcelos, quien difícilmente se imaginaba la “raza negra” como elemento integral de la futura “raza cósmica”, también por otras razones su estadía en Brasil fue significativa. Según Vasconcelos, la “raza” también sería la fuerza dominante y dinámica en el proceso de la formación de la nación en América Latina. A diferencia de muchos de sus contemporáneos, Vasconcelos creía que la amalgama de los indígenas americanos con las “razas” ibéricas garantizaría el futuro de los países latinoamericanos, debido a la evolución de una nueva “raza superior”, una “raza de bronce”. Para difundir sus teorías, que también incluyeron ciertas indagaciones sonámbulas sobre la supuesta “raza de la Atlántida” y su contacto prehistórico con las “razas americanas”, Vasconcelos se aprovechó de la Exposición del Centenario.³³⁶ Durante la celebración de la inauguración de la monumental estatua del guerrero azteca Cuhautémoc, la cual fue donada a Brasil por el gobierno mexicano, éste expuso con gran éxito sus ideas sobre la “raza cósmica”.³³⁷ Su discurso inaugural y diversas fotos de la estatua fueron publicados por muchos periódicos brasileños. Los comentaristas estaban llenos de admiración por los grandes logros de la “civilización azteca”, la cual fue interpretada como la base de la futura “raza cósmica” mexicana.³³⁸ De esta manera, aunque menospreciando la contribución de los negros a la formación de

³³⁵ *Ibid.*, 137 y 141.

³³⁶ No obstante, tales teorías también eran discutidas por especialistas renombrados en el marco del *XX Congresso Internacional de Americanistas* que tuvo lugar en Rio de Janeiro entre el 20 y el 30 de agosto de 1922. Así, por ejemplo, el erudito João Coelho Gomes Ribeiro dio un discurso sobre las “*hypotheses da Atlantida, estudadas com o auxilio da geologia, da paleontologia e da historia*” (*Annaes do XX Congresso Internacional de Americanistas* [1928]. vol. 2, 325–327.)

³³⁷ Tenorio Trillo (1994), 135 s.

³³⁸ Véase p. ej. *Exposição de 1922: órgão de propriedade da comissão organizadora*, “Dia do Mexico”, noviembre de 1922, n° 8–9, 39.

la nación en América Latina, Vasconcelos se puso al lado de quienes defendieron la inmigración europea en Brasil. Según él, sin embargo, los garantes de la “evolución racial” de los países latino-americanos no serían las “razas nórdicas”, sino las “razas ibéricas”.³³⁹ Por lo tanto, el ansiado mestizaje no tendría como fin la desaparición de las “razas negras e indígenas”, como lo habían esperado influyentes científicos brasileños como João Batista Lacerda o Edgar Roquette-Pinto desde finales del siglo XIX, sino una nueva “raza de mestizos”.

La glorificación de las “razas ibéricas”, así como la celebración de sus hazañas históricas, fueron otro elemento central de la (re-)construcción de la historia patria por los centenaristas, no sólo en Brasil, sino en toda América Latina. En el contexto de las exposiciones universales, el “hispanismo” y el “lusitanismo” de las primeras décadas del siglo XX culminarían finalmente en la Exposición Iberoamericana de Sevilla en 1929. En Brasil, la revalorización del papel histórico de Portugal y su “raza heroica” de descubridores y colonizadores ya se hizo ver durante la Exposición Nacional de 1908, en la que se celebró no sólo el primer paso hacia la independencia, sino también el legado colonial lusitano, aún cuando este había sido rechazado durante casi un siglo. La revalorización de las tradiciones portuguesas no sólo se reflejaba en numerosas crónicas y ensayos presentados en el marco de los congresos del Centenario, los cuales en general buscaban establecer un lazo común con la “raza ibérica”, sino también en la arquitectura de la exposición. Así, por ejemplo, varios de los pabellones emblemáticos fueron construidos en estilo neocolonial. El pabellón de las industrias de la Exposición del Centenario, destinado a ser sede del que sería el futuro Museo Histórico Nacional (MHN), sería la mayor muestra de la revalorización de la tradición portuguesa. A pesar de haber sido concebido por las élites políticas y culturales como un importante lugar de memoria, cuyo declarado fin sería preservar la memoria histórica de la colonia y del imperio, el

³³⁹ Tenorio Trillo (1994), 133 s.

supuesto “estilo colonial” del edificio fue en realidad una mezcla ecléctica de varios estilos de diferentes épocas. Como destaca Daryle Williams, la mayoría de los adeptos del estilo neocolonial de los años veinte y treinta se inspiró en elementos bastante heterogéneos de la arquitectura iberoamericana colonial, así como en el *California Mission Revival Style* que tuvo su origen en la última década del siglo XIX en los Estados Unidos y que habría influenciado por medio de películas Hollywood y revistas importadas a los arquitectos brasileños.³⁴⁰

El uso del estilo neocolonial tenía el sentido más profundo de mostrar al mundo que Brasil ya no tenía la necesidad de imitar modelos ajenos, como había sido el caso en exposiciones anteriores, lo cual se reflejaba en la arquitectura del Rio de Janeiro afrancesado de la “belle époque”. Por eso el arquitecto Arquimedes Memória remodeló un depósito de armas del siglo XVIII y lo transformó en el “colonial” pabellón de industrias para demostrar que una sociedad moderna también podría mantener vínculos estructurales y estéticos con sus antepasados.³⁴¹ Por medio de tales maniobras simbólicas, los organizadores de la Exposición del Centenario querían contribuir a la formación de una identidad histórica colectiva. La celebración arquitectónica de la época colonial fue acompañada por los historiadores oficialistas de la Primera República, quienes para explicar los problemas políticos y sociales del momento hicieron uso como recurso de la historia. En este contexto, muchos historiadores y “hombres públicos” llegaron a la conclusión de que la época colonial, así como el imperio, no habrían sido al fin tan funestos. La figura del emperador D. Pedro II, ahora celebrado como dirigente progresivo y esclarecedor, por lo menos habría garantizado la unidad territorial del país. Durante su reinado, se habrían tomado las primeras medidas para poner al país en el camino del “progreso” y de la “civilización”, como también lo sostuvo el eminente historiador y director del Museo Paulista Afonso

³⁴⁰ Williams (2001), 38 ss. y Sant’Ana (2008), 72 s.

³⁴¹ Williams (2001), 38 s.

d'Es-cragnoille Taunay en su libro *Grandes vultos da independencia brasileira*, el cual fue publicado por ocasión del Centenario.³⁴²

El hecho aparentemente incómodo de que el imperio también fuera sinónimo de esclavitud y autocracia, no fue mencionado por casi ninguno de los participantes de los congresos, ni por los periodistas de la *grande imprensa*. Al contrario, la imagen de D. Pedro II se volvió una de las referencias centrales en la iconografía política de la Exposición del Centenario, tal como había sido el caso en las exposiciones del siglo XIX. Así, por ejemplo, tiempo después fue renovada y nuevamente expuesta en el futuro MHN una estatua ecuestre de D. Pedro II, la cual había sido originalmente elaborada por el escultor Francisco Chaves Pinheiro con el fin de ser presentada en la Exposición Universal de París en 1867.

¿Voces críticas?

Como ya mencioné en el párrafo anterior, la versión oficialista de la historia patria construida por las élites políticas y culturales en el marco de la Exposición del Centenario fue contestada por algunos intelectuales y comentaristas críticos en la prensa. Una gran parte de estas críticas, sin embargo, fue superficial y no cuestionaba las premisas centrales de la interpretación oficialista de la historia, o sea los conceptos referentes al “progreso”, a la “civilización” y la “raza”. Sobre todo las críticas provenientes de São Paulo y Minas Gerais se enfocaron meramente en aspectos regionalistas y subrayaron el accionar de los próceres nacidos en *sus* regiones. Los historiadores y comentaristas paulistas, por ejemplo, también presentaron la historia patria como un proceso cuya dinámica residía en el accionar de “aventureros bravos y físicamente robustos”, en su mayoría mestizos y blancos.³⁴³ Mientras las élites cariocas celebraron a los conquistadores portugueses como fundadores de la nación, las élites paulistas y

³⁴² D'Es-cragnoille Taunay (1922).

³⁴³ Sociedade de Geographia do Rio de Janeiro (1923), vol. 10, 222.

mineiras hicieron lo mismo con los legendarios *bandeirantes*, una verdadera “raza de gigantes” según el botánico francés Auguste Saint-Hilaire, citado por Oliveira Viana.³⁴⁴ Aparte, los historiadores paulistanos y mineiros, como por ejemplo Roberto de Miranda Jordão, también intentaron construir una especie de “prehistoria de la república”, la cual supuestamente ya se habría forjado con la conspiración de Tiradentes en 1789 en el corazón de Minas Gerais.³⁴⁵ En esta línea historio-gráfica, era de suma importancia trazar una línea de continuidad entre los su-puestos orígenes del republicanismo en la época colonial tardía y el régimen re-publicano del presente, dominado por las élites paulistas y mineiras. Especialmente los historiadores paulistas mostraron un gran interés en subrayar el accionar del prócer paulista José Bonifácio de Andrada e Silva, quien habría sido el “verdadero cerebro” detrás de la independencia, siendo D. Pedro I un mero títere.³⁴⁶ En estas interpretaciones regionalistas de la historia patria la “raza” de los protagonistas no era tan importante. Lo que contaba era su origen regional, insinuando de esta manera la pérdida gradual del poder político de élites tra-dicionales en la capital. Lo que une éstas con las demás interpretaciones históri-cas en el contexto del Centenario – racializadas o no – es su carácter anacrónico y teleológico, así como su enfoque en el accionar de “grandes hombres”.

Mientras las pocas críticas por parte de los historiadores eran más bien superficiales y generalmente motivadas por la política, algunos de los antropólogos y arqueólogos reunidos en el Congreso Internacional de Americanistas denunciaron con más vehemencia la versión oficialista de la historia patria, enfocándose en los pueblos indígenas de Brasil, cuyo lugar en la historia habría sido injustamente negado desde el comienzo de la república. Aunque la figura del indígena había ocupado un lugar importante en la iconografía del imperio, su posible con-

³⁴⁴ *Dicionário Histórico, Geográfico e Ethnográfico do Brasil* (1922), vol. 1, 290.

³⁴⁵ *Anaes do Congresso Internacional de História da América* (1927), vol. 3, 890 s.

³⁴⁶ *Ibid.*, 895.

tribución a la formación de la nación habría sido silenciada y reprimida en el marco de la conmemoración del Centenario. En este contexto, y debido al nuevo enfoque culturalista de la nueva corriente antropológica inspirada en la obra del germano-norteamericano Franz Boas, algunos de los participantes del Congreso de Americanistas intentaron revalorizar las etnias indígenas de Brasil y trataron de definir su lugar en la historia nacional. No obstante, excepto algunas versiones, sus interpretaciones continuaron por crear nuevamente la imagen indigenista del “salvaje noble” à la Rousseau, que habría contribuido a la formación de la nación brasileña por sus “cualidades heroicas”. A diferencia del indigenismo de las décadas anteriores, la “mentalidad heroica” del indígena ya no resultaría de su “raza”, o sea de una ominosa predisposición genética, sino de su evolución cultural. De acuerdo con nuevas investigaciones antropológicas, los indígenas brasileños no se podrían clasificar más por medio de categorías biológicas, basadas por ejemplo en la estructura del cráneo para deducir ciertas mentalidades o su grado de inteligencia, sino por sus hábitos, su sistema de normas y su lenguaje. Algunos antropólogos, como por ejemplo Francolino Camêu, incluso denunciaron con fervor la destrucción consciente de los pueblos indígenas desde la época colonial hasta el presente.³⁴⁷ Sin embargo, sólo un par de líneas más adelante el mismo Camêu insinuaría que los indígenas, aunque “incultos” e “ignorantes”, serían “remediables” por medio de la misión católica, negando por lo tanto el valor autónomo de sus culturas.³⁴⁸ Según Camêu, por el contrario los africanos, “criaturas embrutecidas”, ni siquiera tendrían esa posibilidad.³⁴⁹ Un relativismo cultural extremo al estilo de Franz Boas todavía no era imaginable.

Aunque la mayoría de los participantes del Congreso de Americanistas reconocía los avances de la antropología, ellos seguían por clasificar y jerarquizar las etnias indígenas según su grado de “civilización”. Casi todos estaban de acuerdo con la hipótesis ampliamente difundida en el marco del

³⁴⁷ *Annaes do XX Congresso Internacional de Americanistas* (1928), vol. 2, 371.

³⁴⁸ *Ibid.*, vol. 2, 378.

³⁴⁹ *Ibid.*, vol. 2, 379.

Centenario que la “raza indígena” estaría destinada a desaparecer, como sostuvo por ejemplo Elysio de Carvalho en *Origens da sociedade brasileira*.³⁵⁰ Sin embargo, el interés principal de este autor era comprobar la “nobleza de sangre” del pueblo brasileño contemporáneo. Molesto por los prejuicios europeos acerca de la presumida “decadencia racial”, Carvalho explicaba de manera extensiva porqué la “raza brasileña” habría sido “purificada” con el tiempo. Debido a la constante importación de “sangre europea”, los “defectos raciales” de los indígenas habrían desaparecido gradualmente. En esta interpretación histórica extremadamente racista, el indígena sí ocupa un lugar en la historia, pero con la única función de ser el medio receptor para una “sangre más noble”:

Não faltam ainda outros exemplos perfeitamente característicos da nobreza do povo brasileiro, bastando assinalar que, no século XVII, era deveras notável a profusão de nobiliarquias e muito comum a praxe de ‘apurar-se’ o sangue. Por derradeiro, mostraremos quanto era prezada a fidalguia que aqui se formou, lembrando que cada ano eram enviadas para o Brasil órfãs nobres educadas com esmero pela Corte, afim de que se casassem com os principais da colônia, e tal foi o caso de Isabel Doria, sobrinha do famigerado almirante André Doria, que foi doge de Genova, de quem procedem os deste apelido na Bahia [...]³⁵¹

Otra particularidad del Congreso de Americanistas, fue el afán de algunos en comprobar que ciertas “culturas prehistóricas” de Brasil habrían poseído un alto grado de “civilización”, asemejándose a las culturas precolombinas de México y Perú. En esta tarea de construir una especie de antigüedad latinoamericana, los antropólogos de 1922 seguían una tradición que se remontaba hasta la primera mitad del siglo XIX, cuando las élites políticas y culturales de varios países latinoamericanos “descubrieron” el pasado indígena, con el fin de legitimarse “históricamente” frente a los europeos. Como los europeos habían fundado su “civilización” en las ruinas de Grecia y Roma, América Latina podría hacer lo mismo basándose en sus propios hallazgos arqueológicos. En ese proceso de

³⁵⁰ Ibid., vol. 2, 279 ss.

³⁵¹ Ibid., vol. 2, 281.

“museificación del indio”, los indígenas contemporáneos fueron separados artificialmente de los “indígenas muertos”. Mientras los primeros representaban un obstáculo en el camino hacia el progreso, por lo cual tenían que desaparecer más pronto que tarde, los segundos se ofrecían a ser glorificados como “salvajes nobles”, que en algunos casos, incluso podrían proveer el germen de la futura “civilización”.³⁵²

En consecuencia, no es de extrañar que las actas del Congreso de Americanistas contengan varios artículos sobre la existencia de vínculos históricos entre las culturas antiguas de China, Egipto y los primeros pobladores americanos. Además, hay ensayos que demuestran las supuestas similitudes entre objetos arqueológicos mesoamericanos y brasileños, y uno de los participantes se atrevió incluso a especular sobre una fabulosa conexión histórica entre la perdida Atlántida y el continente americano.³⁵³ En todos estos casos, los indígenas y su cultura sólo sirven de pretexto para trazar líneas de continuidad entre un pasado glorioso, aunque “muerto”, y un presente no menos glorioso. Muy pocos participantes del congreso se interesaban realmente por los indígenas reales y vivos, por lo cual no criticaban las políticas indigenistas de los últimos cien años con sus nefastas consecuencias. Al igual que en la época del indigenismo romántico del siglo XIX, el nuevo “indigenismo científico” de los años veinte del siglo XX se acercaba a su “objeto de investigación” de manera instrumentalista y pesimista. El potencial crítico de estos textos y comentarios, los cuales describen al indígena brasileño como objeto y no como sujeto de la historia, es por lo tanto bastante limitado.

A pesar de la resistencia de la mayoría de los historiadores, antropólogos y periodistas a atacar de manera directa las políticas de la historia del régimen republicano, la visión oficialista de la historia patria fue contestada desde un lado inesperado: las críticas más severas se originaron en la esfera del arte. Más

³⁵² Ibid., vol. 3, 377 s.

³⁵³ Ibid., vol. 1, 297–305; vol. 2, 123–125 y 325–327.

que nadie, fueron los jóvenes modernistas, mayoritariamente radicados en la ciudad de São Paulo, quienes formularon propuestas casi revolucionarias sobre lo que era y lo que debería ser la nación brasileña. Desde unos años atrás, la corriente modernista ya se había perfilado, y sus adeptos generalmente criticaban la imitación superficial de modelos extranjeros, no sólo en la esfera política y económica, sino sobre todo en el mundo del arte, en la arquitectura y en la literatura. A pesar de ser un grupo bastante heterogéneo, tenían como denominador común el rechazo de la “re-europeización” del país. Aún resulta más interesante el hecho de que sus posiciones frecuentemente mostraron una dimensión histórica. Según el escritor Oswald de Andrade, uno de los participantes más prolíficos de la hoy legendaria Semana de Arte Moderno que tuvo lugar entre el 13 y el 17 de febrero de 1922 en São Paulo, era necesario incorporar ciertos modelos culturales europeos y norteamericanos, pero no para imitarlos, sino con el único fin de crear algo nuevo, algo autóctono. Sólo así Brasil podría alcanzar la verdadera independencia. São Paulo, debido a la valiosa “raza” de su gente – producto de las *bandeiras* y de la consiguiente mezcla entre “lo mejor de la sangre indígena e ibérica” – sería entonces el único lugar adecuado para celebrar el Centenario: “São Paulo, a melhor fatia racial a expor na vitrine do Centenário, tem a decidir o que dará em matéria de arte [...]. Senhores, é isso que vamos apresentar como expressão de cem anos de independência: independência”.³⁵⁴

La noción de un arte híbrido y verdaderamente brasileño, un arte que celebraba la *brasilidade* y rechazaba a la vez el legado colonial consagrado por las élites tradicionales en la Exposición del Centenario, fue descrita de manera magistral por el mismo Andrade en su famoso *Manifesto antropológico* en 1928. Según él, la cultura brasileña se habría destacado desde siempre por su capacidad de abrazar lo ajeno, de devorarlo y finalmente transformarlo en algo nuevo. La

³⁵⁴ *Jornal do Commercio*, “Arte no Centenário”, 16 de mayo de 1920.

metáfora de la “antropofagia” era para Andrade una referencia irónica a la visión europeizante del Brasil colonial, creado y difundido en el siglo XVI por cronistas europeos que construyeron la imagen de un “Nuevo Mundo”, lleno de caníbales y salvajes, siendo la sangrienta crónica del mercenario alemán Hans Staden (*Verdadera historia y descripción de un país de salvajes desnudos, feroces y canibales, situado en el Nuevo Mundo*, 1557) la más conocida. Jugando con la imagen estereotipada del caníbal presentada por Staden y otros, Andrade eleva-ba los prejuicios sobre la antropofagia de los primeros habitantes de Brasil a un nivel simbólico y cultural. Después de 1922, todos los artistas “verdaderamente brasileños” habrían de reconocer y continuar esa práctica por medio del arte. En este contexto de rebeldía contra el *establishment*, la Semana de Arte Moderno presentaba al público obras que frecuentemente hacían referencia explícita a las culturas afrobrasileñas e indígenas. Nunca antes fueron presentadas estas “razas” decididamente “no-europeas” como parte integral de la formación de la nación brasileña en un evento público de tan grande impacto mediático.³⁵⁵ En cierto sentido, aunque probablemente sin saberlo, algunos de los modernistas compartían las ideas de José Vasconcelos acerca de la “raza cósmica”. La nación brasileña se caracterizaría entonces por su hibridez, y no por un proceso gradual de “blanqueamiento” y “re-europeización”.

Aunque la muestra de estos artistas provocó fuertes reacciones negativas en la prensa de la época, ya que gran parte de la burguesía paulista no se sentía cómoda con la ruptura del canon tradicional del arte y la literatura, sus posiciones influenciaron literatos, artistas e intelectuales en las décadas siguientes. Una gran parte de los modernistas, quienes se entendían a sí mismos como la vanguardia intelectual y cultural del país, se volverían más tarde creadores del imaginario oficial del dictatorial y semifascista *Estado Novo* inaugurado por Getúlio Vargas en 1937. Como en el caso del escritor Plínio Salgado – otro participante de

³⁵⁵ Una recopilación bastante completa de las reacciones mediáticas hacia la Semana de Arte Moderna ofrece Boaventura (2001).

la Semana de Arte Moderno – algunos modernistas incluso terminarían del lado de la extrema derecha en los años treinta y cuarenta, llevando al extremo sus posiciones nacionalistas.³⁵⁶ En México, mientras tanto, el propio José Vasconcelos también se volvería un admirador de la Alemania nazi-fascista.

Conclusión

En conclusión, se puede constatar que las celebraciones del Centenario en 1922, y ante todo la Exposición del Centenario, representan un importante punto de inflexión en la historia de Brasil. Como reflejo de la crisis política de aquellos años, el análisis de los debates y conferencias sobre el sentido de la historia patria y sobre nuevas posibles interpretaciones de esa historia resulta muy revelador. Aunque los eventos oficiales en Río de Janeiro fueran obra de las élites tradicionales que buscaban celebrarse a sí mismas y a sus propios antepasados, de acuerdo a algunos comentarios de la prensa, algunas ponencias en los congresos, así como las críticas de los modernistas paulistas dejan entrever una situación de cambio que se perfilaba en los años veinte. El eje temático fundamental de toda la historiografía nacional desde mediados del siglo XIX, había sido el concepto de las “tres razas formadoras”. En 1922 continuaba todavía vigente la idea de concebir el proceso histórico de Brasil como producto del mestizaje y de adscribirle a la “raza” una fuerza autónoma como agente dinámico en ese proceso. Sin embargo, se observa claramente, a partir de algunos ejemplos citados, cómo el discurso racial dejó de basarse en conceptos biológicos para fundamentarse en conceptos más culturalistas. Así, por ejemplo, ganó terreno el ideal de la “raza cósmica” que se transformaría en la ideología oficial a partir de los años treinta así como la llamada “democracia racial”. Al igual que el discurso del mestizaje en el México de Vasconcelos, la “democracia racial” incorporaría elementos de la cultura popular y sería elevada a nivel nacional por

³⁵⁶ Amoní Prado (2010), 205 ss. y 245 ss.

Getúlio Vargas. No obstante, durante décadas, la prevalencia de ese nuevo discurso encubriría el existente racismo sutil y la exclusión social de grandes partes de la población brasileña.

Además, la conmemoración del Centenario también representaba una ruptura histórica, debido al hecho de que fue el último instante de autoconfianza y relativa estabilidad de un sistema que en ese momento histórico ya estaba destinado a derrumbarse. En 1922, las diferentes voces críticas no llegaron a formar un discurso homogéneo, pero su mera existencia ya indicaba la emersión de nuevos sectores de la sociedad, los cuales no sólo exigieron un cambio del modelo político y económico, sino también una nueva forma de interpretar la historia del país. Es por eso que, aunque de corta duración, la Semana de Arte Moderno ocupa hasta el día de hoy un lugar tan importante en la memoria colectiva, haciéndose presente en canciones, libros y exposiciones.³⁵⁷ Por el contrario, la celebración oficialista del Centenario ha sido casi olvidada.

³⁵⁷ Es muy dicente en este sentido, el título del libro de Gonçalves (2012), uno de los más vendidos sobre la Semana de Arte Moderno: "1922: A Semana que não terminou".

Bibliografia

Literatura

- Anroni Prado, Antonio (2010): *Itinerário de uma falsa vanguarda. Os dissidentes, a Semana de 22 e o integralismo*, São Paulo: Editora 34.
- Benchimol, Jaime Larry (1990): *Pereira Passos: um Haussmann tropical – a renovação urbana da cidade do Rio de Janeiro no início do século XX*, Rio de Janeiro: Prefeitura da Cidade do Rio de Janeiro.
- Diwan, Pietra (2007): *Raça pura: uma história da eugenia no Brasil e no mundo*, São Paulo: Contexto.
- Gonçalves, Marcos Augusto (¹⁴2012): *1922: A Semana que não terminou*, São Paulo: Companhia das letras.
- Haußer, Christian (2009): *Auf dem Weg der Zivilisation. Geschichte und Konzepte gesellschaftlicher Entwicklung in Brasilien (1808–1871)*, Stuttgart: Steiner.
- Meade, Teresa (1997): *“Civilizing” Rio: Reform and Resistance in a Brazilian City, 1889–1930*, University Park, Pa.: The Pennsylvania State University Press.
- Motta, Marly Silva da (1992): *A Nação faz 100 anos: a questão nacional no Centenário da Independência*, Rio de Janeiro: FGV.
- Needell, Jeffrey (1987): *A Tropical Belle Epoque: Elite Culture and Society in Turn-of-the-Century Rio de Janeiro*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Sant’Ana, Thaís Rezende da Silva de (2008): *A Exposição Internacional do Centenário da Independência. Modernidade e política no Rio de Janeiro do início dos anos 1920* (tesis de maestría, Universidade Estadual de Campinas).
- Skidmore, Thomas (1976): *Preto no branco – raça e nacionalidade no pensamento brasileiro*, Rio de Janeiro: Paz e Terra.
- Tenorio Trillo, Mauricio (1994): Um Cuauhtémoc Carioca: Comemorando o Centenário da Independência do Brasil e a Raça Cósmica, en: *Estudos Históricos* 7 (14), 123–148.
- Tenorio Trillo, Mauricio (1998): *Artifugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880–1930*, México: FCE.
- Williams, Daryle (2001): *Culture Wars in Brazil: The First Vargas Regime, 1930–1945*, Durham: Duke University Press.

Fuentes

Annaes do Congresso Internacional de Historia da America, realizado pelo Instituto Historico e Geographico Brasileiro em Setembro de 1922 (1922–1927). 4 vols., Rio de Janeiro: Imprensa Nacional.

Annaes do XX Congresso Internacional de Americanistas. Realizado no Rio de Janeiro, de 20 a 30 de Agosto de 1922 (1924–1932). 3 vols., Rio de Janeiro: Imprensa Nacional.

Annaes do Primeiro Congresso Brasileiro de Hygiene (1923–1927). 2 vols., Rio de Janeiro: Officinas Graphicas da Inspectoria de Demographia Sanitaria.

Boaventura, Maria Eugénia (org., 2001): *22 por 22: A Semana de Arte Moderna vista pelos seus contemporâneos*, São Paulo: EDUSP.

D'Escragolle Taunay, Afonso (1922): *Grandes vultos da Independencia Brasileira. Publicação commemorativa do Primeiro Centenario da Independencia Nacional*, São Paulo: Companhia Melhoramentos de S. Paulo.

Diccionario Historico, Geographico e Ethnographico do Brasil (1922). 2 vols., Rio de Janeiro: Imprensa Nacional.

Martius, Carl Friedrich Philipp von (1956 [1843]): Como se deve escrever a história do Brasil: dissertação, oferecida ao Instituto Histórico e Geográfico do Brasil, pelo Carlos Frederico Ph. de Martius, acompanhada de uma biblioteca brasileira, ou lista das obras pertencentes à história do Brasil, en: *Revista de Historia de América* 42, 433–441.

Sampaio, Carlos (1925): *O arrasamento do morro do Castelo*, Rio de Janeiro: Typ. da Gazeta da Bolsa.

Sociedade de Geographia do Rio de Janeiro (1923): *Geographia do Brasil, commemorativa do 1.º Centenario da Independencia, 1822–1922*. 4 vols., Rio de Janeiro: Pimenta de Mello.

Periódicos y revistas

A Careta

A Noite

Exposição de 1922: órgão de propriedade da comissão organizadora

Jornal do Commercio

Los autores

Liliana M. Brezzo

Liliana M. Brezzo es Doctora en Historia por la Pontificia Universidad Católica Argentina. Posee una especialización en Historiografía Contemporánea por la Universidad de Navarra, España. Es investigadora categoría Independiente en el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de la República Argentina (CONICET). Sus líneas actuales de trabajo se refieren al movimiento histórico de las relaciones políticas e intersociales entre Argentina y Paraguay en los siglos XIX–XX y a la historia de la historiografía paraguaya. Es profesora de Metodología de la Investigación I en la Universidad Austral – Argentina, en la Maestría en Historia, especialidad en Sociedad y Cultura, de la Universidad de Montevideo. Desde el año 2007 es profesora visitante de la Universidad Nacional de Asunción, Facultad de Filosofía y Letras. Entre sus publicaciones recientes figuran: *Juan E. O'Leary. El Paraguay convertido en acero de pluma* (2011), *Historia de las Relaciones Internacionales del Paraguay* (en coautoría con Ricardo Scavone Yegros, 2011), *Polémica sobre la Historia del Paraguay. Estudio preliminar* (2008), *Aislamiento, Nación e Historia. Argentina y Paraguay. Siglos XVIII–XX* (2005). Y en las obras colectivas: *La guerra del Paraguay. Historiografías, Representaciones, Contextos* (México, El Colegio de México, 2012), *Historia del Paraguay* (Asunción, TAURUS, 2010) y *Otras historias sobre la independencia* (Asunción, TAURUS, 2011).
IH-IDEHESI-CONICET y Universidad Austral; Avenida Pellegrini 3314, Rosario, Argentina; lilianabrezzo@conicet.gov.ar.

Thomas Fischer

Profesor de Historia de América Latina, Universidad Católica de Eichstätt-Ingolstadt. Director del Centro de Estudios Latinoamericanos, Universidad Católica de Eichstätt-Ingolstadt. “Habilitation” en Historia Moderna, Universidad de Berna. Doctorado en Historia Económica de Colombia, Universidad de Berna. Miembro del Consejo Editorial de la revista *Iberoamericana*. Líneas de investigación: historia de Colombia, siglos XIX y XX; historia de las relaciones internacionales de América Latina, siglos XIX y XX; América Latina en el proceso de la globalización; historia de las drogas en Bolivia y Perú; violencia y política en los países andinos. Última monografía: *Die Souveränität der Schwachen. Lateinamerika und der Völkerbund, 1920–1936*. Stuttgart: Steiner Verlag 2012 (La soberanía de los débiles. América Latina y la Liga de las Naciones, 1920–1936).

Universidad Católica de Eichstätt-Ingolstadt, Universitätsallee 1, 85702 Eichstätt, Alemania; th.fischer@ku.de.

Andrés Jiménez Ángel

Abogado y magíster de Historia de la Universidad de Los Andes y magíster en Derecho de la Universidad de Bremen. Candidato a Doctor en Historia de América Latina en la Universidad Católica de Eichstätt-Ingolstadt. Entre sus publicaciones recientes se encuentran “Transatlantic correspondence and ‘mobile know-ledge’ in Alexander von Humboldt’s exploration travel to Hispanic America”, en *History of European Ideas*, Vol. 38, No. 3, 2012, 426–439 y, junto con Thomas Fischer (eds.), Dossier: “La hispanidad en América: la construcción escrita y visual del idioma y de la raza”, en *Iberoamericana. América Latina – España – Portugal* (en prensa). Actualmente es profesor asistente de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad de La Sabana (Chía, Colombia).

Universidad de La Sabana, Campus del Puente del Común, Km. 7, Autopista Norte de Bogotá. Chía, Colombia; ajimeneza@gmail.com.

Leandro Losada

Doctor en Historia por la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Argentina, donde se desempeña como profesor en el Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias Humanas. Investigador del CONICET, es especialista en historia social de las élites en la Argentina. Es autor de *La alta sociedad en la Buenos Aires de la Belle Époque. Sociabilidades, estilos de vida e identidades* (Buenos Aires, Siglo XXI Iberoamericana, 2008); *Historia de las elites en la Argentina. De la conquista al surgimiento del peronismo* (Buenos Aires, Sudamericana, 2009), y *Esplendores del Centenario. Relatos de la elite argentina desde Europa y los Estados Unidos* (Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010). Ha publicado artículos en libros y revistas académicas del país y del exterior (entre ellas, *Journal of Family History*, *Hispanic American Historical Review*, *Desarrollo Económico* y *Anuario IEHS*).

Conicet, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Pinto 399, CP 7000, Tandil, Provincia de Buenos Aires, Argentina; llosada@utdt.edu.

María Eugenia Ponce Alcocer

Doctora en Historia por la Universidad de Leiden, Holanda. Académica de la Biblioteca Francisco Xavier Clavigero de la Universidad Iberoamericana (Ciudad de México), Miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Es especialista en el régimen de Porfirio Díaz (1877–1911), autora de *Algunas enfermedades, remedios y tratamientos en el México del siglo XIX*. México, Universidad Iberoamericana, 2006; *Las fiestas del centenario de la*

Independencia a través de la correspondencia del general Porfirio Díaz. Investigación gráfica Teresa Matabuena Peláez. México, Universidad Iberoamericana, Biblioteca Francisco Xavier Clavigero, 2009, “Las elecciones presidenciales de 1877 a 1888: modalidades y tendencias” en *Las elecciones y el gobierno representativo en México (1810–1910)*. José Antonio Aguilar Rivera (coord.). México, Instituto Federal Electoral, Fondo de Cultura Económica, CONACULTA, 2010, 282–307; “El Centenario de la independencia y la Iglesia mexicana” en *La Iglesia en la revolución mexicana*. México, Sociedad Mexicana de Historia Eclesiástica, Minos Tercer Milenio, 2012, 53–68.

Universidad Iberoamericana, Ciudad de México, Prol. Paseo de la Reforma 880, Col. Lomas de Santa Fe, 01219, México; eugenia.ponce@uia.mx.

Stephan Scheuzger

Doctor en Historia y profesor del Fondo Nacional Suizo en la Universidad de Berna. Sus intereses de investigación se centran en la historia de América Latina desde el siglo XIX y en la historia global. Ha trabajado sobre temáticas como la cuestión indígena, políticas hacia el pasado y transferencias de conocimientos a nivel intercultural. Actualmente está terminando un estudio sobre la historia de las comisiones de la verdad. Es autor de *Der Andere in der ideologischen Vorstellungskraft. Die Linke und die indigene Frage in Mexiko*. Frankfurt/M., Vervuert, 2009, y editor (junto con Peter Fleer) de *Die Moderne in Lateinamerika. Zentren und Peripherien des Wandels*. Frankfurt/M., Vervuert, 2009.

Instituto de Historia, Universidad de Berna, Länggassstrasse 49, 3000 Berna 9, Suiza; stephan.scheuzger@hist.unibe.ch.

Sven Schuster

Doctor en Historia de América Latina y profesor asistente en la Universidad Católica de Eichstätt-Ingolstadt. Ha publicado varios ensayos y dos monografías sobre historia colombiana, siglos XIX y XX. Actualmente trabaja sobre la

representación de Brasil en las ferias mundiales del siglo XIX y principios del XX (“La nación expuesta: Brasil en las exposiciones universales, 1862–1922”).

Universidad Católica de Eichstätt-Ingolstadt; Universitätsallee 1, 85072 Eichstätt; s.schuster@ku.de.

MESA REDONDA

Neue Folge/Nueva serie:

1. GINER, Salvador:
La Modernización de la Europa Meridional. Una Interpretación Sociológica. (März 1995), 48 S.
2. HOFFMANN, Karl-Dieter:
Ökonomischer Fortschritt und soziale Marginalisierung: Die historische Genese des brasilianischen Wachstums- und Entwicklungsmodells. Eine Skizze. (November 1995), 86 S.
3. KOHUT, Karl / MERTINS, Günter:
Cuba en 1995. Un diálogo entre investigadores alemanes y cubanos. 1995, 146 S.
4. LEWIS, Colin M.:
The Argentine: from economic growth to economic retardation (1950s - 1980s). A review of the economic and social history. (September 1996), 24 S.
5. ESSER, Klaus:
¿Son competitivos los países latinoamericanos en el mercado mundial? Crecientes desafíos, difíciles respuestas. (November 1996), 34 S.
6. GOETZE, Dieter:
Cambios actuales en las relaciones de género en España. (Dezember 1996), 23 S.
7. PRIES, Ludger / REICHEL, Richard / ZOLLER, Rüdiger:
Lateinamerikas wirtschaftliche Öffnung. Versuche einer Zwischenbilanz. (Februar 1997), 66 S.
8. BODENMÜLLER, Thomas:
El mundo del hampa a través de Quevedo: Análisis de la jácara "Estábase el padre Ezquerro". (Oktober 1997), 37 S.
9. BERNECKER, Walther L. (Comp.):
De la Guerra Civil a la Transición: memoria histórica, cambio de valores y conciencia colectiva. (Oktober 1997), 143 S.

10. HOFFMANN, Karl-Dieter:
"Pugna de poderes" und "ingobernabilidad": Ecuadors politisches Institutionengefüge im Dauerstreß. (Februar 1998) 52 S.
11. KOHUT, Karl:
La recepción de la cultura alemana en América Latina. Cinco visiones. (Februar 1998), 90 S.
12. SCHEERER, Thomas M.:
Gramáticas de la memoria. Antonio Muñoz Molina: Beatus Ille (1986) y El jinete polaco. (Oktober 1998), 25 S.
13. STECKBAUER, Sonja M.:
La novela latinoamericana entre historia y utopía. (September 1999), 205 S.
14. KOHUT, Karl / BARCIA ZEQUEIRA, María del Carmen / MERTINS, Günter (eds.):
Cien años de Independencia de Cuba. II Simposium Cuba-Alemania, Vol. I und II. (Dezember 1999), 339 S.
15. MANSILLA, H. C. F.:
Zur Theorie der dauerhaften Entwicklung in Lateinamerika. Eine neue Ideologie der Staatsbürokratie und der herrschenden Eliten? (Juni 2000), 73 S.
16. SCHUMACHER, Peter:
Journalisten in Kolumbien. Arbeitsbedingungen und Selbstverständnis. (Mai 2001), 155 S.
17. GEBHARDT, Thomas:
Journalismus in Bolivien. Einflüsse auf Medieninhalte: Fallstudie zur Berichterstattung über die Wasserprivatisierung in Cochabamba. (Oktober 2002), 179 S.
18. GAY-SYLVESTRE, Dominique:
Navegaciones y borrascas: Monika Krause y la educación sexual en Cuba (1979 – 1990). (Februar 2003), 127 S.
19. BERNECKER, Walther L.:
Memoria histórica, análisis del pasado y conciencia colectiva: casos latinoamericanos. (Mai 2003), 149 S.

20. ZOLLER, Rüdiger (Hrsg.)
Handlungsspielräume und Transformationsprozesse einer Kanal-republik. (Dezember 2004), 224 S.

21. KESTLER, Thomas A.
Die Krise in Venezuela im Jahr 2002 aus brasilianischer und US-amerikanischer Sicht. (April 2005), 113 S.

22. GRUNDBERGER, Sebastian
Zwischen traditioneller Milieubindung und Modernisierung: Die politischen Parteien im Chile post Pinochet. Eine Studie am Beispiel von PDC und UDI (September 2005), 124 S.

23. BERNECKER Walther L. / FISCHER Thomas
Intereses y conflictos en las relaciones europeas y estado-unidenses con América Latina, siglo XIX (September 2006), 110 S.

24. SCHUSTER, Sven
"I took Panama". Die Separation Panamas in der Sicht der neueren Historiografie Panamas, Kolumbiens und der USA (November 2006), 88 S.

25. SCHURR, Carolin
Andean Rural Local Governments in-between Powerscapes. Die Lokalregierungen der Provinz Cotopaxi, Ecuador.(September 2009), 142 S.

26. MEINARDUS, Phillip
Die Peronistische Partei (Partido Justicialista) in Argentinien. Beständigkeit und Erfolg trotz schwacher formaler Institutionalisierung.(Februar 2013), 121 S.

27. SCHEUZGER Stephan / SCHUSTER Sven
Los Centenarios de la independencia. Representaciones de la historia patria entre continuidad y cambio.(Juli 2013), 189 S.



